

U.A.

PHONOGRAPH
CENTRAL DE BILBAO

MAUPASSAN

EL SEÑOR
PARENT

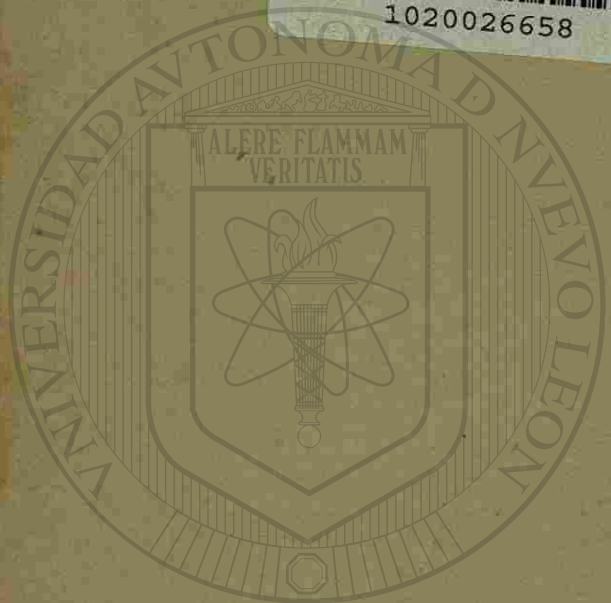
PQ2349

S4

S6



1020026658



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OBRAS COMPLETAS
DE
GUY DE MAUPASSANT
(EDICIÓN ILUSTRADA)

Núm. Clas. CC
Núm. Autor 17452 sec
Núm. Adg. 30511
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha AS/24
Clasificó _____
Catalogó _____

Obras completas de Guy de Maupassant.

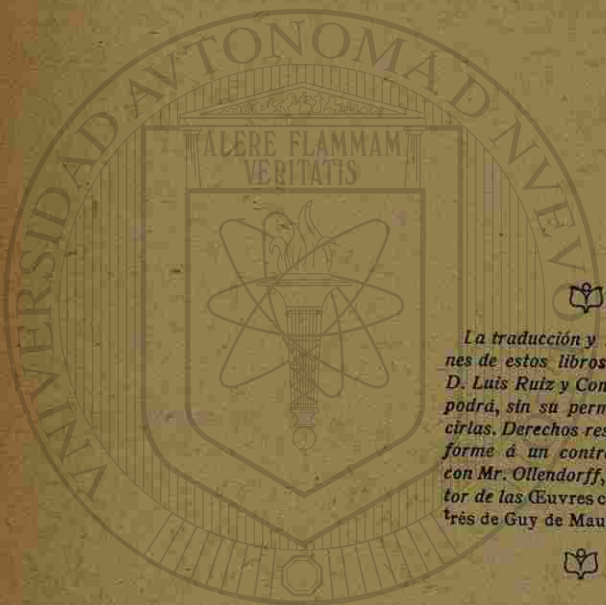
Versión castellana de Luis Ruiz Contreras.

El Señor Parent.



(59 dibujos de Rottenbourg, grabados en madera por Semaine)

La traducción y las ilustraciones de estos libros pertenecen a D. Luis Ruiz y Contreras y nadie podrá, sin su permiso, reproducirlas. Derechos reservados, conforme a un contrato celebrado con Mr. Ollendorff, de Paris, editor de las Œuvres complètes illustrées de Guy de Maupassant.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madrid 1905 099759

“Ediciones literarias y Artísticas,”
30511

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
“ALFONSO MORALES”
APRO. 1025 MONTERREY, MEXICO

843
M.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-
nio Marzo, San Hermenegildo,
32 duplicado. Teléfono 1.977.



EL SEÑOR PARENT

I

CHARLITOS, agazapado en el suelo, hacía montones de arena que luego coronaba con hojas de castaño.

Su padre, sentado en una silla de hierro, le contemplaba con atención concentrada y cariñosa, no viendo más que á su hijo en aquel jardín público lleno de gente.

A lo largo del paseo circular, otros niños jugaban, mientras las niñeras, indiferentes, miraban al espacio con sus ojos embrutecidos, y las mamás charlaban sin perder nunca de vista á sus pequeños.

Las nodrizas, de dos en dos, paseaban con gravedad, llevando en brazos un envoltorio de blancas telas y finos encajes, y á su espalda oscilaban las vistosas cintas de sus tocados, mientras las niñas, con la falda muy corta y las pantorrillas al aire,

843
M.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Madrid, Imprenta de Anto-
nío Marzo, San Hermenegildo,
32 duplicado. Teléfono 1.977.



EL SEÑOR PARENT

I

CHARLITOS, agazapado en el suelo, hacía montones de arena que luego coronaba con hojas de castaño.

Su padre, sentado en una silla de hierro, le contemplaba con atención concentrada y cariñosa, no viendo más que á su hijo en aquel jardín público lleno de gente.

A lo largo del paseo circular, otros niños jugaban, mientras las niñeras, indiferentes, miraban al espacio con sus ojos embrutecidos, y las mamás charlaban sin perder nunca de vista á sus pequeños.

Las nodrizas, de dos en dos, paseaban con gravedad, llevando en brazos un envoltorio de blancas telas y finos encajes, y á su espalda oscilaban las vistosas cintas de sus tocados, mientras las niñas, con la falda muy corta y las pantorrillas al aire,

mantienen serias conversaciones entre dos carreras dadas con los aros, y el guarda, con su traje verde, paseaba entre aquella diminuta muchedumbre, dando rodeos para no destruir con el pie las construcciones de arena, para no pisar las manecitas, para no ser obstáculo á la constante labor de hormigueros en que se afanaban aquellos retoños humanos.

El sol desaparecía detrás de los tejados de la calle de Saint-Lazare y lanzaba sus últimos resplandores oblicuos entre aquella muchedumbre infantil y afanosa. Los castaños brillaban con reflejos amarillos, y las tres cascadas y el estanque parecían de plata líquida.

El señor Parent miraba cariñosamente á su hijo agazapado en el suelo; no perdía un gesto de la criatura ni un detalle de su labor; hubiérase dicho que sus labios temblorosos besaban sin cesar aquella imagen adorada.

Pero, levantando los ojos hacia el reloj del alto campanario, notó que habían pasado allí cinco minutos más de lo acostumbrado. Entonces, levantándose, cogió al niño por un brazo, le puso en pie, sacudió su vestidito, cubierto de polvo, limpió las tiernas manecitas con un pañuelo, y le condujo hacia la calle Blanche. Apretaba el paso, temeroso de hacer aguardar á su esposa, y el pequeño, que apenas podía seguirle, esforzábese por correr, dando saltos menudos.

El padre pronto le cogió en brazos para ir aún más de prisa, y respiraba fatigado subiendo la cuesta. Era un hombre de cuarenta años, ya canoso, anchote,



de semblante indeciso y vientre abultado, con la expresión de un alegre mozo á quien hubiesen

apocado las contrariedades, haciéndole tímido.

Se había casado algunos años antes con una joven á la cual adoraba tiernamente, y era tratado por ella con un despotismo y una indiferencia desconsoladoras. Le regañaba sin cesar por todo lo que hacía y por todo lo que dejaba de hacer, reprochándole agriamente sus palabras y sus acciones, sus costumbres y sus goces inocentes, sus gustos y sus maneras, sus gestos, su abultado abdomen y su plácida voz.

A pesar de todo, él sentía verdadero amor por ella; pero más que á su esposa quería sin duda al niño, á Carlos, que acababa de cumplir tres años, y era la única dicha y la única preocupación de su alma. Con su renta de veinte mil francos vivía ocioso, y su mujer, que no tenía dote, se indignaba constantemente porque no trabajaba.

Llegando á casa, dejó al niño sobre el primer escalón, y secándose la frente, comenzaron á subir.

En el segundo piso llamó.

Una criada vieja, que le había visto nacer, una de esas criadas fieles que son los tiranos de las familias, salió á la puerta, y él preguntó angustiado:

—¿Ha venido ya la señora?

La criada se encogió de hombros.

—¿Cuándo ha visto el señor que la señora volviese antes de las seis y media?

El respondió turbado:

—Mejor; así tendré tiempo de mudarme; vengo sudando.

La criada le miró, entre despreciativa y piadosa.



—¡Oh! Ya lo veo. Está empapado; ha corrido sin duda, y tal vez con el niño en brazos; todo para no retrasarse, para estar aquí aguardando á la señora hasta las siete y media. Por eso no me doy prisa.

La cena está para las ocho, y si han de aguardar, ¡paciencia! Un asado no puede apresurarse.

El señor Parent, como si no la hubiese oído, murmuró:

—Bueno, bueno. Hay que lavar las manos á Carlitos, que ha jugado con tierra. Entretanto, voy á mudarme la camisa. Dile á la doncella que deje al niño bien aseado.

Y entró en su alcoba, cerrando la puerta con el pestillo para estar solo, muy solo, completamente solo. Acostumbrado á verse despreciado y maltratado, no se defendía, y nada más se juzgaba seguro bajo la protección de un cerrojo. No se atrevía ni á pensar, ni á reflexionar, ni á echar cuentas consigo mismo sin que le amparase una cerradura contra todas las miradas y suposiciones ajenas. Sentándose para descansar un poco antes de desnudarse, pensó que Julia, su criada vieja, iba siendo un conflicto más en la casa. Indudablemente odiaba á la señora; odiaba también á Pablo Limousin, el amigo íntimo y familiar del matrimonio, después de haber sido desde la infancia el inseparable compañero de Parent.

Era Limousin quien le defendía vivamente, hasta severamente, de los reproches inmerecidos que lanzaba Enriqueta contra su esposo, de los altercados tormentosos, de todas las miserias cotidianas que amargaban su existencia.

Julia se permitía ya indicaciones y apreciaciones maliciosas acerca de la señora, juzgaba sus actos y repetía sin cesar: «Si yo estuviera en el caso del señor, de otro modo andaríamos... En fin... Cada uno es... como es».

Un día llegó á insolentarse con Enriqueta, la cual se había limitado á decir por la noche á su marido: «A la primera palabra inconveniente que me diga en adelante, la despido.» Sin embargo, Enriqueta, que para todo era tan resuelta, parecía tener algún temor á la criada, y Parent atribuía esa mansedumbre á la consideración de que la pobre vieja le había visto nacer y había cerrado los ojos á su madre.

Pero todo tiene un límite, y las cosas no podían continuar de aquel modo mucho tiempo. Al buen hombre le horrorizaba la idea de lo que podía suceder allí. ¿Qué resolvería? Despedir á Julia era muy doloroso; ni pensarlo. Apoyarla contra Enriqueta ¡imposible! y, sin embargo, antes de un mes el conflicto sería inevitable.

Quedóse abandonado, con los brazos caídos, buscando vagamente la manera de conciliarlo todo, y no hallando la solución que buscaba. Luego pensó: «Afortunadamente, me consuela tener á Carlitos... porque sin él yo sería muy desgraciado.»

Ocurriósele consultar á Limousin: eso haría; pero al punto, recordando el odio mal disimulado que le

tenía Julia, temió que su amigo le aconsejara despedirla; y perdióse de nuevo en sus incertidumbres angustiosas.

Sonaron las siete; al oír las campanadas tembló.



¡Ya eran las siete y no se había mudado aún la camisa! Entonces, precipitadamente, se desnudó, se lavó, se puso una camisa limpia y volvió á vestirse con rapidez, como si hubieran estado aguardándole para un acontecimiento de trascendental importancia.

Luégo entró en la sala, satisfecho de hallarse á punto y sin temer nada.

Pasó la vista por un periódico, asomóse al balcón, volvió á sentarse en el sofá; una puerta se abrió y entró el niño, lavado, peinado, limpio y risueño. Parent le oprimió entre los brazos, besándole con pasión, primero en el pelo, después en los ojos, en las mejillas, en la boca, en las manos. Le balanceó en el aire, de pie; le alzó sobre su cabeza. Volvió á sentarse fatigado, y montando á Carlitos sobre sus rodillas, le hizo saltar. «¡Arre, caballito!...»

La criatura reía y agitaba los brazos; gritaba, entusiasmándose con el juego, y el padre también reía y gritaba de gozo; su abultado vientre retemblaba.

¡Quería tanto al niño! Le quería con toda su alma de ser débil, resignado y apocado. Le quería con entusiasmos de loco; sus caricias eran casi brutales; toda la ternura que no se atrevió á mostrar con su mujer, porque hasta en los primeros meses del matrimonio Enriqueta fué siempre para él reservada y fría; toda su ternura vergonzante y tímida se desbordaba en aquellos juegos á solas con el niño.

Julia se asomó á la puerta con el semblante pálido, los ojos brillantes, y dijo temblorosa y exasperada:

—Ya son las siete y media, señor.

Parent lanzó al reloj un vistazo inquieto, y resignado, murmuró:

—En efecto; ya son las siete y media.

—Tengo á punto la comida.

Viendo la tormenta próxima, el buen hombre quiso evitarla:

—¿No me has dicho que la preparabas para las ocho?

—¿Para las ocho? ¡Estaríamos aviados! El niño no puede comer á las ocho; es muy tardé. Lo dije por decir. Pero con ese desarreglo, ¡bueno andaría el niño! ¡A las ocho! ¡Y pensar que su madre no toma esto en cuenta! ¡Vaya una madre! ¡Da compasión que haya madres como esa!

Parent, angustiado y tembloroso, creyó necesario cortar en seco la amenazadora escena.

—Julia—dijo—, no te consiento que hables así de tu señora. ¿Lo has oído? No te lo consentiré jamás, y procura no olvidarlo.

La criada, rabiosa y sorprendida, le volvió la espalda, y al salir cerró con tal violencia, que todos los cristales retemblaron; durante algunos segundos produjeron sonido semejante al de campanillas invisibles que se agitaran en el ambiente silencioso del salón.

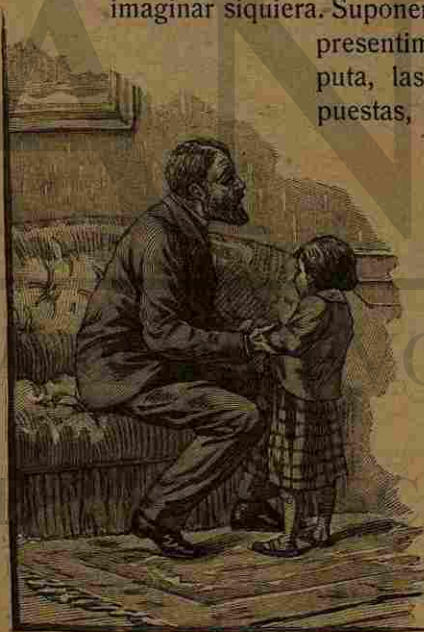
Carlitos, repuesto de la primera impresión, que fué de asombro, batiendo palmas hinchó sus carrillos, lanzando un ruidoso «¡bum!» con toda la fuerza de sus pulmones, para imitar el ruido que hizo la puerta.

Entonces su padre le contó algunos cuentos; pero la preocupación de su espíritu le hacía perder con

frecuencia el hilo de la narración; el pequeñuelo, sin comprender lo que pasaba por el alma del infeliz, abría mucho sus ojos asombrados.

Parent no quitaba los suyos del reloj. Hubiera querido pararlo, detener el tiempo hasta que se presentara su mujer. No le preocupaba la tardanza; pero tenía miedo; miedo á lo que pudiera suceder, miedo á ella, y á Julia y á todo. Diez minutos bastarían para producir una catástrofe irremediable: violencias y explicaciones que no hubiera querido imaginar siquiera. Suponerlo nada más, el

presentimiento de la disputa, las voces descompuestas, las injurias silbando en el aire como balas, las dos mujeres frente á frente, clavando sus miradas hasta el fondo de sus ojos y arrojándose á la cara frases dolorosas; la idea sólo de lo que pudiera ocurrir, le hacía palpar el



corazón violentamente, le dejaba la boca seca, le ablandaba como un trapo... le ablandaba de tal



modo, que ya ni siquiera tenía fuerza bastante para levantar al niño, para hacerle saltar sobre las rodillas.

Sonaron las ocho. La puerta se abrió nuevamente, apareciendo Julia. Ya no estaba descompuesta

ni exasperada; su rostro expresaba una intención dañina y severa, más temible aún.

—Señor—dijo—, he servido á su mamá y cerré sus ojos; he servido á usted, señor, desde que le vi nacer hasta la fecha. No se dirá de mí que no los quiero.

Se detuvo, aguardando una respuesta. Parent balbució:

—Sí, ya lo sé, mi pobre Julia.

—Usted sabe también que no estimo el dinero, que nunca mentí, que nunca tuvo usted que reñirme...

—Sí, sí, mi buena Julia...

—Pues bien, señor; esto no puede continuar. Por el cariño que á usted le tengo, he callado; pero ya es imposible; ya lo sabe todo el barrio, y se ríen de usted... Es necesario que yo lo diga... que usted lo sepa... y no me gustan los chismes ni las delaciones; pero... ya es mucho. La señora se retrasa tanto, porque hace cosas... abominables.

Parent quedó asombrado, sin comprender nada. Sólo pudo balbucear:

—Cállate; ya sabes que te prohibo...

Pero ella le interrumpió resuelta, irresistible:

—No, señor; ya es preciso que lo diga todo. Hace mucho tiempo que la señora tiene relaciones con el señor Limousin. Los he visto más de veinte veces detrás de las puertas besándose. ¡Vaya! Si el

señor Limousin fuese rico, la señora no se hubiera casado con usted. Y si el señor recordara cómo se hizo la boda, lo comprendería todo fácilmente...

Parent se levantó lívido, exclamando:

—Calla, cállate, ó...

Y Julia continuaba:

—No; quiero decir todo lo que sé. La señora se casó con el señor para tener dinero, y le ha engañado desde el primer día. Era cosa convenida entre la señora y el amigo. Basta reflexionar para comprenderlo. Y como la señora no estaba satisfecha de haberse casado con el señor, y no le quería, le amargaba la existencia tanto, que me lastimaba el corazón, porque yo lo veo todo...

Parent avanzó, amenazando con los puños:

—¡Calla, cállate!

No hallaba otra respuesta.

Pero la criada no retrocedió: estaba decidida.

El niño, sorprendido primero y pronto aterrado por aquellas voces desentonadas, comenzó á llorar ruidosamente. Detrás de su padre, con la cara contraída y la boca muy abierta, chillaba.

El clamor del niño exasperó á Parent, enfureciéndole y envalentonándole, y se arrojó sobre Julia con los puños levantados, ya dispuesto á golpearla, gritando:

—¡Ah, miserable! ¿Quieres que se vuelva loco de terror mi pobre hijo?

Ella le detuvo con estas palabras:

—Aunque me pegue, será siempre cierto que su mujer le ha engañado, y que la criatura es del otro.

Parent se detuvo en seco, dejando caer los brazos, y quedó frente á Julia como estúpido, sin comprender ya nada.

—Basta mirarle — prosiguió la criada — para reconocer al padre verdadero.

¡Vaya! ¡Si es un retrato del señor Limousin! No hay más que ver los ojos y la frente. Ni á un ciego engañarían...

Parent la tenía cogida por los hombros y la sacudía violentamente, murmurando:

—Víbora, víbora, ¡fuera de aquí! Vete, ó te mato. ¡Vete! ¡vete!...



Y con un esfuerzo desesperado, la empujó hasta la habitación próxima. Julia cayó sobre la mesa ya servida, y los vasos cayeron, haciéndose pedazos; luego, huyendo al señor, defendiéndose con la mesa, que le tenía siempre á distancia, evitándole cuando él intentaba cogerla, iba escupiéndole á la cara palabras terribles.

—Si quiere convencerse... luego de comer salga... Y entre al momento... Verá... verá si he mentado. Pruébelo... pruébelo y se convencerá...

Julia pudo escaparse por la puerta de la cocina. El corrió, siguiéndola por la escalera interior, hasta la puerta del cuarto, en que la criada logró encerrarse.

—Ahora mismo vete de mi casa.

Julia contestó:

—Ya lo creo. Antes de una hora me habré ido.

El bajó la escalera muy despacio, y agarrándose á la pared para no caerse, volvió al salón, donde Carlitos lloraba sentado en el suelo.

Parent, desplomándose abatido en una butaca, miró al niño con estúpida fijeza. No comprendía nada, no sabía nada; sentíase aturdido, embrutecido, loco, lo mismo que si acabara de recibir sobre la cabeza un tremendo golpe; apenas recordaba las cosas horribles que le había dicho Julia. Pero, poco á poco, su razón, como el agua turbia, se aclaró,

calmándose, y la noticia triste y abominable comenzó á torturar su alma.

Julia había hablado tan claramente, con tal energía, con tal seguridad, con tal sinceridad, que Parent no dudaba de su buena fe; pero se obstinaba en dudar de su perspicacia. Pudo engañarse, cegada por su cariño hacia él, arrastrada por su odio inconsciente contra Enriqueta. Sin embargo, á medida que trataba de tranquilizarse y convencerse, mil pequeños incidentes despertaban en su memoria palabras de su mujer, miradas de Limousin, un montón de minucias, no tomadas hasta entonces en cuenta, y apenas advertidas; retrasos repetidos, ausencias simultáneas y hasta gestos insignificantes, pero extraños, que no había sabido interpretar ni comprender, y que, al fin, adquirirían á sus ojos mucha importancia, estableciendo entre todos ellos unidad y connivencia. Cuanto había ocurrido desde su casamiento, surgía bruscamente en su memoria sobreexcitada por la angustia. Entonces lo recordaba todo: entonaciones singulares, actitudes sospechosas, y su pobre corazón de hombre tranquilo y bondadoso, martirizado por la duda, le mostraba en aquel instante como cierto lo que no eran acaso más que sospechas.

Recorría con obstinación encarnizada sus cinco años de matrimonio, procurando revivirlo todo, mes por mes, día por día, y cada suceso inquietante

cabezas apareciesen juntas, hablaba en alta voz, tanta era su turbación: «Sí... La misma forma de nariz... La misma forma... tal vez no... Y la mirada... Tiene los ojos azules... muy azules... Tampoco eso... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Estoy loco!... No quiero ver más... ¡Dios mío!... ¡Estoy loco!»

Huyendo, alejándose del espejo, se dejó caer sobre una butaca y puso al niño en otra. El pobre hombre lloraba, lloraba como un desesperado, y el niño, asustándose, comenzó á gritar.

El timbre de la puerta sonó. Parent dió un salto, como si una bala le hubiese atravesado, y dijo: «Es ella; ¿qué haré?» Corriendo hacia su cuarto para encerrarse y reponerse, iba secándose los ojos. Pero á los pocos instantes, el timbre le hizo estremecerse de nuevo, y pensó entonces que Julia se habría ido sin avisar á la doncella. ¿Quién abriría la puerta? Él mismo.

De pronto sintióse resuelto y envalentonado, dispuesto al disimulo y á la lucha. La horrible sacudida le había curtido en un momento. Además, quería saber, averiguar algo, con un furor de tímido y una tenacidad de bonachón exasperado.

A pesar de todo, temblaba. ¿De miedo? Sí. ¿Acaso aún temía, como siempre, á su mujer? ¿Alguien sabe cuánta cobardía fustigada contiene un movimiento audaz?

Acercóse á la puerta sin hacer ningún ruido, y se

detuvo á escuchar. Su corazón latía furiosamente; los golpes que resonaban en su pecho y la voz chillona del niño... No conseguía oír otra cosa.

De pronto el timbre resonó sobre su cabeza, sacudiéndole como una explosión, y anheloso, desfallecido, abrió la puerta.

Su mujer y Limousin se le aparecieron en el descansillo.

Enriqueta le dijo, á un tiempo irritada y sorprendida:

—¿Por qué abres tú? ¿Y Julia?

Parent sentía en la garganta un nudo, y la respiración fatigosa; quiso responder, pero no pudo pronunciar ni una palabra.

Ella prosiguió:

—¿Te has vuelto mudo? ¿Y Julia?

Entonces él dijo, balbuceando:

—Julia... Julia... se ha ido...

Enriqueta se iba enfureciendo.

—¡Cómo! ¿Se ha ido? ¿A dónde? ¿Por qué?

Parent recobraba su aplomo, sintiendo brotar en su corazón un odio implacable contra la insolencia de aquella mujer.

—Sí... Se ha ido para siempre. La he despedido.

—¿Tú... á Julia? Estás loco.

—Sí; la he despedido porque se había insolentado; y además... porque ha maltratado al niño.

—¿Julia?

—Sí, Julia.

—¿Y por qué se ha insolentado?

—Refiriéndose á ti...

—¿A mí?

—Dijo que la comida se pasaba... y tú no volvías...

—¿Eso ha dicho?

—Y más... Cosas desagradables para ti... que yo no he comprendido... ni quiero comprenderlas.

—Dímelo todo.

—Es inútil repetirlo.

—Quiero saberlo todo.

—Dijo, que para un hombre como yo, era una desgracia estar casado con una mujer como tú, que nunca eres puntual, ni ordenada, ni cuidadosa, ni atiendes á las obligaciones de tu casa, ni á tu hijo, ni á mí.

Enriqueta, seguida por Limousin, que no despegó los labios sorprendido en aquella situación difícil, avanzaba, y cerró bruscamente la puerta, dejando caer su abrigo sobre una silla, dirigiéndose á su marido, irascible, irritada:

—¿Qué dices? ¿Qué dices? ¿Que yo soy...?

Parent estaba pálido y tranquilo. Contestó:

—Yo no digo nada, esposa mía; te repito solamente las frases de Julia que deseas conocer; y te hago notar que la despedí, precisamente, por esas frases.

Enriqueta hubiera querido arrancarle las barbas y los carrillos con las uñas. En la voz, en el tono, en la expresión del hombre, notaba claramente la



rebeldía; no sabiendo cómo atacarle, buscaba una frase directa y mortificadora, tomando, como siempre, la ofensiva.

—¿Comisteis ya?

—Te aguardábamos.

Enriqueta hizo un movimiento de impaciencia.

—Es una estupidez aguardar tanto. Debisteis comer á las siete y media, suponiendo que me habría quedado en alguna parte, por algún asunto, haciendo compras.

De pronto le pareció necesario explicar de qué modo había invertido el tiempo, y refirió ligeramemente, con altivez, que habiendo ido muy lejos, á la calle de Rennes, para elegir algunos muebles, encontró á Limousin, á eso de las siete, en el bulevar Saint-Germain, y le había rogado que la acompañase para poder tomar algo en un restaurant, no atreviéndose á entrar sola; estaba muriéndose de debilidad. Así habían comido los dos precipitadamente, para retrasarse lo menos posible, una sopita y medio pollo.

Parent, respondió sencillamente:

—Hiciste bien; ya ves que no te digo nada.

Limousin, callado hasta entonces, y casi oculto detrás de Enriqueta, se acercó al marido, tendiéndole una mano:

—¿Cómo estás?

Parent alargó fríamente la suya, y dijo:

—Muy bien.

Pero la mujer había recogido una frase de la última respuesta del marido.

—«¡No me dices nada!»... ¿Qué podrías decirme?

Parent se disculpó.

—No tengo motivo. Quise decirte, que no me había preocupado tu mucha tardanza.

Ella buscaba una pretexto para reñir, y se agarró á lo que pudo:

—¡Mi tardanza!... Como si hubiese comparecido á la madrugada, y pasase noches enteras en la calle.

—No, esposa mía. Digo «tardanza», porque no sé decirlo de otro modo. Te aguardábamos á las seis y media, y vienes á las ocho y media. Bueno... Está bien... y no hay para extrañarse... Por eso digo «tu mucha tardanza», no sé decirlo de otro modo.

—Pronuncias la frase con cierta intención...

—¡Vaya, no lo creas!

Enriqueta comprendió que no hallaría resistencia, y dirigiéndose á su cuarto, los gritos del niño la sorprendieron. Entonces preguntó sobresaltada:

—¿Por qué llora esa criatura?

—Ya te dije que Julia le ha maltratado.

—Pero ¿qué le ha hecho esa miserable?

—¡Oh! Casi nada. Le ha dado un empujón y el niño se ha caído...

—Enriqueta, deseando ver á Carlitos, entró en el comedor y se detuvo ante el mantel empapado en vino, las botellas y los vasos rotos y la sal derramada.

—¿Qué significa esto?

—Es Julia, que...

Enriqueta le interrumpió enfurecida:

—¡Ya es demasiado! Julia dice desvergüenzas de mí, pega al niño, rompe la vajilla, revuelve toda la casa, y parece que tú encuentras natural todo esto.

—No... La he despedido.

—¡Claro! Pero debiste avisar á la policía; que la metieran en la cárcel.

—Pero, mi querida esposa... No hay para tanto... seguramente no hay para tanto... Y hubiera sido muy difícil...

Enriqueta, con un desdén infinito encogiéndose de hombros:

—Siempre serás lo mismo: un pobrete, un infeliz, un hombre sin voluntad, sin carácter y sin energía. ¡Oh! ¡Qué desvergüenzas debió decir para que te hayas decidido á echarla! Me hubiera gustado oirla un minuto, un minuto nada más.

Abriendo la puerta de la sala, corrió hacia Carlitos, le alzó, le estrechó entre sus brazos, besándole.

—Carlitos, ¿qué tienes? ¿Qué te han hecho, mono mío, lucero mío?

Sintiéndose acariciado por su madre, dejó de llorar el niño.

—¿Qué tienes? ¿Dímelo tú? ¿Qué tienes?

Y respondió con su media lengua:

—Julia... Julia... ha pegado... á papá...

Enriqueta se volvió hacia su marido, estupefacta. Después, el deseo insano de soltar una carcajada,

brilló en sus ojos, dibujándose como un temblor en sus mejillas rosadas, asomando á sus labios, levantando las alas de su nariz, y saliendo, al fin, de su



boca ruidosamente, con vibraciones de alegría satisfecha, sonora, vibrante como el trino de un pájaro. Enriqueta repetía, entre gritos agudos, que dolían á Parent como si fueran mordeduras de aquellos dientes blancos:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ella te pegó!... ¡ja, ja!... ¡Tiene gracia... mucha gracia...! ¡Ja, ja! ¡Oiga usted, Limousin!... ¡Le ha pegado Julia!... ¡ja, ja, ja!... ¡Sí... ha pegado á mi marido la criada! ¡ja, ja, ja! ¡Es muy gracioso!

Parent murmuraba:

—No... no... Te digo que no es cierto. Al contrario: yo fui quien... Yo la empujé con tal violencia, que al caer tiró cuanto había en la mesa... Carlitos no ha visto claramente. Yo fui quien...

Enriqueta dijo al niño:

—Anda, mi cielo, di otra vez: ¿Julia pegó á papá?

—Sí; Julia—exclamó el niño.

Asaltada por otra idea, la mujer preguntó:

—¿Tampoco disteis de comer al niño? ¿No comiste aún, tesoro mío?

—No, mamá.

Revolviéndose furiosa contra su marido, Enriqueta gritó:

—¡Estás loco, archiloco! ¡Las ocho y media y el niño está sin haber comido aún!

Parent se disculpaba, desconcertado por aquella escena, perdido entre tan engorrosos comentarios, aplastado por aquel desmoronamiento de toda su existencia.

—Hija mía: no quise comer sin ti. Como siempre te retrasas algo, te aguardábamos de un momento á otro.

Ella se quitó el sombrero, tirándolo sobre una butaca, y dijo con voz nerviosa:

—Es intolerable tratar con personas que nada entienden y no adivinan nada; que nada saben hacer. ¡Claro! Y si me ocurre venir á media noche, tampoco hubiera comido la criatura. ¡Como si no pudieras comprender, viendo que á las siete y media no venía yo, que alguna causa...

El marido temblaba, sintiéndose arrebatado por la cólera; pero Limousin, interponiéndose, dijo á Enriqueta:

—La veo á usted algo injusta en esta ocasión. El no pudo adivinar que hoy vendría usted más tarde que otras veces. Además, después de haber despedido á Julia, solo, ¿era tan fácil salir del paso?

Exasperada Enriqueta, contestó.

—Pues yo no pienso ayudarle; que haga lo que pueda.

Y entró en su cuarto bruscamente, olvidando que su hijo no había comido.

Limousin hizo habilidades por ayudar á su amigo. Recogió los vasos rotos, dispuso la mesa, sentó al niño en su poltrona, mientras Parent iba en busca de la doncella para que sirviese la comida.

La doncella no se había enterado de nada. Sacó la sopa; luego carne con puré de patata.

Parent se había sentado junto al niño, estúpido y desalentado por aquella catástrofe. Haciendo

comer al pequeño, trataba también de comer algo; cortaba la carne, y después de mascar mucho, hacía un esfuerzo para fragarla.



Poco á poco se alzó en su alma un deseo invencible de mirar á Limousin, sentado frente á él, haciendo bolitas de pan. Quería comprobar su pare-

cido con la criatura; pero no se atrevía á levantar los ojos. Al fin, decidióse, y observó aquel rostro que tanto conocía y que, sin embargo, le pareció no haber examinado nunca; tan diferente le hallaba de como lo supuso.

De cuando en cuando lanzaba una mirada rapidísima, queriendo retener todos los perfiles, toda su expresión; luego clavaba los ojos en el niño, distraídamente, como si pensara sólo en comer.

Dos palabras zumbaban en su oído: «¡Su padre, su padre, su padre!» Zumbaban rítmicamente en cada latido del corazón, Si; aquel hombre, aquel hombre tranquilo, sentado frente á él, junto á su mesa, podía ser el padre de Carlitos, de su Carlitos... Parent dejaba de comer, sin fuerzas para proseguir. Un dolor terrible, uno de esos dolores que hacen aullar y retorcerse y morder, le desgarraba las entrañas. Tuvo tentaciones de coger un cuchillo y clavárselo en el vientre. Esto le tranquilizaría, le salvaría, siendo el fin de todo.

¿Podría vivir así? ¿Podría vivir, levantarse todas las mañanas, comer á sus horas, andar por las calles, acostarse por la noche, con aquel pensamiento invencible? «¡Limousin es el padre de Carlitos!» ¡No; no tendría fuerzas para dar un paso, ni para vestirse, ni podría pensar en nada, ni hablar con nadie! Todos los días, á todas horas, á cada segundo, ¡siempre! se preguntaría lo mismo; trataría de

saberlo, de adivinarlo, de sorprender aquel horrible secreto. Y el niño, el niño adorado... No podía verle sin aumentar el espantoso tormento de aquella duda; sin sentirse desgarrado hasta lo más profundo, sin que hasta la medula de sus huesos le doliera... Y permanecer allí, en aquella casa, junto al niño, amándole y odiándole... Odiándole, sí; acabaría odiándole. ¡Qué suplicio! ¡Ah! ¡Si al menos estuviera seguro de que Limousin era el padre, tal vez se calmara y se adormeciera en sus desdichas, en su dolor! ¡Pero no saber nada seguro, era intolerable!

No saber nada seguro, buscar siempre, sufrir siempre y besar al niño á cada instante. Pasearlo por las calles, cogerlo en brazos, sentir, como una caricia, el roce de sus finos cabellos, adorarle y pensar: «¿Acaso es del otro?» ¿No valdría más no verle, abandonarlo, perderlo? ¿No valdría más huir solo, muy lejos, tan lejos que nunca oyese hablar de nada; nunca, nunca?

Oyendo que la puerta se abría, sobresaltóse.

—Tengo hambre—dijo su mujer al entrar—. ¿Y usted, Limousin?

—¡Caramba! yo también—contestó el amigo.

Enriqueta mandó que volviesen á sacar la sopa.

Parent pensaba: «¿Será cierto que han comido ya, ó se habrán retrasado en una entrevista amorosa?»

Los dos comieron con mucho apetito. Ella tran-

quila, riendo y bromeando. Su marido la observaba también con furtivas miradas. Enriqueta se había puesto una bata de color de rosa con encajes blancos, y su cabeza rubia, su cuello terso y sus manos finas y carnosas, aparecían entre aquella bonita envoltura semejante á una concha de nácar bordada con espuma. ¿Qué habría hecho en toda la tarde con aquel hombre? ¡Parent los imaginaba estrechamente abrazados y murmurando palabras ardientes! ¿Por qué no podía saber nada ni adivinar nada, viéndolos como los veía juntos frente á él?

¡No se habrían reído poco de su misma crueldad: si le engañaban desde el primer día! ¿Era posible que de tal modo se hiciese burla de un hombre honrado para servirse de su dinero? ¿Por qué no se leían esas maldades en las almas? ¿Por qué los corazones bondadosos no adivinarían los engaños de los corazones infames? ¿Por qué la voz que miente y la que adora suenan de igual modo? ¿Por qué la mirada falaz no se distingue de la mirada sincera?

Observándolos, recogiendo una palabra, una entonación, un parpadeo, una sonrisa, de pronto pensó: «Esta misma noche quiero sorprenderlos.» Y dijo:

—Hija mía, como he despedido á Julia, es necesario que me ocupe hoy mismo de buscar otra cocinera. Salgo á ver si puede venir alguna desde mañana temprano. Acaso tenga que andar mucho y vuelva tarde.

—Bueno—contestó Enriqueta—; Limousin me dará conversación hasta que vuelvas. Te aguardaremos.

Y encarándose con la doncella, prosiguió:

—Acueste usted á Carlitos, quite la mesa y retírese.

Parent se había levantado y oscilaba sobre sus piernas, aturcido, titubeando.

—Hasta luego—murmuró; y apoyándose un poco en la pared, porque le parecía que la casa oscilaba como un barco, salió pausadamente.

La doncella se había llevado á Carlitos. Enriqueta y Limousin pasaron al salón.

—¿Estás loca?—dijo el amante.—¡Hostigas así á tu marido!

—Oye, no empieces como de costumbre, ¿sabes? me violentan mucho tus reflexiones ¡emeñado en presentarme á Parent como un mártir!

—No te lo presento como un mártir—dijo Limousin arrellanándose en una butaca y cruzando las piernas—; pero me parece ridículo, en tu situación, provocar á ese hombre constantemente.

Ella cogió de sobre la chimenea un cigarrillo, y encendiéndolo contestó:

—Si no le provooco; al contrario: me irrita su estúpidez... y le trato como se merece.

Limousin, algo impaciente, insistía:

—Es ridículo eso que haces. ¡Y todas las mujeres

hacen algo parecido! Un excelente muchacho, de sobra confiado y de sobra bondadoso, que nunca estorba, que nos deja libres, que fia en ti como un estúpido, sin dudar ni un instante; y tú, haciendo lo posible para enfurecerle y para turbar nuestra existencia tranquila.

— ¡Calla!

¡Me aburres!

¡También eres

cobarde como

todos los hom-

bres! ¡Tienes miedo! ¡Te da miedo ese infeliz!

El se levantó vivamente, furioso.

—Yo quisiera saber qué daño te ha hecho, y por qué le odias... ¿Te maltrata? ¿Qué hace contra ti? Es demasiada crueldad torturar á un hombre por el



solo motivo de ser bueno, y odiarle únicamente porque le engañas.

Ella se acercó á Limousin, mirándole fijamente á los ojos.

—¿Y tú vienes á echármelo en cara? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tú? ¿Tienes vergüenza para eso?

—No he querido echártelo en cara; defiendo á Parent, porque necesitamos, para ser felices, de su confianza. Deberías comprenderlo.

Estaban muy cerca el uno del otro; él, grandote, moreno, con patillas largas, guapetón, con la vulgar apostura de un hombre satisfecho de sí mismo; ella, bonita, sonrosada y rubia, una parisién monísima, semi-cocotte y semi-burguesa, nacida en una trastienda, educada á la puerta de un comercio en el arte de atraer parroquianos con los ojos, y casada al azar de aquella pesca del transeunte, con el primer infeliz que se apasionó por ella contemplándola en la misma puerta siempre, dos veces al día: al salir por la mañana y al volver por la tarde.

Enriqueta dijo á Limousin:

—¿Pero tú no adivinas, inocente, que le aborrezco, precisamente porque se ha casado conmigo, porque me ha comprado con su dinero, porque todo lo que dice, todo lo que hace, todo lo que piensa, me ataca á los nervios? A cada instante me desespera con su estupidez, que tú llamas bondad; con su torpeza, que tú llamas confianza, y, sobre todo,

porque yo quisiera que fueses tú mi marido y no él. Aunque no molesta mucho, le siento entre los dos á todas horas. Es insoportable... ¿Y qué? No. Es demasiado idiota para sospechar nada. Yo quisiera verle celoso alguna vez. Me dan tentaciones de gritarle: «¡Ciego, bruto, ¿no ves? ¿No entiendes nada? ¿No comprendes que Pablo es mi amante?»

—Por ahora—dijo Limousin riendo—te agradeceré que te calles y no turbes nuestra existencia.

—¡Oh! No la turbaré, no te apures; con ese imbécil no es fácil temer nada. No. Pero me parece increíble que no comprendas hasta qué punto me es odioso y de qué modo me repugna. En cambio, tú le tratas con afecto y le das la mano con gusto. Los hombres sois atroces.

—Hay que disimular, cariño mío.

—No se trata del disimulo; se trata del sentimiento. Desde que burláis á un hombre, parece que le queréis más; nosotras los odiamos á partir del momento en que los hemos engañado.

—No veo motivo para odiar á un buen muchacho desde que se le roba el amor de su mujer.

—¿No ves motivo? ¿No ves motivo? Es una delicadeza que no tenéis los hombres. ¡Qué le haremos! Hay cosas que se sienten y no es fácil explicarlas. Y, además, en estos asuntos... No; no me comprenderías; mi razonamiento sería inútil. Vosotros no entendéis ciertas delicadezas...

30511

Y sonriendo, con un dulce abandono de viciosa, puso las manos en los hombros de su amante, ofreciéndole sus labios; él inclinó la cabeza, oprimien-

do su cintura con fuerte abrazo, y se unieron sus bocas. Como estaban de pie delante del espejo de la chimenea, otros amantes, reflejados en el cristal se besaron también.



Y no habían oído nada, ni el ruido de la llave ni el roce de la puerta; pero Enriqueta, brusca-mente, lanzando un grito agudo, se apartó de Limousin. El y ella vieron la imagen de Parent que los contemplaba, lívido, con los puños apreta-

dos, descalzo y con el sombrero sobre los ojos.

Se volvieron para mirarle, primero ella, luego él, con un rápido movimiento de los ojos y sin mover apenas la cabeza. El marido tenía cara de loco; sin decir una palabra se arrojó sobre Limousin, y le agarró fuertemente para estrujarlo y ahogarlo; á empujones y sacudidas lo arrastró hasta un ángulo de la sala, tan impetuosamente, que Limousin perdió el equilibrio, dándose, al caer, un fuerte golpe en la cabeza.

Pero Enriqueta, comprendiendo que su marido quería matar á su amante, se arrojó sobre Parent, acogotándole; clavando en su cuello las diez uñas de sus manecitas rosadas, le apretó de tal modo, con la fuerza nerviosa de una mujer desesperada, que la sangre brotó. Le mordía en el hombro, como si hubiera querido despedazarlo con sus dientes, y Parent, casi estrangulado, sofocado, soltó á Limousin para sacudirse de su mujer, agarrada fuertemente á su cuello, y cogiéndola por la cintura, de un empujón la hizo ir hasta el otro extremo de la sala.

Luego, como sólo sentía la cólera instantánea de los bonachones y la violencia repentina de los débiles, quedó entre los dos, jadeante, agotado, no sabiendo ya qué hacer. Su furor brutal habíase dissipado en aquel esfuerzo, como la espuma del vino, y su energía insólita dió fin con un ahogo prolongado.

En cuanto pudo hablar, balbuceó:

—¡Fuera de aquí!... Los dos... Inmediatamente... Fuera de aquí!

Limousin continuaba inmóvil en el suelo, arrimado á la pared, muy atontado aún para comprender nada; muy despavorido para mover ni un dedo. Enriqueta, con las manos apoyadas en un velador, con la cabeza erguida, con el vestido desabrochado, el pecho desnudo y el cabello en desorden, aguardaba como una fiera que se dispone á saltar.

Parent repetía con la voz más enérgica:

—¡Fuera de aquí! En seguida, en seguida... ¡Fuera de mi casa!

Viendo que ya no había peligro, su mujer, envaletonada, se acercó á él y le dijo con insolencia:

—¿Te has vuelto loco? ¿Te has vuelto loco?

Parent, avanzando amenazador, gritaba:

—¡Oh!... ¡Es demasiado!... ¡Es demasiado! Lo sé todo... todo... todo... lo he oído todo... ¿entiendes? Todo, ¡miserable!... ¡miserable!... ¡Sois unos canallas! ¡Fuera de aquí!... ¡los dos!... ¡He de mataros!... ¡Canallas!... ¡Fuera de aquí!

Ella comprendió que ya no había remedio; que no había manera de justificarse, que todo estaba perdido; y su impudencia y su odio la impulsaron. Sintiendo ansias de insolente provocación, dijo:

—Vámonos, Limousin, ya que nos echa de aquí; vámonos á tu casa.

Pero Limousin no se movía. Parent, recobrando bríos, gritaba:

—Sí; en seguida... ¡Fuera, canallas!... O ahora mismo...

Enriqueta, rápidamente atravesó la sala, y cogiendo por un brazo á su amante, le hizo levantarse del suelo, llevándolo hasta la puerta y repitiendo:

—Anda, hijo mío, anda; ese hombre se ha vuelto loco; anda, me voy contigo...

Al salir, ella miró á su marido, pensando qué podría decirle, qué podría inventar para torturarlo de nuevo, antes de abandonar aquella casa; y una idea venenosa, feroz, mortal, acudió á su pensamiento; una idea en la que fermentaba toda la perfidia femenil:

—¡Quiero llevarme á mi hijo!

Parent, estupefacto, balbuceó:

—¿Tu... tu hijo? ¿Te



atreves á recordarlo siquiera? ¿Te atreves á pedirme tu hijo?... ¡Ah! ¡Es mucho, es mucho! ¿Te atreves?... ¡Oh! ¡Fuera de aquí... miserable! ¡Fuera!

La mujer se acercó al marido, casi risueña; casi vengada ya, y provocándole, irguiéndose, le dijo cara á cara:

—¡Quiero llevarme á mi hijo... y no debe quedarse aquí, en tu casa, porque no es tuyo!... ¿Lo entiendes? No es tuyo, no es tuyo; es de mi amante.

Parent, ya loco, gritó:

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Canalla!

Y ella proseguía:

—No es tuyo, ¡imbécil! Todo el mundo lo sabe menos tú. Su padre, ahí le tienes: mírale y te vencerás.

Parent retrocedió vacilante; luego, bruscamente, cogió una bujía, y entrando en la habitación próxima, volvió al punto, llevando al niño envuelto en las ropas de la cuna.

El niño, sobresaltado con el brusco despertar, lloraba. Parent, entregándoselo á la madre, sin decir una palabra más, la empujó violentamente hacia la puerta, luego hacia la escalera, donde Limousin aguardaba ya prudentemente.

Cerró, echando la llave y los cerrojos, y al entrar en la sala, cayóse desplomado sobre el suelo.



II

PARENT vivía solo, enteramente solo. Durante las primeras semanas que siguieron á la separación, el aturdimiento de su vida nueva no le permitió hacer muchas reflexiones. Andaba por las calles vagabundo, como cuando era soltero; comía en un restaurant. Para evitar el escándalo, señaló á su mujer una pensión, formalizando notarialmente su compromiso. Pero, poco á poco, el recuerdo del niño turbaba su pensamiento. Con frecuencia, cuando estaba solo en casa por las noches, le parecía oír la voz de Carlitos que le llamaba «papá». Su corazón latía muy angustiosamente, y el pobre hombre, levantándose, abría la puerta de la escalera, para ver si por acaso el niño había vuelto. Sí; era posible que volviera solo, como vuelven los perros y las palomas... ¿Por qué había de tener un niño menos instinto que una bestia? Convencido de su error, volvía á sentarse en una butaca, pensando en la criatura. Meditaba durante horas enteras, durante días enteros. No era solamente una obsesión moral; era también una obsesión física, una necesidad material, nerviosa, de besarle, de tenerle, de opri-

atreves á recordarlo siquiera? ¿Te atreves á pedirme tu hijo?... ¡Ah! ¡Es mucho, es mucho! ¿Te atreves?... ¡Oh! ¡Fuera de aquí... miserable! ¡Fuera!

La mujer se acercó al marido, casi risueña; casi vengada ya, y provocándole, irguiéndose, le dijo cara á cara:

—¡Quiero llevarme á mi hijo... y no debe quedarse aquí, en tu casa, porque no es tuyo!... ¿Lo entiendes? No es tuyo, no es tuyo; es de mi amante.

Parent, ya loco, gritó:

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Canalla!

Y ella proseguía:

—No es tuyo, ¡imbécil! Todo el mundo lo sabe menos tú. Su padre, ahí le tienes: mírale y te vencerás.

Parent retrocedió vacilante; luego, bruscamente, cogió una bujía, y entrando en la habitación próxima, volvió al punto, llevando al niño envuelto en las ropas de la cuna.

El niño, sobresaltado con el brusco despertar, lloraba. Parent, entregándoselo á la madre, sin decir una palabra más, la empujó violentamente hacia la puerta, luego hacia la escalera, donde Limousin aguardaba ya prudentemente.

Cerró, echando la llave y los cerrojos, y al entrar en la sala, cayóse desplomado sobre el suelo.



II

PARENT vivía solo, enteramente solo. Durante las primeras semanas que siguieron á la separación, el aturdimiento de su vida nueva no le permitió hacer muchas reflexiones. Andaba por las calles vagabundo, como cuando era soltero; comía en un restaurant. Para evitar el escándalo, señaló á su mujer una pensión, formalizando notarialmente su compromiso. Pero, poco á poco, el recuerdo del niño turbaba su pensamiento. Con frecuencia, cuando estaba solo en casa por las noches, le parecía oír la voz de Carlitos que le llamaba «papá». Su corazón latía muy angustiosamente, y el pobre hombre, levantándose, abría la puerta de la escalera, para ver si por acaso el niño había vuelto. Sí; era posible que volviera solo, como vuelven los perros y las palomas... ¿Por qué había de tener un niño menos instinto que una bestia? Convencido de su error, volvía á sentarse en una butaca, pensando en la criatura. Meditaba durante horas enteras, durante días enteros. No era solamente una obsesión moral; era también una obsesión física, una necesidad material, nerviosa, de besarle, de tenerle, de oprim-

mirle, de sentarle sobre sus rodillas y hacerle saltar. Exasperábale mucho el recuerdo febril de las caricias pasadas. Sentía los bracitos rodeando su cuello; la boquita, besando ruidosamente su barba; los cabellos rubios, haciéndole cosquillas en su rostro. El deseo de aquellos dulces halagos perdidos, la piel suave, sonrosada y tibia, donde puso con placer sus labios, le enloquecían como el deseo de una mujer adorada que huye.

De pronto, en la calle, no podía contener su llanto, acordándose del pequeño que saltaba y corría junto á él. Ya en su casa, con la cabeza entre las manos, lloraba toda la tarde.

Veinte veces y cien veces en un día se hizo la misma pregunta: ¿Era ó no era el padre de Carlitos? Pero, sobre todo, por la noche, le obsesionaba esa idea con razonamientos interminables. Apenas acostado, repetía sin cesar la misma serie de reflexiones desconsoladoras.

Al principio no dudaba: el niño era seguramente de Limousin, como había confesado Henriqueta. Pero más adelante, poco á poco, empezó á dudar. Seguramente las palabras de su esposa no tenían valor. Ella quiso provocarle, desesperarle. Y, pesando el pro y el contra, friamente, no era descabellado suponer que su afirmación fué un embuste.

Acaso Limousin hubiese dicho la verdad. Pero ¿cómo preguntárselo, cómo decidirle á confesar?



Algunas veces, Parent, despertando á media noche, se decidía de pronto á buscar á Limousin, á rogarle, á ofrecerle cuanto quisiese, para poner término á tan abominable angustia. Luego se descorazonaba, desesperando, suponiendo que también mentiría el amante. Mentiría, seguramente, para impedir que el padre verdadero recobrase al niño.
¿Qué hacer? ¡Nada!

Y se desconsolaba por haber precipitado brutalmente los acontecimientos, por no haberlo reflexionado con calma, por no haber sabido esperar, fingiendo, durante un mes ó dos, para convencerse y enterarse por sus propios ojos. Debió fingir que no sospechaba y dejarlos que dulcemente confesaran sin saberlo. Debió esperar ocasión en que Limousin acariciase al niño; esto le bastaría para saber la verdad; un amigo no besa como un padre. Los hubiera observado, escondiéndose detrás de las puertas. ¿Cómo no se le ocurrió esto? Si Limousin, á solas con el niño, no le hubiese cogido en brazos, oprimiéndole, besándole apasionadamente, si le hubiese dejado jugar con indiferencia, sin ocuparse de él, ya no era posible dudar; en ese caso no era, no se creía, no se sentía padre.

Y entonces Parent, separándose de la madre, hubiera conservado al hijo, y hubiera sido feliz con él; todo lo feliz que pueda ser un hombre.

Se revolvía en la cama, sudoroso y torturado, queriendo recordar cómo trataba Limousin al niño. Pero no recordaba nada, absolutamente nada: ningún gesto, ninguna mirada, ninguna palabra, ninguna caricia sospechosa. La madre tampoco se ocupaba mucho de Carlitos. Si fuera hijo del amante, sin duda le quisiera más.

Sin duda le separaron del niño por venganza, por crueldad, en castigo de la sorpresa.

Y Parent resolvíase á salir al amanecer para formular en el Juzgado, lo antes posible, su reclamación, decidiendo que le devolvieran á su Carlitos.

Pero, apenas resuelto, le invadía la certeza de lo contrario. Habiendo sido Limousin desde el primer día el amante de Enriqueta, el amante adorado, ella debió entregarse á él con toda su alma, con todo el abandono y el amor que hacen madres á las mujeres. La reserva fría que mostraba siempre la esposa en sus relaciones íntimas con el marido, no era tampoco un obstáculo para suponer que no pudo fecundarla su caricia.

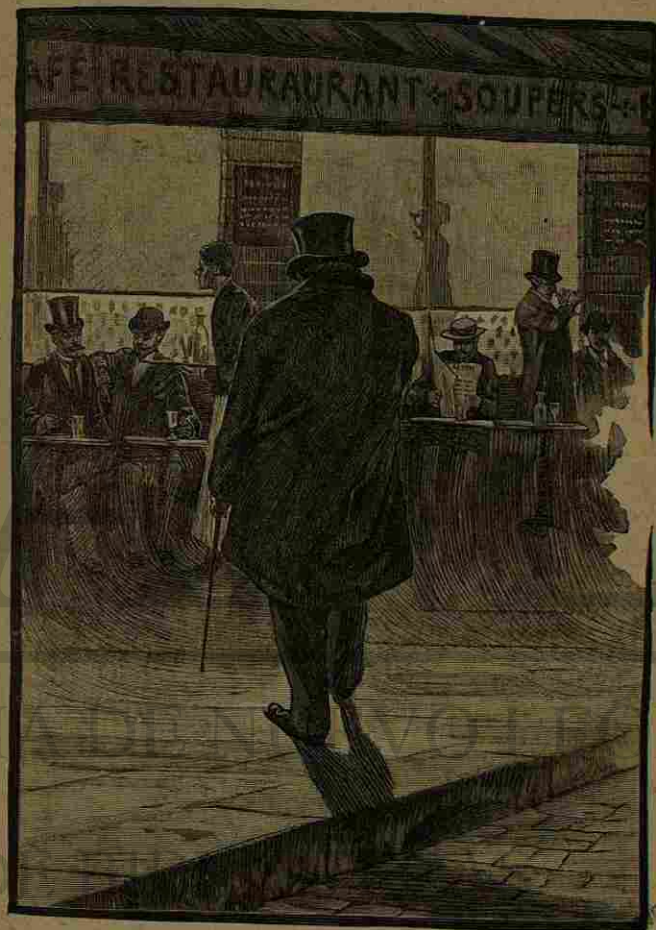
Luego se proponía reclamar tener á su lado constantemente y cuidar al hijo de otro. No podría mirarle, besarle, oírle decir «papá», sin que le hiriera un pensamiento desgarrador: «¡No es hijo mío!» Se condenaba para siempre á un suplicio eterno, á una vida miserable. No; era más prudente estar solo, vivir solo, envejecer solo, morir solo.

Y todos los días, todas las noches, comenzaban de nuevo esas abominables vacilaciones y esas torturas, que nada podía calmar ni vencer. Al acercarse la noche temía la obscuridad, la tristeza del crepúsculo; una lluvia de tristeza, un torrente de amarguras, anegaban y enloquecían su corazón con los últimos reflejos de la tarde. Tenía horror de sus pensamientos, como si fueran sus más encarnizados enemigos, y huía de sus reflexiones, como huye una

bestia perseguida. Temía, sobre todo, su hogar desierto, siempre obscuro y terrible, y las calles solitarias, donde sólo brilla, de trecho en trecho, una luz de gas, donde el transeunte aislado, que se oye venir desde lejos, parece un ladrón que nos persigue ó sale al encuentro.

Parent, á su pesar, por instinto, buscaba lugares bien alumbrados y concurridos. La luz y la muchedumbre le atraían, le ocupaban, aturdiéndole. Se fatigaba de andar, de vagar entre la multitud, y cuando los transeuntes eran menos y las calles aparecían más silenciosas, el terror de la soledad empujábale hacia un café concurrido, bullicioso, lleno de luz. Sentado junto á una mesita redonda, pedía un bock, y lo bebía lentamente, inquietándose cada vez que alguien se levantaba para irse; hubiera querido cogerle del brazo, retenerle, rogarle que se quedara un rato más; de tal modo temía la hora en que, saliendo por grupos todos los concurrentes, le dejaban solo, y un mozo le decía con voz áspera: «Caballero, que vamos á cerrar.»

Porque todas las noches era el último que se iba. Veía recoger las sillas, cubrir los divanes, apagar uno tras otro los mecheros del gas: todos menos dos, el de su mesa y el del mostrador. Veía con ojos doloridos al encargado, que ya contaba el dinero y echaba la llave al cajón; y al fin se iba, casi empujado por los mozos, los cuales murmuraban: «¡Qué



pesadez de hombre! Cualquiera diría que no sabe dónde acostarse.»

Y en cuanto ponía los pies en la calle oscura, comenzaba á pensar en Carlitos, y á barrenar el magín, y á retorcer sus pensamientos para descubrir si era ó no era padre de aquella criatura.

Fuese acostumbrando á pasar horas y horas en una cervecería, confundido con los impenitentes bebedores que forman un público familiar y silencioso, donde el denso humo de las pipas adormece las inquietudes, mientras la cerveza pastosa embota el espíritu y calma el corazón.

Allí vivía. En cuanto se levantaba de la cama, íbase allí á sentarse cerca de personas, en las cuales podía entretener sus miradas y sus pensamientos. Por no moverse, decidióse á comer allí. Hacia el medio día, golpeaba suavemente la mesa de mármol con la copa de cristal, y el mozo le llevaba un cubierto; después del postre, sorbía lentamente su café con los ojos fijos en la botella del aguardiente, que le proporcionaba más tarde una hora de feliz embrutecimiento. Primero humedecía sus labios en el coñac paladeándolo; después, lo saboreaba, lo vaciaba despacito, casi gota por gota, levantando la cabeza, bañando con el fuerte licor su paladar, sus encías, toda la mucosa de sus carrillos; mezclábalo con abundante saliva, que segregaban sus glándulas, excitadas por el alcohol, y luego lo tra-

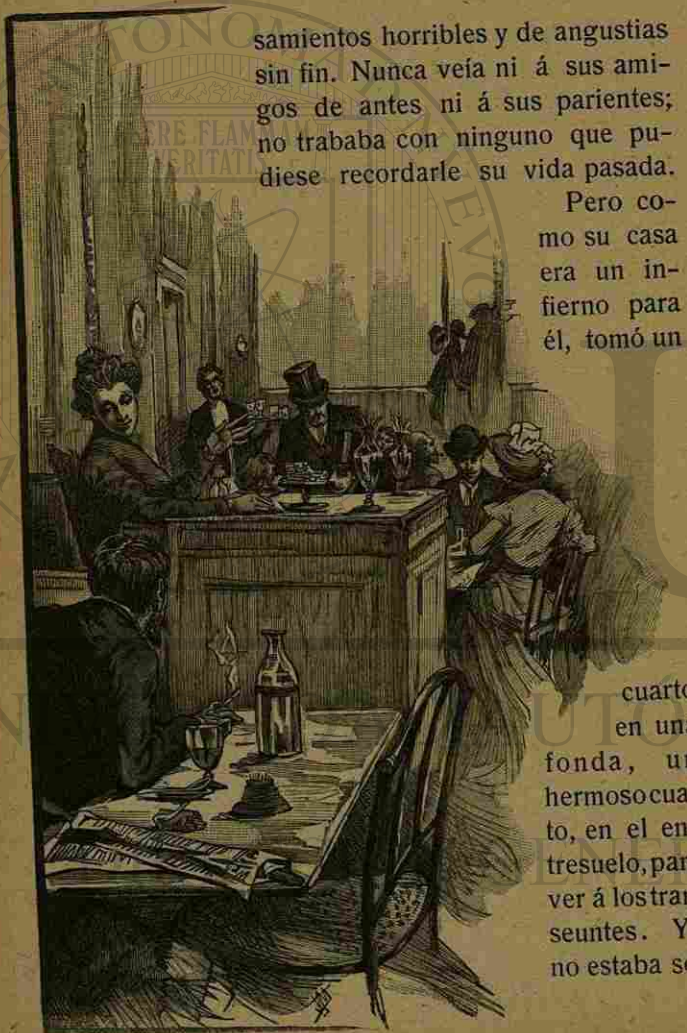
gaba con recogimiento, sintiéndolo deslizarse por la garganta y resbalar hasta el estómago.

Después de cada comida tomaba poco á poco, durante más de una hora, tres ó cuatro copitas que le adormecían suavemente. Inclínaba la cabeza sobre el vientre cerrando los ojos. A media tarde los abría, tendiendo la mano hacia el bock de cerveza que un mozo había colocado junto á Parent. Luego se removía un poco sobre el diván de terciopelo encarnado, se levantaba la cintura del pantalón y estiraba el chaleco, para cubrir la camisa que aparecía entre uno y otro; cogía de nuevo los periódicos de la mañana.

Repetía su lectura del principio al fin, hasta los anuncios, la cotización de la Bolsa y los programas de los teatros.

De cuatro á seis, daba un paseo por los bulevares, para refrescarse un poco, según decía Parent; luego volvía, ocupando el mismo sitio de siempre, y tomaba su ajenjo.

Hablando con algunos parroquianos, comentaban las últimas novedades, los sucesos y la política; todo esto hasta la hora de comer. La noche la pasaba como los primeras horas de la tarde; no salía de allí hasta que le avisaban para cerrar. Era el momento terrible; no había más remedio que sumergirse en la obscuridad, entrar en la casa desierta, guardadora de recuerdos azarosos, de pen-



samientos horribles y de angustias sin fin. Nunca veía ni á sus amigos de antes ni á sus parientes; no trababa con ninguno que pudiese recordarle su vida pasada.

Pero como su casa era un infierno para él, tomó un

cuarto en una fonda, un hermosocuarto, en el entresuelo, para ver á los transeuntes. Ya no estaba so-

lo; en aquel establecimiento público sentía removerse á su alrededor á cuantos allí vivían; oía conversaciones á través de los tabiques; y cuando sus antiguas preocupaciones le hostigaban demasiado cruelmente junto á su cama entreabierta ó junto á su chimenea solitaria, asomábase á los largos corredores, paseando frente á tantas puertas cerradas, mirando con tristeza el calzado puesto delante de cada puerta: zapatitos de mujer junto á fuertes botas de hombre; y pensaba que muchas parejas felices dormían dulcemente, abrazados el uno al otro, entre el calor de las mantas.

Cinco años transcurrieron así; cinco años aburrido y sin otra variación que los amores de una hora por dos luises, de vez en cuando.

Pero un día, mientras daba su acostumbrado paseo entre la Madelaine y la calle Drout, fijóse de pronto en una mujer que iba delante y cuya figura le dió algo que pensar. Un caballero alto y un niño la acompañaban. Parent se preguntó: «¿De dónde recuerdo á esa gente?» Y de pronto la reconoció por un movimiento de la mano: era su mujer, su mujer con Limousin y con su Carlitos.

El corazón del pobre hombre latía con tal violencia, que casi le ahogaba; sin embargo, no se detuvo; quería verlos; iban como un buen matrimonio burgués. Enriqueta se apoyaba en el brazo de Limousin, hablándole dulcemente y volviendo la cara para



mirarle con ternura. Parent la vió de perfil, reconociendo la línea graciosa de su rostro, los movimientos de sus labios, las caricias de su mirada. El niño, sobre todo, le preocupó mucho. ¡Cuánto había crecido y qué robusto estaba! Parent no podía verle la cara, contemplando la hermosa cabellera rubia que le cubría el cuello con rizados bucles. Era Carlitos aquella criatura tan crecida ya, con las pantorrillas al aire, que iba tan formal junto á su madre.

Como se detuvieron ante un escaparate, los vió de pronto á los tres. Limousin estaba muy envejecido, canoso y flaco; su mujer, al contrario: más fresca y agradable que nunca, más bien había engordado; el niño estaba desconocido, ¡tan diferente de antes!

Otra vez se pusieron en marcha. Parent continuó siguiéndolos; después, apresurando el paso, quiso mirarlos cara á cara. Cuando pasó junto al niño, le acometió un deseo, un violento deseo de cogerle y llevárselo entre sus brazos. Le rozó, tocándole como por casualidad, y el niño levantó la cabeza, mirando con disgusto al importuno que le había molestado. Entonces Parent huyó, abatido, perseguido, herido por aquella mirada. Huyó como un ladrón, sintiendo el horrible temor de que pudieran reconocerle su mujer y el amante. No paró hasta llegar á sentarse en la cervecería, donde cayó, abrumado, sobre un diván.

Aquella noche bebió tres ajenjos.

Durante cuatro meses tuvo en el corazón abierta la llaga que le había producido aquel encuentro. Cada noche se le aparecían los tres, felices y tranquilos: el padre, la madre y el niño, paseando por el bulevar, antes de ir á comer á su casa.

Y aquella visión nueva borraba la antigua; era distinta su alucinación, pero tan dolorosa como la de antes. El niño, su Carlitos, á quien adoró tanto, y que le besaba en otro tiempo, desaparecía en un pasado lejano, y veía sólo á la criatura, ya ercrida, como á un hermano de aquél; un muchacho con las pantorrillas desnudas, ¡y que no le conocía! Este pensamiento le martirizaba horriblemente. El amor del niño había muerto; ningún lazo quedaba entre los dos; el niño no tendía ya los brazos al verle, y hasta le miraba con disgusto.

Luego, poco á poco, su espíritu se calmó; las torturas mentales ibanse debilitando; la imagen que, apareciendo á sus ojos, turbaba sus noches, fué cada vez menos frecuente y más borrosa. Se dedicó á vivir como todo el mundo, como todos los desocupados que beben cerveza sobre las mesas de mármol y desgastan sus pantalones contra el duro terciopelo rozado que forra los divanes.

Envejeció entre el humo denso de las pipas, perdió su cabello bajo las luces de gas, fueron sus únicas preocupaciones el baño cada semana, el peluquero

cada quince días y la compra de alguna prenda de vestir. Cuando entraba en la cervecería con un sombrero nuevo, se miraba largo rato al espejo, antes de sentarse; se lo ponía y se lo quitaba muchas veces, de varios modos, y preguntaba al fin á su amiga, la señorita del mostrador, que le atendía con mucho interés: «¿Le parece á usted bien?»

Dos ó tres veces al año iba al teatro, y en verano solía pasar algunas noches en un café cantante de los Campos Elíseos. Conservaba en su memoria canciones que luego cantaba mentalmente durante algunas semanas, y que á veces tarareaba, llevando el compás con el pie, mientras permanecía sentado frente á su bock.

Los años pasaban lentos, monótonos y vacíos.

Parent no se daba cuenta del tiempo que le arrastraba hacia la muerte, sin conmoverle, sin agitarle, sentado junto á una mesa de cervecería; y sólo el espejo, donde apoyaba su cráneo, más calvo de día en día, reflejaba los estragos del tiempo que pasa, que huye, devorando silencioso á los hombres, á los pobres hombres.



III

APENAS pensaba ya en el espantoso drama que amargó su alma, porque habían pasado veinte años desde aquella terrible noche.

Su nueva clase de vida le había envejecido mucho, debilitándole, consumiéndole, agotándole; con frecuencia el dueño de la cervecería, el cuarto dueño desde que Parent se había hecho parroquiano de aquel establecimiento, le decía: «Debiera usted sacudir algo su modorra; debiera tomar los aires del campo; le aseguro que mejoraría mucho en poco tiempo.»

Y cuando Parent salía, el comerciante comunicaba su pensamiento á la señorita del mostrador. «Ese desdichado va matándose poco á poco; es una locura enterrarse así, en un barrio populoso. Convénzale usted para que vaya de campo algún día siquiera. Ya va llegando el buen tiempo; el aire puro le repondría.»

Y la muchacha, piadosamente y llena de buenos deseos, repetía cada tarde al obstinado Parent: «¿Cuándo se decidirá usted á darse un buen paseo por las afueras? ¡Es tan hermoso el campo en un

día sereno! ¡Ah! ¡Si yo pudiese, pasaría la vida en el campo!» Y le comunicaba sus ensueños, los ensueños poéticos y sencillos de todas las pobres muchachas que vegetan detrás de los cristales de una tienda, viendo pasar la vida ficticia y ruidosa de la calle, pensando en la vida sosegada y dulce de los campos, á la sombra de los árboles, bajo el sol radiante que inunda las praderas, en los bosques sombríos, en las descubiertas riberas, junto á las vacas echadas en la hierba, y entre flores de todas clases, flores campestres y sencillas, azules, rojas, blancas, amarillas, violadas: ¡tan hermosas, tan frescas, tan perfumadas! todas las flores de la naturaleza que se ofrecen para que se hagan lindos ramos con ellas.

Y gozaba la pobre mujer hablándole sin cesar de su deseo infinito, nunca realizado y tal vez irrealizable—mientras él, pobre viejo sin esperanzas, la oía gustoso. Había tomado la costumbre de sentarse junto al mostrador para estar cerca de la señorita Zoé y poder discutir con ella las excelencias del campo. Lentamente sintió un vago deseo de realizar una vez siquiera lo que le aconsejaban, para convencerse al fin de que lejos de las calles populosas había un aire puro y vivificador.

Una mañana preguntó:

—¿Sabe usted algún sitio de las cercanías de París donde me diesen de almorzar pasablemente?

Y ella contestó:

—Vaya usted á la Terraza de Saint Germain. ¡Es precioso aquello!

Parent había estado allí en su juventud; volvería.

Eligió un domingo, sin razón fundada, solamente porque todos acostumbran á salir de campo el domingo— aun cuando no tengan durante la semana otra cosa que hacer.

Un domingo, temprano, se fué á Saint-Germain.

Era uno de los primeros días de Julio, brillante y caluroso. Sentado junto á la portezuela del vagón, miraba correr los árboles y las casitas de los alrededores de París. Sentíase triste, aburrido, lamentando su decisión, que perturbaba sus costumbres. El paisaje cambiaba, y siempre le parecía monótono y cansado. Tenía sed; hubiera bajado en cualquiera estación para sentarse tranquilamente y tomar un bock ó dos y volver á París en el primer tren que pasara luego. El viaje le resultaba largo, muy largo. Pasaba sentado meses enteros, ante las mismas cosas inmóviles; pero le parecía enervante, fatigoso, estar sentado recorriendo tantos lugares y que girase todo en su derredor mientras él no se movía.

El río atraía su atención cada vez que lo cruzaba. Desde el puente Chatou vió algunas lanchas arrastradas por los poderosos remos, alzados á compás y con un ritmo por los tripulantes que mostraban los

brazos desnudos. «Esos no deben aburrirse», pensó.

La orilla del río, cuando pasaban por el puente del Pecq, despertó en el fondo de su corazón un deseo de pasear junto al agua; pero el tren se precipitó en seguida en el túnel que precede á la estación de Saint-Germain, y se detuvo pronto en el andén de llegada.

Parent bajó del coche, y vencido por la fatiga, con las manos atrás y el cuerpo inclinado, avanzó hacia la Terraza. Luego, acercándose á la balaustrada de hierro, se detuvo para mirar al horizonte. La llanura inmensa extendíase á su vista como el mar anchuroso y cuajada de pueblecitos. Carreteras blancas atravesaban aquellos campos verdes; algunos bosques aparecían como grandes manchas negruzcas; los pantanos del Vesinet brillaban como láminas de plata, y los ribazos de Sannois y de Argenteuil se dibujaban entre una bruma ligera y azulada, que apenas consentía descubrirlos. El sol bañaba con su luz abundante y abrasadora todo el paisaje, algo velado por el vaho matinal, por el sudor de la tierra caliente y por las emanaciones húmedas del Sena, que se deslizaba con un serpenteo sin fin á través de las llanuras, bordeando los pueblos y lamiendo las colinas.

Una brisa muy suave, arrastrando el perfume de la savia, de la vida vegetal, acariciaba la piel, penetraba en lo más profundo del pecho; parecía re-

juvenecer el corazón, aligerar el espíritu, vivificar la sangre.

Parent, sorprendido, respirando con ansia, distraído los ojos asombrados ante la extensión del paisaje, murmuraba: «Es cierto que me sienta bien estar aquí.»

Avanzó algunos pasos y se detuvo nuevamente para contemplar. Creía descubrir cosas desconocidas y nuevas, no las cosas que sus ojos veían, sino las que presentía su alma; sucesos ignorados, dichas adivinadas, placeres no sentidos; todo un horizonte de vida, nunca imaginada por él, abriase bruscamente sobre aquel horizonte de la campiña sin límites.

La espantosa tristeza de su existencia le apareció iluminada por la potente claridad que inundaba la tierra. Recordó sus veinte años de café, pálidos, monótonos, abrumadores. Hubiera podido viajar, como lo hacen otros, irse lejos, muy lejos, á países nuevos, á tierras casi desconocidas, más allá de los mares, interesándose por todo lo que apasiona á los demás hombres: las artes, las ciencias; apreciando en mil formas la vida, la vida misteriosa, triste ó alegre, siempre varia, siempre inexplicable y atractiva.

Ya era tarde para variar. Iría de bock en bock hasta la muerte, sin familia, sin amigos, sin esperanzas y sin curiosidad por nada. Un abandono

infinito le poseía, un deseo de huir, de ocultarse, de volver á París, á su rincón de la cervecería y á su embrutecimiento. Todas sus ideas, todos sus ensueños, todas las ilusiones que duermen en la pereza de las almas inactivas, habían despertado en él, sintiendo la energía del sol que se derramaba sobre la llanura.

Le pareció que si permanecía más tiempo allí, ante aquel espectáculo, acabaría enloqueciendo, y fué rápidamente á refugiarse al pabellón Enrique IV para almorzar, aturdirse con el vino y los licores y hablar con alguien.

Sentóse junta á una mesita en el bosquecillo desde donde se domina la campiña, y escogió lo que deseaba comer, suplicando que se lo sirvieran lo antes posible.

Llegaron otros excursionistas y fueron ocupando las mesas próximas. Parent se rehizo; ya no estaba solo.

En un cenador almorzaban tres personas. Parent había mirado hacia ellos varias veces y sin saber por qué, del modo que se mira á los indiferentes.

De pronto, una voz femenina estremeció hasta la medula del pobre hombre.

La voz había dicho sencillamente: «Carlos, trincha el pollo.»

Y otra voz respondía: «Sí, mamá.»

Parent, levantando los ojos, comprendió, adivinó



en seguida, quiénes eran aquellas gentes. Sin oír la voz de Enriqueta no los hubiera reconocido. Su mujer tenía

todo el pelo blanco, y estaba gruesa, convertida en una señorona seria y respetable; al comer, adelantaba mucho la cabeza por temor de mancharse, á pesar de tener tendida sobre el pecho la servilleta. Carlitos era todo un hombre; ya tenía barba, esa barba desigual, incolora casi, que apunta en las mejillas de los adolescentes. Llevaba sombrero de copa, un chaleco blanco y monoclo; era poco elegante. Parent le miraba estupefacto. ¿Sería Carlitos hijo suyo? No, no le reconocía; no podía existir nada común entre los dos.

Limousin estaba un poco encorvado por la vejez. Pero aquellas tres personas vivían, sin duda, felices y satisfechas; iban á almorzar al campo, á sitios concurridos; vivían tranquilos y en familia, en una buena casa, tibia y llena de todas las pequeñeces que hacen agradable la vida, de todas las dulzuras del afecto, de todas las palabras tiernas que se cruzan sin cesar entre los que se quieren. ¡Y habían podido vivir así, gracias á Parent, con el dinero de Parent, después de haberle engañado y destruido! ¡Le condenaron á él, al inocente, al crédulo, al bondadoso!; le condenaron á todas las tristezas de la soledad, á la vida horrible que arrastraba de la calle á la cervecería y de la cervecería á la calle, á todas las torturas morales y á todas las miserias físicas! Hicieron de él un ser inútil perdido en el mundo, un pobre viejo sin alegrías posibles,

sin ilusiones, que nada esperaba de nadie. Para él era un desierto la tierra, porque no podía estimar nada sobre la tierra. Aun cuando recorriera todos los pueblos y todas las calles, aun cuando registrara todas las casas de París y abriera todas las puertas, no asomaría en parte alguna el rostro deseado, querido: el rostro de la mujer ó del niño que sonríen al vernos. Y aquella idea le consumía: la idea de la puerta que abrimos para sorprender y besar un rostro que aparece.

¡Aquellos tres miserables tenían la culpa! Su desgracia era obra de aquella mujer indigna, de aquel amigo infame y de aquel muchacho rubio que tomaba una expresión arrogante.

¡Ya odiaba tanto á Carlitos como á los otros! ¿No era seguramente hijo de Limousin? ¿Acaso Limousin le conservara, le quisiera, sin esto? ¿Acaso Limousin no hubiese abandonado á la madre y al hijo, si el hijo no fuera suyo, bien suyo? ¿Alguien se molesta educando á los hijos de los demás?

Y allí estaban, muy cerca, los tres malhechores que le hicieron sufrir tanto.

Parent los miraba, se irritaba, se exaltaba con el recuerdo de todos sus dolores, de todas sus angustias, de todo su desconsuelo. Y le desesperaba, sobre todo, contemplar la expresión plácida y satisfecha de los tres. Sentía deseos de matarlos, de arrojarles á la cara el sifón de agua de Seltz. ¡Abrir

la cabeza de Limousin, que se inclinaba tranquila y acompasadamente sobre el plato!

¿Ellos continuarían viviendo de aquel modo, sin preocupaciones y sin inquietudes de ninguna clase? No, no. ¡Era ya demasiado! Su venganza no se haría esperar. ¡Entonces mismo, aprovechando la ocasión de tenerlos tan á la mano! Pero ¿cómo? Imaginaba cosas horribles, escenas de folletines patibularios, y no se le ocurría nada factible. Bebía, bebía sin cesar, para excitarse, para decidirse y no dejar perder el momento propicio, que no se le ofrecería otra vez sin duda.

De pronto concibió una idea, una idea terrible, y dejó de beber para reflexionar. Una sonrisa fruncía sus labios. Y murmuraba: «Ya son míos, ya son míos. Ahora veremos, ahora veremos.»

Un mozo le dijo: —¿Qué más desea el señor?

—Nada; café y coñac muy bueno.

Los contemplaba, paladeando su copita. Había demasiada concurrencia en el restaurant para realizar allí sus proyectos; aguardaría, los seguiría, porque sin duda irían luego á pasear por la terraza ó por el bosque. Cuando estuvieran más distantes de la gente, los alcanzaría para vengarse. ¡Oh, sí; para vengarse! ¡Ya era tiempo, después de padecer veinte años! ¡Ellos no sospechaban lo que les podía ocurrir!

Acabado el almuerzo, hablaban tranquilamente.

Parent no podía oír su conversación, pero veía sus gestos reposados. La cara de su mujer, sobre todo, le exasperaba. Descubrió en su esposa una expresión altanera, una expresión de beata satisfecha, inabordable, cumplidora de sus deberes y acorazada en su virtud.

Luego pagaron el gasto y se levantaron. Entonces vió de frente á Limousin. Parecióle un diplomático retirado; tanta importancia se daba con sus hermosas patillas encrespadas y blancas, cuyas dos puntas caían sobre las solapas de su levita.

Salieron. Carlitos fumaba un cigarro y llevaba el sombrero inclinado sobre una oreja. Parent los siguió.

Dieron una vuelta por la terraza, admiraron con placidez el paisaje, como admiran las gentes satisfechas; luego se internaron en el bosque.

Parent, frotándose las manos, continuaba siguiéndoles á cierta distancia, ocultándose prudentemente para no fijar á destiempo su atención.

Iban muy despacio, como si tomasen un baño de verdor y de aire tibio. Enriqueta se apoyaba en el brazo de Limousin y andaba muy erguida, como una esposa fiel y satisfecha. Carlitos golpeaba las hojas de los árboles con su bastón, y saltaba de cuando en cuando las cunetas del camino, ligero como un potro de sangre, dispuesto á correr entre la espesura.

Parent se acercaba poco á poco, ahogándose de fatiga y emoción; estaba fatigado porque no tenía costumbre de andar. Pronto los alcanzó; pero dominado por un temor inexplicable, apresuró el paso, decidido á volver luego y abordarlos de cara.

Iba con el corazón palpitante, sintiéndolos á su espalda, y se repetía sin cesar: «Ahora es la ocasión. ¡Audacia! ¡Es la ocasión!»

Se detuvo para mirarlos. Al pie de un árbol, se habían sentado sobre la hierba los tres, y hablaban.

Decidióse, avanzando hacia ellos rápidamente. Se detuvo cuando llegó frente á ellos, balbuceando con la voz cascada por su emoción:

—¡Miradme! ¡Aquí estoy! ¿No me aguardabais?

Los tres examinaron al hombre y le creyeron loco.

Parent proseguía:

—¡Parece que no me reconocéis! ¡Miradme bien! ¡Soy Enrique! Sí. ¿No me aguardabais? ¡Pensasteis que todo había concluído, que todo había concluído para siempre, que no volveríais á verme jamás, jamás, jamás!... ¡Oh! ¡Aquí me tenéis! ¡Vuelvo! Y ahora, ¡vamos á explicarnos!

Enriqueta, impresionada, se cubrió el rostro con las manos, murmurando: «¡Ah, Dios mío!»

En presencia de aquel desconocido, que parecía amenazar á su madre, Carlos se había levantado para separarle de allí á viva fuerza.

Limousin, espantado, miraba con ojos de horror



al aparecido, el cual, después de tomar alientos, prosiguió:

—Vamos á explicarnos ahora. Ha llegado el momento. Sí. Me habéis engañado, me condenasteis á una existencia de presidiario, y creísteis que nunca nos encontraríamos!

El joven le cogió por los hombros, empujándole y diciendo:

—¿Está usted loco? ¿Qué se propone usted? Siga su camino al instante, ó le abofeteo.

Parent respondió:

—¿Lo que me propongo? Decirte lo que son esas gentes.

Pero Carlos, exasperado, le zarandeaba, dispuesto á golpearle.

Parent prosiguió:

—¡Suéltame! ¡Soy tu padre!... ¡Mira!... ¡Obsérvalos! ¡Ahora me reconocen esos miserables!

Aterrado el joven, soltó al pobre hombre para mirar á su madre. Parent avanzó hacia ella:

—¡Dile quién soy, díselo! ¡Dile que soy su padre, porque tú eres mi esposa y él lleva mi apellido; porque vive, como vosotros, de mi dinero, de la pensión que te señalé al arrojarte de mi casa! ¡Dile por qué motivo te arrojé de mi casa! ¡Dile que te sorprendí con ese miserable, con ese malvado, con tu amante! ¡Dile que yo era un hombre bondadoso y feliz; que te casaste conmigo por el dinero, y me

burlaste desde el primer día! ¡Que sepa lo que sois y lo que yo he sido para él!

Tartamudeaba, sofocándose, dominado por la cólera.

Enriqueta gritaba con voz desgarradora:

—¡Pablo, Pablo! ¡Haz que se calle! ¡Oblígale, ruégale!... ¡Que no diga eso delante de mi pobre hijo!

Limousin, á su vez, se había levantado y murmuró:

—¡Cállese usted, cállese usted; comprenda el daño que hace!

Parent prosiguió, enardecido:

—¿Y el daño que me hicieron á mí? Sé perfectamente lo que digo, y lo digo á conciencia. Pero no acabé aún: hay algo que necesito saber, que me tortura desde hace veinte años.

Y dirigiéndose al joven, anonadado, que se apoyaba en un tronco para no caerse, le dijo:

—Escúchame. Cuando ella salió de mi casa, como si no fuera bastante su engaño, quiso acrecentar mi desesperación. Tú eras todo mi consuelo, toda mi vida; pues bien, pues bien, me dijo que yo no era tu padre, que lo era el otro, y se fué, llevándote consigo. ¿Mintió aquel día? No lo sé. Hace veinte años que me lo pregunto. ¿Mintió aquel día?

Y avanzando hacia ella, trágico, terrible, obligándola bruscamente á mostrar su rostro que había escondido entre las manos, prosiguió:

—Ahora, dime; te obligo á que lo digas ahora. ¿Quién es el padre verdadero? ¿Tu amante ó tu marido? ¡Vaya! ¡Que lo sepamos todos!

Limousin le acometió; Parent pudo rechazarle con la energía de un desesperado.

—¡Ahora eres valiente! ¡Ahora das la cara! No haces como aquel día, no huyes, no tiembles como cuando quise matarte. ¡Oh! Si ella no lo dice, dílo tú; dílo tú; que lo sabrás tanto como ella. ¡Dilo tú! ¿Eres el padre de Carlos?

Y volviendo hacia su mujer, prosiguió:

—Si no quereis decírmelo, decídselo á él. Ya es un hombre; tiene derecho á saber cómo vino al mundo. Yo lo ignoro aún; jamás lo supe. Si yo lo supiera, se lo diría. ¡Pobre muchacho!

Enloquecía, su voz tomaba entonaciones agudas, y sus brazos agitábanse como los de un epiléptico.

—Me parece... Me parece que tampoco ella lo sabe... No lo sabe; apuesto á que no lo sabe de seguro. ¡No! Ella también lo ignora... Nadie lo sabe de seguro... Nadie... Si á un tiempo te entregabas á los dos... ¿cómo averiguar estas cosas? Tú no lo sabrás nunca, pobre mozo; no lo sabrás nunca; tampoco yo lo sabré jamás... Anda, pregúntaselo á ellos: convéncete de que no lo saben... Ni yo... Ni ella... Ni él... Ni tú... Nadie lo sabe de seguro. Puedes elegir el padre que tú quieras: él ó yo. Elige... Adiós... Y si te decidieras por mí, si ella te indica-



— ¿Se algo, vete á decírmelo al hotel de los Continentes. ¿Irás? Me gustaría saberlo... Adiós, y que seáis felices...

Gesticulando, hablando solo, andaba resuelta-

mente, á la sombra de los árboles, mientras respiraba el aire fresco, impregnado con aromas fecundos. No volvió la cabeza para mirarlos. Iba derecho, impulsado por sus furores, embebecido en su idea fija.

Llegó á la estación; subió al tren. Su cólera fué apaciguándose poco á poco, y de regreso en París, admiróse de su audacia.

Sentíase quebrantado, magullado, cuando entró en la cervecería.

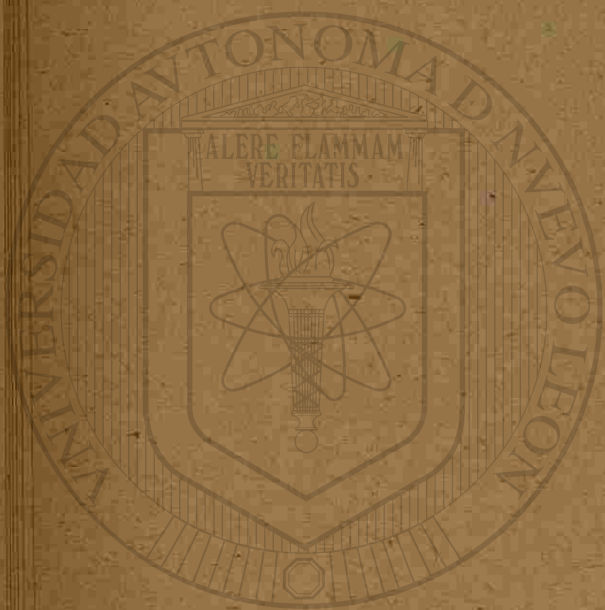
Sorprendióse de verle tan pronto la señorita Zoé y le preguntó:

— Tempranito vuelve; ¿se ha fatigado mucho?

— Sí, mucho, mucho... Como he perdido la costumbre de salir... No, no volveré al campo... Mejor cuenta me tenía quedarme... No volveré al campo... ni á moverme de aquí.

Ella no pudo lograr que le relatara sus impresiones.

Por vez primera en su vida, Parent cogió una borrachera fenomenal. Por la noche, tuvieron que llevarle á su casa en brazos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



EN VENTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LIBRERÍA EDITORIA
"ALF. S." DE 1957
CALLE DOCTOR BARRAGÁN, 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

Qué delicia andar á pie á la salida del sol, á través de los campos cubiertos de rocío y á la orilla del mar en calma!

¡Qué delicia! Todo agrada, todo sonrío: la luz, la frescura, el aire ligero.

¿Por qué guardamos tanto el recuerdo profundo de ciertos minutos de amor con la tierra, el recuerdo de una sensación deliciosa y rápida, la caricia de un paisaje hallado á la revuelta de un camino, á la entrada de un valle, á la orilla de un río, como se hallaría una complaciente mujer?

Recuerdo un día, entre otros. Avanzaba yo á lo largo de la costa bretona, hacia el cabo Finisterre. Avanzaba sin la menor preocupación, rápidamente, bordeando el Océano tranquilo. Era en las cercanías de Quinsperlé, en la región más hermosa y suave de la Bretaña.

Una mañana de primavera, una de esas mañanas que nos rejuvenecen volviéndonos á los veinte años, resucitando nuestras esperanzas y nuestros

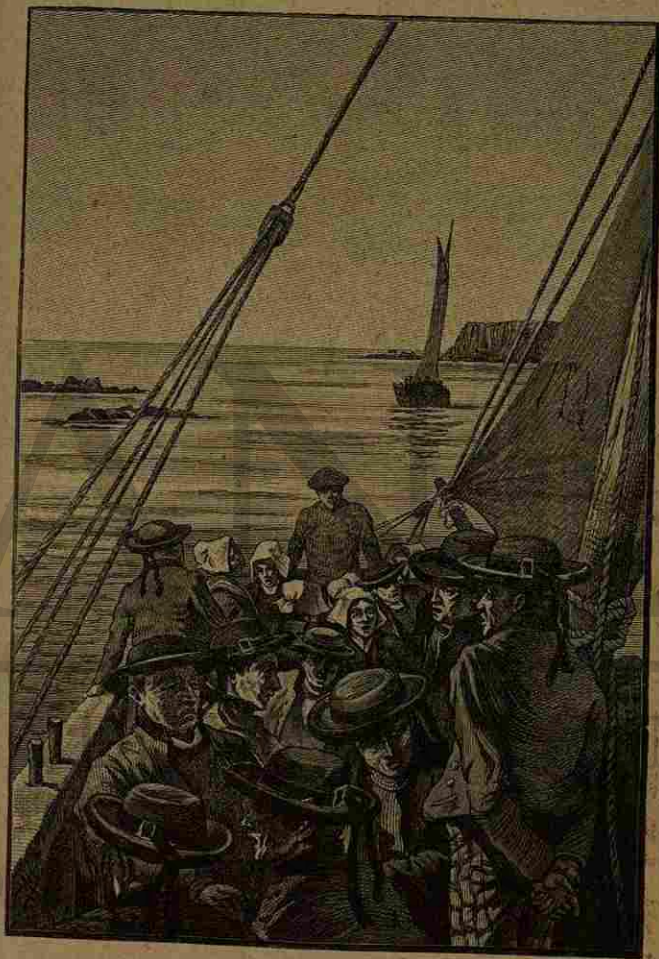
ensueños de adolescentes, avanzaba yo por un camino apenas indicado entre los trigos y el agua.

Las espigas del sembrado estaban inmóviles y las aguas del mar se movían apenas. Sentíanse perfectamente los perfumes de la cosecha madura y de las algas marinas. Avanzaba yo sin preocupaciones, andando rápidamente, siguiendo sin cesar mi viaje, comenzado quince días antes: un paseo por toda la costa de Bretaña. Sintiéndome fuerte, ágil, dichoso y alegre, avanzaba.

Sí, avanzaba sin preocupaciones. ¿Por qué preocuparse en esas horas de alegría inconsciente, profunda, carnal, goce de bestia que corre por los prados ó que vuela en el espacio azul bajo el sol? Oí cantos religiosos á lo lejos. Imaginé que sería una procesión; era domingo. Pero al ganar un pequeño risco, descubrí cinco barcas pescadoras llenas de hombres, de mujeres y de niños que iban al perdón de Plouneven.

Bordeaban la costa suavemente arrastrados por una brisa blanda que tan pronto hinchaba un poco las oscuras velas, como las dejaba caer lacias á lo largo de los palos.

Las pesadas barcas resbalaban lentamente hundidas por el peso de la muchedumbre que conducían. Todos cantaban. Los hombres de pie con la cabeza cubierta por grandes sombreros, lanzaban sus notas potentes; las mujeres gritaban sus notas



agudas, y las voces de los niños parecían desafinaciones chillonas de flauta entre aquel piadoso y violento clamor. Los pasajeros de las cinco barcas entonaban el mismo cántico, elevándose en la inmensidad plácida del cielo su monótono ritmo; y las cinco barcas iban la una detrás de la otra, muy cerca la una de la otra.

Pasaron delante de mí, las vi alejarse; fuéronse debilitando las voces y extinguióse por fin el cántico.

En el silencio imaginé delirios deliciosos, como los imaginan los jóvenes, de una manera pueril y encantadora.

¡Qué pronto pasa esa edad del ensueño, la única edad feliz de la existencia! Nunca se vive sólo, nunca se vive triste, nunca taciturno, ni desesperado, cuando se lleva dentro de sí el divino poder de sumergirse en ilusiones. ¡Qué mundo de hadas aquel donde se realizan las alucinaciones del pensamiento! ¡Qué vida tan hermosa cuando la adornan las esperanzas! ¡Ay, todo esto acabó ya!

¿En qué pensaba yo entonces? En lo que siempre se aguarda y siempre se desea: en la fortuna, en la gloria, en la mujer.

Avanzaba rápidamente, acariciando las espigas doradas de los trigos que se inclinaban bajo mis dedos y me hacían cosquillas, como hubiese acariciado una cabecita rubia.

Gané un pequeño promontorio, divisando en el

fondo de una playa, estrecha y circular, una casita blanca construida sobre la última de tres terrazas que se escalonaban descendiendo hasta el borde del mar.

¿Por qué la vista de aquella casa me hizo estremecer de gozo? ¿Puedo saberlo acaso? A veces viajando así, descúbrese cosas que, siendo nuevas, hacen la impresión de muy conocidas; de tal modo se nos ofrecen familiares y á tal punto nos agradan. ¿Es posible que no las hayamos visto nunca? ¿Es posible que no hayan formado parte de nuestra vida? Todo nos seduce, todo nos encanta: la suave línea del horizonte, la disposición de los árboles, el color del suelo.

¡Oh! La preciosa casa construida en lo alto de las terrazas, donde crecían árboles frutales y flores diversas.

Me detuve preocupado por el amor que me inspiraba aquel retiro. ¡Con qué gusto hubiera vivido siempre allí!

Acerquéme á la puerta, emocionado, con el corazón palpitante y vi en la reja un letrero que decía: *Se vende*. Sentí una sacudida de gozo como si me ofrecieran, como si me regalaran de pronto aquel retiro. ¿Por qué me alegraba? Sí. ¿Por qué? Lo ignoro.

Se vende. Luego en realidad no era de nadie, podía ser de cualquiera, podía ser mía. ¿Por qué mi

gozo, la sensación de gozo profundo, inexplicable, si estaba yo seguro de no comprarla? ¿Cómo la hubiera pagado? No importa. *Se vendía.* El pájaro



en su jaula pertenece á un dueño; el pájaro libre puede ser mío, porque no es de nadie.

Entré en el jardín, un bonito jardín con muchas flores y con muchas higueras.

Cuando estuve en la parte más alta, miré al ho-

rizonte: la pequeña playa se extendía á mis pies, circular y arenosa, separada del mar inmenso por un peñasco negruzco donde debían estrellarse las olas en tiempo borrascoso.

Al extremo, dos piedras enormes, una de pie y otra echada, como un menhir y un dolmen, semejantes á dos esposos extraños, inmovilizados por un maleficio, parecían mirar constantemente la casita que vieron construir ellos, habitadores desde algunos siglos de aquella bahía solitaria; la casita que verían desmoronarse, hundirse, hacerse polvo, desaparecer; la casita en venta.

¡Oh viejo dolmen! ¡Oh viejo menhir, cómo atraíais mi corazón!

Llamé á la puerta como hubiera llamado á la de mi casa. Una mujer salió, una criada, una vieja criada vestida de negro con su cofia blanca y aspecto monjil. Me pareció que también la conocía, y le dije:

—¿Usted no es de Bretaña, verdad?

Ella me respondió:

—No, caballero; soy de Lorena. ¿Viene usted á ver la casa?

—Sí; á eso vengo.

Y entré. Me parecía reconocerlo todo: las paredes y los muebles. Casi me sorprendió no hallar mis bastones en el vestíbulo. Entré en el saloncito, un elegante saloncito bañado en luz por tres ventanas

que daban al mar. Vi sobre la chimenea, entre porcelanas de china, un retrato fotográfico de mujer; me acerqué á verlo, seguro de que también la reconocería. La reconocí, aunque no estaba cierto de haberla visto jamás. Pero era *ella*, ella misma, la que yo deseaba, la que yo aguardaba, la que yo buscaba; sí, era la misma, cuyo semblante me obsesionó en todos mis ensueños. *Ella*, era ella; la que se busca siempre y en todas partes, la que deseamos ver en la calle y á todas horas, la que adivinamos en los caminos cuando vemos aparecer á lo lejos, en el campo, una sombrilla roja, la que sin duda llegó antes que nosotros al hotel donde nos apeamos, la que debiera estar en el vagón donde subimos y en la sala cuya puerta se abre para dejarnos paso.

Era ella seguramente; sin duda era *ella*.

La reconocí en sus ojos que me miraban, en sus cabellos peinados á la inglesa, en su boca, sobre todo, en la sonrisa de sus labios que imaginé antes muchas veces.

Contemplando el retrato pregunté:

—¿Quién es esta mujer?

La criada, con aspecto conventual, me respondió secamente:

—Es la señora.

Insistí preguntando:

—¿La dueña de la casa?

La criada entonces dijo con expresión devota y dura:

—¡No! No, señor.

Sentándome dije:

—Cuénteme usted lo que pasa.

La criada quedó sorprendida, inmóvil y silenciosa.

Insistí:

—¿No es la dueña de la casa?

—No, señor.

—¿Pues de quién es la casa?

—De mi amo, el señor Tournelle.

Señalé con el dedo la fotografía:

—Y esta mujer, ¿quién es?

—Es la señora.

—¿Pero no es la esposa del amo de la casa?

—No, señor.

—Entonces, la querida.

La beata no respondió.

Unos celos vagos, un odio confuso contra el hombre que había encontrado, poseído aquella mujer, me sobrecogieron y pregunté:

—¿Dónde están ahora?

La criada murmuró:

—El amo está en París; la señora no sé á dónde habrá ido.

Sentí un estremecimiento.

—¡Ah! ¿No están juntos?

—No, señor.

Poniendo en juego una malicia, dije con voz grave:

—Cuénteme lo que ha sucedido; acaso pueda yo ser útil á su amo. Conozco bien á esa mujer; es mala.

La vieja criada me miró y la expresión de mi rostro debió inspirarle confianza.

—¡Oh, caballero! La señora hizo á mi amo muy desdichado. La conoció en Italia y la trajo aquí, como si estuviese casado con ella. La señora cantaba muy bien. Mi amo la quería mucho; ¡daba pena verle! Vinieron á esta playa el año pasado y vieron esta casa, que sin duda fué construída por algún loco; se necesita estar loco de remate para construir una casa como ésta, lejos del pueblo. La señora quiso comprarla en seguida para vivir en ella con mi amo, el cual en seguida la compró para complacerla. Vivieron aquí todo el verano y casi todo el invierno. Y luego, de pronto, una mañana, á la hora del almuerzo, me llamó el amo y me dijo: «Serafina, ¿la señora no ha vuelto aún?» Yo le dije: «No ha vuelto aún» Y aguardó todo el día. Mi amo estaba furioso. La buscó por todas partes, inútilmente. La señora se había ido, caballero, y nunca supimos cómo ni á dónde.

¡Qué alegría sentí! Tuve deseos de abrazar á la beata y darle unos valsones por el saloncito.

¡Ah! Ella, la mujer adorada, se había ido, se había escapado, le abandonó fatigada, cansada... Esta idea me hacía feliz.

La criada prosiguió:

—Mi amo se moría de pena y ha vuelto á Paris,



dejándome aquí para vender la casa. Pide veinte mil francos.

Yo no la oía. Pensaba en *ella*. Y de pronto me pareció que al salir de la casa la encontraría; que la mujer encantadora volvía para visitar, durante la primavera, su retiro, su precioso retiro que le hubiera sido tan agradable *sin él*.

Puse diez francos en la mano de la vieja; cogí la fotografía y escapé, corriendo y besando el rostro de aquella imagen encantadora.

Proseguí mi camino mirando el retrato.

¡Qué gusto, pensar que la mujer aquella era libre y se hallaba en salvo! Seguramente nos encontraríamos aquel mismo día, ó al otro; si no, á la otra semana. Era seguro que debíamos encontrarnos alguna vez. Para eso, nada más que para eso, se había separado de su amante.

Y era libre, libre del todo. Sólo faltaba que nos encontrásemos, puesto que yo la conocía bien.

Acariciando nuevamente las doradas espigas del trigo, absorbía el aire del mar, que me hinchaba el pecho y sentía la caricia del sol en mi rostro. Avanzaba rápidamente, radiante de dicha, de entusiasmo, de esperanza. Avanzaba, seguro de que la encontraría pronto y volveríamos los dos á cobijarnos bajo el techo de nuestra bonita casa *en venta*.

¡Cuánto la gustaría vivir allí conmigo!



DIRECCIÓN GENERAL DE



LA DESCONOCIDA

I

HABLÁBAMOS de afortunadas aventuras, y cada cual refería una historia extraña: sorprendentes y deliciosos encuentros en vapores, en hoteles, en el extranjero, en las playas. Las playas, al decir de Roger de Annettes, eran muy propicias á lances amorosos.

Goutran, que hasta entonces callaba, fué consultado.

—París ofrece, como ningún otro lugar, singulares caprichos. Sucede con las mujeres como con otras muchas cosas; las estimamos y nos sorprenden más donde no suponemos hallarlas; pero realmente sólo en París acontecen extrañas aventuras.

Callóse un momento y prosiguió:

—¡Caramba! ¡Es curiosísimo! Echense á la calle una mañana de primavera. Las mujeres que transitan parecen capullos recién abiertos. ¡Ah! ¡Qué delicioso espectáculo! Todo huele á violeta; los carri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. NO. 135"
Año. 1923. MONTERREY, N. L.

Puse diez francos en la mano de la vieja; cogí la fotografía y escapé, corriendo y besando el rostro de aquella imagen encantadora.

Proseguí mi camino mirando el retrato.

¡Qué gusto, pensar que la mujer aquella era libre y se hallaba en salvo! Seguramente nos encontraríamos aquel mismo día, ó al otro; si no, á la otra semana. Era seguro que debíamos encontrarnos alguna vez. Para eso, nada más que para eso, se había separado de su amante.

Y era libre, libre del todo. Sólo faltaba que nos encontrásemos, puesto que yo la conocía bien.

Acariciando nuevamente las doradas espigas del trigo, absorbía el aire del mar, que me hinchaba el pecho y sentía la caricia del sol en mi rostro. Avanzaba rápidamente, radiante de dicha, de entusiasmo, de esperanza. Avanzaba, seguro de que la encontraría pronto y volveríamos los dos á cobijarnos bajo el techo de nuestra bonita casa *en venta*.

¡Cuánto la gustaría vivir allí conmigo!



DIRECCIÓN GENERAL DE



LA DESCONOCIDA

I

HABLÁBAMOS de afortunadas aventuras, y cada cual refería una historia extraña: sorprendentes y deliciosos encuentros en vapores, en hoteles, en el extranjero, en las playas. Las playas, al decir de Roger de Annettes, eran muy propicias á lances amorosos.

Goutran, que hasta entonces callaba, fué consultado.

—París ofrece, como ningún otro lugar, singulares caprichos. Sucede con las mujeres como con otras muchas cosas; las estimamos y nos sorprenden más donde no suponemos hallarlas; pero realmente sólo en París acontecen extrañas aventuras.

Callóse un momento y prosiguió:

—¡Caramba! ¡Es curiosísimo! Echense á la calle una mañana de primavera. Las mujeres que transitan parecen capullos recién abiertos. ¡Ah! ¡Qué delicioso espectáculo! Todo huele á violeta; los carri-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA LINGÜÍSTICA
"ALF. V. DE ALV."
Año 1923. MONTERREY, N. L.

tos de las vendedoras ambulantes ruedan cargados de fragantes violetas.

Todo alegre; y miramos á las mujeres. ¡Dios de Dios, qué tentadoras se muestran con sus vestidos claros de telas muy sutiles que transparentan el color de la piel! Divagamos sin rumbo fijo y con el alma ansiosa; la esperanza nos conduce; ¡qué mañanas tan felices!

La vemos venir á distancia, la contemplamos, la reconocemos cuando se acerca; es la que nos agrada. Una flor de su sombrero, un mohín de su cabeza, sus andares; basta un detalle cualquiera para que la adivinemos. Y decimos: «¡Hermosa mujer!», devorándola con los ojos.

¿Es una joven que hace recados, ó una señora que vuelve de la iglesia ó que va á ver á su amante? ¡Qué importa! Su pecho redondo vibra bajo su blusa transparente. ¡Ah! Si fuera posible poner allí los dedos... los dedos y los labios. ¿La mirada es tímida ó atrevida? ¿El pelo negro ó rubio? ¡Qué importa! Al rozarnos con su vestido aquella mujer que pasa nos produce una sensación, un cosquilleo agradable. ¡Y cómo deseamos durante todo el día á la que vimos así un momento! Yo guardo el recuerdo de bastantes criaturas vistas al pasar, una vez, diez veces, y me hubiera enamorado como un loco de ellas tratándolas íntimamente.

Sucedan así las cosas; aquellas mujeres que más

deseamos, nunca las conocemos. ¿Lo han observado ustedes? No cabe duda y tiene cierta gracia. Descubrimos de vez en cuando mujeres cuya sola presencia nos hace concebir deseos apasionados; pero éstas pasan junto á nosotros y desaparecen para no volver jamás. Cuando pienso en todas las criaturas adorables que se han codeado conmigo en las calles de París, me enfurezco, me dan tentaciones de ahorcarme. ¿Dónde paran? ¿Quiénes son? ¿En qué lugar podría yo encontrarlas? ¿Cómo verlas de nuevo? Un proverbio dice que pasamos con frecuencia junto á la dicha sin conocerla. Pues bien; yo estoy seguro de que más de una vez he pasado junto á la encantadora que pudo aprisionarme con el cebo de su carne fresca.



II

ROGER de Annetes había escuchado sonriendo, y dijo:

—Conozco eso perfectamente, y voy á referir lo que me ocurrió hará cosa de cinco años: Encontré por vez primera, en el puente de la Concordia, á una hermosa mujer, alta, robusta, que me hizo un efecto... un efecto... sorprendente. Era morena, una morena maciza con los cabellos relucientes y con las cejas unidas, formando un solo arco entre las dos sienes. Un ligero bozo sombreando el labio, hacía imaginar... como se imaginan bosques adorables viendo un ramo verde sobre una mesa. Tenía un talle muy esbelto, el pecho muy saliente y casi provocativo, que se ofrecía como una tentación. Los ojos parecían dos manchas de tinta en esmaltes blancos. Más que ojos, eran dos abismos profundos y negros, por donde se la veía, entrando en ella. ¡Oh, qué mirada tan extraña, opaca y vacía, sin pensamientos... y tan hermosa!

Me pareció judía. La seguí. Muchos hombres se volvieron para contemplarla. Ella continuaba mecándose al andar con poca gracia, pero con una ca-

dencia tentadora. Tomó un coche en la plaza de la Concordia, y quedé, como un estúpido, pegado al



Obelisco, ardiendo en el más violento deseo que sentí en mi vida.

Estuve preocupado cerca de un mes; luego me pasó aquella impresión.

Al medio año volví á encontrarla en la calle de la Paz, y sentí al verla una sacudida en el corazón, como cuando se tropieza impensadamente con una que fué nuestra querida y á la cual adoramos locamente. Me detuve para contemplarla. Cuando pasó

rozándome, creí que me hallaba en la boca de un horno. Cuando se alejó noté la sensación de un viento fresco acariciándome la cara. No la seguí temiendo hacer alguna simpleza.

Se me apareció repetidas veces en sueños. Ya conocía esta clase de obsesiones.

Estuve un año sin encontrarla; y una tarde, á la puesta de sol, en el mes de Mayo, la reconocí; andaba delante de mí por la avenida de los Campos Elíseos.

El Arco de la Estrella se dibujaba sobre la cortina roja del cielo. Un polvillo dorado y una roja y brillante neblina, invadían el espacio: era una de esas deliciosas tardes que son las apoteosis de París.

La seguí con furiosos deseos de decirle algo, de arrodillarme á sus pies, confesando la pasión que me devoraba.

Dos veces, al acercarme á ella, me adelanté, sin atreverme á interrogarla, y retrocedí para sentir de nuevo el calor de horno que me había impresionado en la calle de la Paz.

Miróme. Luego la vi entrar en una casa de la calle de Presbourg. Aguardé dos horas en el portal de enfrente. No salió. Entonces me decidí á preguntar al portero, el cual no la conocía: —Debe ser una visita—me dijo.

Y estuve otros ocho meses sin verla.

Pero una mañana de Enero, con un frío de Siberia, andando yo por el bulévar Malesherbes, muy de prisa para entrar en calor, al revolver de una esquina tropecé con una señora, la cual dejó caer, en el choque, un paquetito que llevaba.

Quise disculparme de pronto. ¡Era ella!

Quedé sobrecogido, estúpido: luego, entregándole su paquete, la dije con brusquedad:

—Estoy pesaroso y satisfecho de haber dado á usted un encontrón, señora. Dos años hace que la conozco á usted, que la admiro, que me siento ansioso de tratarla, sin hallar manera de presentarme, sin conseguir saber quién es usted ni dónde vive. Perdone mi franqueza y atribúyala solamente al deseo apasionado que siento de contarme entre el número de los que tienen derecho á saludarla. Un cariño como éste no puede molestar á usted, ¿verdad? Usted no me conoce. Soy el barón Roger de Annettes. Infórmese antes de recibirme. Y si usted se niega, si no atiende á mi súplica, seré el más desdichado de los hombres. Muéstrese bondadosa conmigo; consienta y ayúdeme para que alguna vez pueda yo verla.

Miróme fijamente con sus ojos extraños y mortecinos y respondió sonriendo:

—Deme usted su tarjeta. Yo iré á su casa.

Quedé tan sorprendido, que debió conocerse la estupefacción que me produjeron aquellas pala-

bras. Pero nunca tardo en reponerme y en recobrar mi serenidad, y me apresuré á poner en sus manos una tarjeta mía, que ella guardó en su portamonedas con el movimiento rápido de una mano acostumbrada á escamotear cartitas.

Entonces dije:

—¿Cuándo nos veremos?

Dudó, como si tuviera que hacer un cálculo muy complicado, tratando sin duda de recordar, hora por hora, la distribución de su tiempo; luego dijo:

—El domingo por la mañana. ¿Le conviene?

—¡Ya lo creo que me conviene!

Y se alejó, después de haberme observado, juzgado, pesado, medido, analizado, con aquella mirada extraña, que parecía dejar huella sobre la piel: como si derramara sobre las gentes un líquido viscoso, parecido al que los pulpos escupen, obscureciendo el agua, para adormecer á los pececillos que serán luego su presa.

Entreguéme hasta el domingo á un terrible trabajo intelectual, procurando adivinar quién sería la mujer aquella, para fijarme una regla de conducta en la entrevista.

¿Debía pagarla? ¿Cómo?

Me decidí á comprar una joya, una bonita joya, que dejé, con el estuche abierto, sobre la chimenea.

Y después de pasar la noche inquieto y sin dor-

mir apenas, aguardé á que llegase la desconocida.

Llegó á eso de las diez, muy despacio, muy tranquila, y me tendió la mano como si fuésemos amigos viejos. La hice sentar y la quité el sombrero, el velo, el abrigo, el manguito. Luego empecé con alguna turbación, á mostrarme galante, muy galante, pues no era cosa de perder el tiempo.

No se hizo rogar ni mostró extrañeza, y no habíamos cruzado aún veinte palabras, cuando empecé á desnudarla. Ella prosiguió hábilmente esa faena que yo no hubiera terminado jamás. Soy algo torpe; me pincho con los alfileres; al quitar lazadas hago nudos imposibles; todo lo dificulto, todo lo retardo, todo lo confundo y pierdo la serenidad.

¡Ay, amigo mío! ¿Existen acaso en la vida momentos más deliciosos que cuando se mira, por discreción á cierta distancia y con cierto disimulo para no espantar el pudor de buitre que tienen todas, á la que se desnuda para nosotros, dejando caer en círculo á sus pies todas sus crujientes envolturas, una tras otra?

¿Hay algo más hermoso que los movimientos de la mujer para librarse de las suaves telas que se desprenden, blandas y vacías, como si cayeran hecridas de muerte?

¡Es tan conmovedora, tan atractiva, la aparición de la carne, de los brazos desnudos, del pecho! ¡tan

perturbador el perfil del cuerpo que se adivina bajo el último velo!

Pero de pronto reparo en una cosa sorprendente; una mancha negra entre los dos hombros, una mancha bastante grande, de relieve, y muy negra. La mujer estaba de espaldas, y yo había prometido no mirar.

¿Qué era aquello? El bozo, las cejas unidas á la cabellera muy abundante, debieron prepararme á recibir tal sorpresa.

Pero quedé bruscamente impresionado por visiones y reminiscencias singulares. Me pareció que tenía cerca de mí una maga de *Las mil y una noches*, uno de esos seres peligrosos y pérfidos, cuya misión se reduce á conducir á los hombres hasta el fondo de abismos desconocidos. Recordé á Salo-



món haciendo andar sobre un espejo á la reina de Saba, para convencerse de que no tenía garras como el diablo.

Y... cuando llegó el momento de cantarle una canción amorosa, noté... que me faltaba la voz en absoluto; ni siquiera un hilito de voz, amigo, ¡nada! Y ella, después de aguardar inútilmente, se disgustó, apartándose de mí, vistiéndose de prisa y murmurando:

—Para esto, pudo usted ahorrarme tanta molestia. Me atreví á ofrecerle la sortija que había comprado para ella; pero me dijo con tanta sequedad —¿Por quién me toma usted, caballero?

Que me ruboricé hasta las orejas, confundido bajo el peso de tales humillaciones.

Y ella se fué sin añadir media palabra.

En esto consistió mi aventura. Pero lo peor, lo más triste del caso, es que me siento enamorado de aquella mujer y la deseo locamente.

No puedo ver á ninguna sin pensar en ella. Todas me repugnan, me desagradan, si no se le parecen algo. No puedo besar una mejilla sin ver su mejilla junto á la que beso y sin padecer horriblemente con el deseo que me tortura.

Ella está presente, la veo en todas mis citas, y toma parte, amargándolos, en todos mis goces. Siempre la tengo delante, vestida ó desnuda, como si fuese mi verdadera querida; está siempre junto á

la que más acaricio, de pie ó echada, visible siempre y siempre inabordable. Y comienzo á sospechar si realmente sería una hechizadora, y el manchón de la espalda su misterioso talismán.

¿Quién era? No lo sé. Dos veces más la he visto en la calle. No ha contestado á mi saludo, fingiendo que no me conocía. ¿Quién era? ¿Tal vez asiática? ¿Tal vez una judía de Oriente? Sí, una judía. Tengo la preocupación de que será judía. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Por qué? No lo comprendo.



LA CONFIDENCIA

La baronesita de Gragerie dormitaba sobre un diván cuando la marquesita de Rennedon entró bruscamente, un poco agitada, con el traje algo desordenado, el sombrero algo torcido, y dejándose caer en una silla exclamó:

—¡Uf! Ya está.

Su amiga, que siempre la creyó tranquila y dulce, al verla en aquel estado, incorporándose muy sorprendida, preguntó:

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

La marquesita, que parecía estar algo inquieta, levantándose dió un paseo por el cuarto, después acercóse al diván donde su amiga descansaba, sentándose en el borde; y cogiéndola una mano, murmuró:

—Escucha y júrame no repetir lo que voy á decirte.

—Lo juro.

—¿Por tu salvación eterna?

—Por mi salvación eterna.

—Pues bien: acabo de vengarme de Simón.
Su amiga exclamó satisfecha:
—¡Me alegro mucho!
—¿Verdad que hice bien? Figúrate que desde seis



meses aquí habíase vuelto más insoportable que nunca, insoportable hasta lo inverosímil. Cuando me casé con él, ya sabía yo que no era un Adonis,

pero le creía bueno. ¡De qué modo me equivocaba! El pensaba, sin duda, que yo le acepté por «su cara bonita»..., con su abultado vientre y su nariz arrebolada, y arrulló como un palomo. Ya comprendes cuánto me haría reír; desde entonces le llamo «Pichoncito». Los hombres tienen ideas muy extrañas acerca de sí mismos. Cuando comprendió que yo no sentía por él más que una amistosa simpatía, se puso receloso y empezó á decirme cosas agrias, á tratarme de coqueta, de provocadora; ¡qué sé yo! Y luego la cosa fué más grave, después de... de... Es muy difícil decir eso. En fin, él estaba muy enamorado de mí, pero muy enamorado; y me lo probaba con frecuencia, ¡con demasiada frecuencia! ¡Ay, amiga mía! ¡Qué suplicio verse tan obsequiada por un hombre grotesco!... No; ya no podía más... Era demasiado para mí... Era demasiado... Algo parecido á que me arrancaran una muela cada noche. Peor aún. ¡Mucho peor! En fin: imagínate un hombre desagradable, ridículo, repugnante, con un vientre muy abultado y con las pantorrillas muy peludas. Te lo imaginaste, ¿verdad? Pues bien: figúrate que un mamarracho así fuera tu marido... Y que todas las noches... ¿Comprendes?... Hija, es odioso. Me daban náuseas, verdaderas náuseas que me obligaban á echar la cena en el cubo. No podía más. Debiera haber una ley para proteger á las mujeres en tales casos. Figúra-

te, hija mía; todas las noches lo mismo. ¡Qué indecencia! Y no creas que yo haya soñado en amores poéticos nunca. Eso ya no existe. Nuestros hombres, ó son cocheros ó banqueros; ó prefieren á todo los caballos ó el dinero; y si les agradan las mujeres, les agradan como los caballos, para lucirlas en el salón como lucen en el paseo un tronco de alazanes. Nada más. La vida es de tal modo al presente que no deja lugar á ningún sentimentalismo. Vivamos, pues, en la indiferencia como mujeres prácticas. Los amores no son más que regularizadas entrevistas en las cuales se repite siempre lo mismo. ¿Por quién podríamos sentir algo de afición, un poco de ternura? Los hombres, nuestros hombres, en general, solamente son maniqués, correctos y faltos de toda inteligencia y de toda delicadeza. Deseando alguna superioridad intelectual nos acercamos á los artistas, y solemos encontrar fatuos insoportables ó bohemios mal educados. Yo, como Diógenes, busco un hombre, uno solo entre toda la sociedad parisién, pero estoy muy segura de no encontrarlo y me veré obligada pronto á apagar mi linterna. Volviendo á mi marido, como me sublevaba, me revolví verle entrar en mi alcoba en calzoncillos: he imaginado todos los medios, todos, enténdelo bien, para alejarle y para que se cansara de mí. Al principio se puso furioso, luego le atacaron los celos; llegó á suponer que yo le engaña-

ba. Primero se contenía, disimulando y observándome; miraba con ojos de tigre á todos los hombres que venían á casa. Luego extremó las cosas y empezó una verdadera persecución. Me siguió á todas partes. Ha empleado recursos de todos géneros para sorprenderme. Al fin no me dejaba hablar con nadie á solas. En los bailes permanecía detrás de mí, alargando su cabezota de perro y olisqueando en cuanto yo decía una palabra. Iba conmigo al comedor, me prohibía bailar con éste ó con el otro, me hacía poner el abrigo y abandonar la fiesta, interrumpiendo el cotillón; aquello era estúpido, ridículo; hacíamos un mal papel. Por eso dejé de frecuentar la sociedad. En el trato íntimo era peor todavía; figúrate que el miserable me trataba de... no me atrevo á decir la palabra... De mujerzuela. Sí, amiga mía. Cada noche me preguntaba: ¿Con quién la corriste hoy? Me hacía llorar, y esto le agradaba. Luego fué peor aún. La otra semana me llevó á comer á los Campos Elíseos. La casualidad hizo que Baubignac se hallara en la mesa próxima. Y Simón comenzó á darme con el pie furiosamente y á gruñirme mientras comíamos el melón. «Tú le has dado cita, bestia inmunda; ya te arreglaré, ya verás». No puedes imaginarte lo que hizo entonces, hija mía. Sacó suavemente una de las agujas de mi sombrero y me la hundió en un brazo. Grité, como es natural. Se acercaron todos,

y él hizo la comedia, fingiendo hallarse muy conmovido. Ya comprendes, en aquel momento me prometí vengarme; «yo me vengaré algún día», dije para mí. ¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

—¡Oh, me hubiera vengado!

—Pues eso hice.

—¿Cómo?

—¿No lo comprendes?

—Pero amiga mía, sí...

—¿Qué? Piensa en su cabeza. Ya lo ves: con su vientre abultado, con su nariz roja y sus patillas lacias como las orejas de un perro...

—Sí.

—Piensa que con todo eso está celoso como un tigre. Pues bien, yo me dije: «Voy á vengarme, pero no lo sabrá nadie más que yo... y María», porque desde luego decidí confiártelo. Piensa en su cara... y piensa también en que ahora es...

—¡Cómo!... Tú le has...

—Amiga mía, júrame otra vez no decírselo á nadie. Pero el suceso es verdaderamente cómico. Piensa... Me parece que habrá cambiado por completo, y río sola... río sola pensando en su cabeza.

La baronesa miró á su amiga y comenzó á reir furiosamente, como si padeciera un ataque de nervios. Llevándose las manos al corazón, con el rostro crispado, la respiración desigual, inclinábase hasta el punto de parecer que se desplomaba.



Comunicósele á la marquesa el cosquilleo y soltó la carcajada. Repetía entre sonoros estremecimientos:

—Piensa... piensa... es muy gracioso... Imagínate su cabeza... sus patillas y su nariz. Es muy gracioso, ¿verdad? Pero sobre todo, no se lo cuentes á nadie, no se lo repitas á nadie nunca.

La violenta risa les cortaba la respiración, sofocándolas; apenas podían hablar, y sus ojos se bañaban en lágrimas provocadas por aquel delirio de alegría.

La primera que se calmó fué la baronesa, y palpitante aún, dijo:

—¡Ah! Cuéntame cómo lo hiciste. Cuéntamelo. Tiene gracia. Mucha gracia.

La otra apenas podía hablar y balbuceaba:

—Cuando me resolví, pensé: «Pronto: es necesario que sea pronto.» Y... ah, ya.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Le dije á Simón que venía á tu casa para estar contigo un rato. El vendrá pronto; no tardará en venir; fijate bien en su cabeza cuando le mires.

La baronesa, ya casi tranquila, sentía el cansancio que se siente después de dar una carrera. Dijo:

—¿Y cómo lo has hecho? ¿Cómo lo has hecho?

—Muy sencillamente. Pensé: «puesto que está celoso de Baubignac, me valdré de Baubignac.» Es

tonto como un zapato, pero muy caballero, incapaz de decirlo á nadie. Después de almorzar he ido á su casa.

—¿A su casa? ¿Con qué pretexto?

—Una colecta... para unos huérfanos.

—Acaba, de prisa, dilo ya.

—Se ha sorprendido tanto al verme, que no ha sabido qué decirme. Luego me ha dado cincuenta francos para los huérfanos, y cuando yo me levantaba para irme ya, me ha preguntado por mi marido. Entonces he fingido no poderme contener y le he confesado todo lo que me pasaba, ennegreciendo aún más las tintas. Baubignac se ha conmovido buscando maneras de servirme, de ayudarme... Yo he comenzado á llorar... pero como se llora... cuando se quiere... Y él me ha consolado... me ha sentado en un sofá... y como yo no me tranquilizaba, me ha besado. Yo le decía entre sollozos: «¡Oh, pobre amigo mío, pobre amigo mío!» Y él repetía: «¡Pobre amiga mía, pobre amiga mía!»; besándome... besándome... Hasta... el fin. Así fué. Luego yo fué una terrible crisis de desesperación y de recriminaciones. Le traté como al mayor de los miserables. Pero por dentro sentía unas ganas de reír, unas ganas tan grandes, que me costaba trabajo contenerme. Me acordaba de Simón, de su cabeza, de sus patillas... ¡Calcula! En la calle, viniendo á tu casa me hacía yo misma reflexiones lisonjeras. Ya

está. Ocurra lo que ocurra, ya está. ¡Y Simón que le tenía tanto miedo á eso! Ahora pueden venir guerras, terremotos, epidemias, la muerte de todos;



pero... ya está hecho. Nadie puede impedir lo hecho. Imagínate su cabeza y dime... dime...

Las dos rieron otra vez estrepitosamente y la baronesa preguntó:

—¿Volverás á verte con Baubignac?

—Eso nunca. Eso no. Ya es bastante. Después de todo, no vale mucho más que mi marido.

Rieron tan estrepitosamente, que parecían sacudidas por ataques epilépticos. El repiqueteo de un timbre contuvo sus alegrías ruidosas.

La marquesa murmuró:

—Es él, es él, sin duda; fijate...

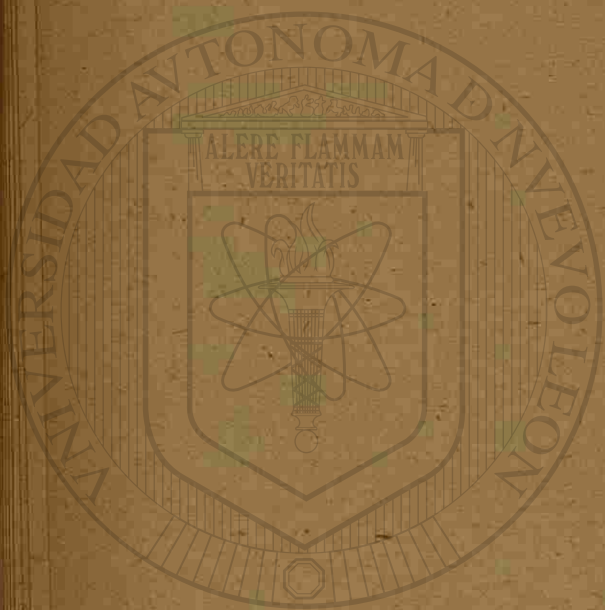
Abrióse la puerta y entró un caballero panzudo, con el rostro arrebolado, los labios gruesos, las patillas lacias y los ojos irritados y escrutadores.

Las dos mujeres le miraron un instante; luego, abatiéndose bruscamente sobre el diván, era tanto el delirio de su risa, que gemían como se gime cuando se sufre mucho.

Y el caballero, viéndolas de aquel modo, repetía con voz ronca:

—¿Perdéis el juicio? ¿Habéis perdido el juicio? ¿Qué locura es esa?





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO



EL BAUTISMO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. R. J. REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, N. L.

VAMOS, doctor, un poco de coñac.
—Con mucho gusto.

Y el viejo médico de la Armada, habiendo alargado el brazo para presentar su copita, vió cómo se iba ésta llenando hasta los bordes con el delicioso líquido de reflejos dorados.

Luego se la puso á la altura de los ojos, para mirar á través la luz de la lámpara; se la acercó á las narices y aspiró; se la llevó á los labios, y vertiendo algunas gotas en ellos, las paladeó delicadamente y dijo:

—¡Oh, el precioso veneno, el seductor asesino, el delicioso destructor de los pueblos! Vosotros no lo conocéis. Leisteis seguramente el admirable libro que se llama *L'Assommoir*; pero no habéis visto, como yo, de qué manera el alcohol exterminaba una tribu de salvajes, el inhumano alcohol llevado en toneles panzudos y desembarcado tranquilamente por los marineros ingleses de barbillas rojas.

Y he visto también, con estos ojos míos, un drama producido por el alcohol, bien extraño y conmovedor, muy cerca de aquí, en Bretaña, en un villorrio de las cercanías de Pont l'Abbé.

Habitaba yo entonces, durante una licencia de un año, una casa de campo que me había dejado mi padre. Ya conocéis esa región plana, esa costa arenosa don-

de el viento silba en los juncales de noche y de día, donde á trechos aparecen de pie ó echadas esas enormes piedras que fueron dioses y que han guardado algo de alarmante en su postura, en su aspecto y en su forma. Siempre me parece que han de animarse de pronto, y recorrer la campiña con paso lento y pesado, con paso firme de colosos de granito, ó volar con alas inmensas, con alas de piedra también, hacia el paraíso de los druidas.



El mar cierra y domina el horizonte; el mar agitado, lleno de escollos rodeados siempre de espuma, que aparecen como negras cabezas de perros que aguardaran á los pescadores.

Y los hombres se lanzan á ese mar terrible que vuelca sus lanchones con una sacudida de su lomo verde y los traga como pildoras. Se lanzan en sus barquichuelos de día y de noche, atrevidos, afanosos y borrachos. Borrachos lo están con mucha frecuencia, y lo disculpan diciendo: «Cuando la botella está llena se ven los escollos, pero con la botella vacía, no se ve nada.»

Entrad en sus cabañas. Nunca encontraréis al hombre. Y si preguntáis á la mujer dónde se halla el marido, tenderá su brazo sobre el mar terrible que ruge y salpica la costa con su blanca saliva. El hombre ha naufragado una noche que bebió con exceso. El hijo mayor, también. Quedan aún cuatro muchachos crecidos, robustos y rubios. Pronto les tocará el turno.

En mi casa de campo, cerca de Pont l'Abbé, vivía yo solo con mi criado, un viejo marinero, y una familia bretona que guardaba la finca en mi ausencia y se componía de tres individuos: dos hermanas y un hombre casado con una de ellas, el cual cultivaba mi jardín.

Aquel año, hacia Navidad, la mujer de mi jardinero tuvo un hijo, y me hicieron padrino. Era im-

posible negarse, y el padre, al exponerme su pretensión, me pidió diez francos para los gastos de la parroquia.

La ceremonia debía celebrarse el 2 de Febrero. Desde ocho días antes, la tierra estaba cubierta de nieve, como si una inmensa alfombra blanca y dura se hubiera extendido por sobre la campiña. El mar ennegreciase contrastando con la playa, y se agitaba alzando su lomo deshecho en olas amenazadoras, como si quisiera arrojarse sobre su pálida vecina, que parecía muerta; de tal modo se mostraba silenciosa, fría y pálida.

A las nueve de la mañana, Kerandec llegó á mi puerta con su cuñada Kermagan; tras ellos iba la comadrona llevando al niño envuelto en una colcha.

Y nos dirigimos á la iglesia con un frío bastante para hendir los dólmenes; uno de esos fríos desgarradores que cuartean la piel y hacen padecer horriblemente con su contacto que hiela y abrasa. Yo me preocupaba por el pobre pequeñuelo, pensando que la raza bretona era de hierro, seguramente para que sus criaturas pudieran desde su nacimiento soportar aquellas temperaturas.

La puerta de la iglesia estaba cerrada todavía. El señor cura se retrasaba.

La comadrona, sentándose en un poyo cerca del umbral, empezó á desenvolver á la criatura. Creí que lo hacía para secarle, pero lo dejó desnudo,

absolutamente desnudo. Avancé hacia la mujer, sublevado por tal imprudencia.

—¿Se ha vuelto usted loca ó se propone matar le?



La mujer respondió plácidamente:

—No, señor amo; es preciso recibir el bautismo de Dios completamente desnudo.

El padre y la tía miraban aquello con tranquilidad. Era la costumbre. De no hacerlo así, hubieran creído labrar la desgracia del pequeño.

Me incomodé, insulté al hombre y amenacé con irme si no abrigaban á la tierna criatura. Todo fué inútil; la comadrona huía de mí, corriendo sobre la nieve, y el cuerpo de mi ahijado se amorataba. Ya me había resuelto á retirarme, para no ser cómplice de aquellas bestias, cuando apareció el cura seguido del sacristán y de un muchachuelo.

Corrí hacia él, dándole cuenta en exaltados tonos de mi justa indignación. No se sorprendió ni se apresuró, respondiéndome tranquilamente:

—Qué quiere usted, caballero; es la costumbre. Lo hacen todos; no podemos impedir que lo hagan éstos.

—Pues ya que ha de ser así, apresure usted la ceremonia — le dije.

El repuso:

—No puedo ir más de prisa.

Y entró en la sacristía mientras nosotros quedábamos en el umbral de la iglesia. Yo padecía más que mi pobre ahijado, el cual no dejaba de berrear, sintiendo las picaduras del frío.

La puerta se abrió al fin, y entramos. Tuvieron desnudo al niño durante toda la ceremonia, que fué interminable.

El cura masculaba las sílabas latinas que salían

de su boca desfiguradas de sentido. Se movía con lentitud, con una lentitud de tortuga sagrada, y su sobrepelliz blanca helaba mi corazón como otra nieve en que se envolviera para hacer sufrir en nombre de un Dios inclemente y bárbaro á la pobre larva humana torturada por el frío.

Terminados todos los ritmos bautismales, la comadrona envolvió nuevamente en la colcha al niño helado que gemía con voz aguda y dolorida.

El cura me dijo:

—¿Quiere usted firmar el registro?

Dirigiéndome á mi jardinero, exclamé:

—Pronto, á casa de prisa; y calentad bien á esa criatura.

Le di algunos consejos para evitar—si era tiempo aún—la pulmonía.

El hombre prometió obedecerme, yéndose con su cuñada y la comadrona. Yo entré con el cura en la sacristía.

Cuando hube firmado, me pidió cinco francos por los derechos.

Como había dado ya diez para este objeto, creyendo que los derechos estaban pagados, me negué á satisfacerlos. El cura me amenazó con rasgar la hoja del registro y anular la ceremonia. Yo le amenacé con recurrir al Juzgado.

Después de una querrela muy larga y desagradable, acabé por pagar.

Apenas llegado á mi casa, quise enterarme de si había ocurrido algún contratiempo á la criatura. Pero ni Kerandec, ni su cuñada, ni la comadrona, habían vuelto aún.

La parida estaba sola, temblando de frío en la cama y quejándose de hambre, pues no había comido nada desde el día anterior.

—¿A dónde demonios habrán ido?—pregunté.

Y ella respondió, como la cosa más natural del mundo:

—Habrán ido á celebrar el acontecimiento.

Era la costumbre.

Me acordé al momento de mis diez francos, que, pedidos para pagar los derechos de la parroquia, se convertirían sin duda en alcohol.

Envié un caldo á la madre, mandando encender abundante fuego en su chimenea. Ansioso y furioso, me prometía echar de casa aquellas bestias, y me preguntaba con terror qué sería del miserable pequeño.

A las seis de la tarde no habían comparecido aún. Mandé á mi criado que los aguardara y me acosté.

Dormíme pronto, con el sueño pesado de un marinero.

A la madrugada me despertó mi criado, trayéndome agua caliente para afeitarme.

Al abrir los ojos, pregunté:

—¿Y Kerandec?

Mi criado, después de dudar un momento balbuceó:

—¡Ah, señor amo; ha vuelto después de media noche, borracho como una cuba; tan borracho que



apenas podía moverse! Y su cuñada también; y la comadrona también. Creo que han dormido en el campo. De manera que la criatura se ha muerto, sin que ninguno de los tres lo notara.

Levantándome de un salto, exclamé:

—¿Ha muerto el niño?

—Sí, señor. Lo han llevado muerto á su madre.

Cuando lo ha visto, se ha puesto á llorar, y para consolarla la han hecho beber.

—¿Cómo? ¿La han hecho beber?

—Sí, señor. Acabo de saberlo ahora mismo. Como Kerandec no tenía ni aguardiente, ni dinero, cogió la botella del petróleo y bebieron los cuatro hasta la última gota. La parida está grave.

Me había vestido rápidamente, y cogiendo un bastón, resuelto á castigar la bestialidad de aquellas gentes, corrí hacia la casa de mi jardinero.

La madre agonizaba, borracha de petróleo, junto al cadáver del niño.

Kerandec, la comadrona y la cuñada, roncaban tendidos en el suelo.

Tuve que cuidar á la enferma, la cual murió á las pocas horas.

Cuando el médico hubo acabado su narración, cogió de nuevo la botella del coñac, y alzando su copita, observó cómo se iba ésta llenando hasta los bordes con el delicioso líquido de reflejos dorados; y después de mirar al trasluz aquel jugo transparente, semejante á un topacio derretido, tragó de un sorbo el veneno pérfido y ardiente.



IMPRUDENCIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEXANDER" DE LEÓN
Cada. 1623 MONTECERRAT

ANTES de casarse habíanse amado castamente. Amores en la luna. La vió por vez primera en una encantadora playa del Océano, pareciéndole deliciosa cuando paseaba con sus vestidos frescos y sus sombrillas claras, destacando su esbeltez sobre los horizontes marítimos. Enamoróse de aquella criatura rubia y delicada entre las olas azules y el cielo inmenso, y confundía la ternura que aquella mujer apenas salida al mundo le hacía sentir con la emoción vaga y poderosa que despertaban en su alma, en su corazón y en sus venas, el aire vivo y salado y el paisaje lleno de sol y de perfumes.

Ella le había querido, sencillamente porque él la obsequiaba, porque era joven, bastante rico, gallardo y atento. Le quiso, porque es natural que las muchachas se encariñen con los jóvenes que las dicen ternuras.

Durante tres meses habían vivido el uno cerca

del otro, con los ojos fijos en los ojos y las manos enlazadas. Los buenos días que se daban por la mañana antes del baño y el adiós de la noche á la



luz de las estrellas, murmurados en voz baja, muy baja, tenían cierto sabor de besos, aunque sus labios no se habían encontrado nunca.

En cuanto se dormían soñaban el uno en el otro,

y pensaban el uno en el otro en cuanto se despertaban; sin decírselo aún, se llamaban y se deseaban con toda su alma y con todo su cuerpo.

Después de casados aumentaron sus adoraciones terrenas. Aquello fué al principio un especie de rabia sensual é infatigable; luego una ternura insinuante, una poesía carnal de caricias ardientes y de invenciones delicadas y maliciosas. Todas sus miradas significaban algo impuro y todos sus gestos les recordaban las voluptuosas intimidades de sus noches. Sin embargo, sin confesárselo, sin comprenderlo siquiera tal vez, empezaban á cansarse el uno del otro. Se querían mucho aún, pero no tenían nada que decirse, nada que hacer que no se hubieran dicho, que no hubieran hecho mil veces; nada podían comunicarse, ni siquiera una frase de amor nueva, un apasionamiento imprevisto, una entonación que hiciese más ardoroso el verbo con tanta frecuencia repetido.

Y á pesar de todo, esforzábanse por reanimar la agonizante llama de sus primeras caricias. Imaginaban diariamente dulces engaños, niñerías inocentes y complicadas, una porción de tentativas desastrosas para que reviviera en sus corazones el ardor que les pareció inextinguible durante los primeros días, y en sus venas el fuego del mes nupcial.

De cuando en cuando, á fuerza de fatigar su deseo, encontraban una hora de ficticio pasio-

namiento al que seguía una laxitud desapacible.

Habían resuelto gozarse á la luz de la luna, en los paseos, bajo las hojas, al caer de la tarde; habían probado la poesía de las riberas brumosas y la excitación de las fiestas populares.

Una mañana Enriqueta dijo á Pablo:

—¿Quieres llevarme á comer fuera de casa?

—Ya lo creo, nena mía.

—Pero ha de ser en un sitio muy... frecuentado.

—Será donde tú quieras.

La miró, interrogándola con los ojos, comprendiendo que su mujer pensaba en algo que no le quería decir.

Enriqueta prosiguió.

—Sabes; en un sitio... ¿Cómo te lo diría?... En un sitio á donde vayan gentes que se dan cita... ¿sabes?

Pablo sonrió.

—Sí, comprendo. En el gabinete particular de un café conocido.

—Eso. Pero de un gran café donde tú hayas cenado ya otras veces... En fin... Yo querría... No sé cómo decírtelo.

—Dilo, nena de mi alma. Entre nosotros, ¿qué importa? No hay secretos de ti para mí.

—Sin embargo... no me atrevo... Adivínalo tú.

—Vaya, no te hagas la inocente.

—Pues bien... Yo quisiera... Yo quisiera que me tomasen por tu querida .. Que los mozos, no sabien

do que te has casado, imaginaran que... Y tú también creyeras durante una hora que soy tu querida, en un lugar que tenga para ti cierta clase de recuerdos... Ya lo ves... Hasta yo te supondría mi amante... Cometería un desliz engañándote contigo mismo... Es una cosa fea... No hagas que me ruborice... Siento que me ruborizo sólo de pensarlo... No puedes imaginarte de qué modo me turba ese pensamiento... Comer contigo en un gabinete particular, á donde acuden amores distintos cada noche... Todas las noches... ¡Qué porquería! Estoy colorada como un pavo. No me mires...

Riendo, ilusionándose también con aquella idea, el marido respondió:

—Sí, nena mía; iremos esta misma noche á un café muy elegante donde me conocen mucho.

—Sí.

A eso de las siete, subían la escalera de un gran café del bulevar: él sonriendo con aire triunfador; ella tímida, envuelta en un velo, satisfecha. Cuando hubieron entrado en un gabinete donde había cuatro silloncitos y un ancho diván de terciopelo rojo, el camarero vestido de frac les ofreció la lista de platos. Pablo se la presentó á su mujer.

—¿Qué quieres que comamos?

—Yo no sé lo que suele comerse aquí.

Entonces Pablo leyó la letanía de manjares mien-



tras se quitaba el gabán y lo entregaba al mozo. Luego dijo:

—Sopa de hierbas, langostinos, pollo asado, rabadilla de liebre, ensalada de legumbres con mu-

cha pimienta y postres. Beberemos champagne.

El camarero, sonriendo y mirando á la señora, cogió la lista murmurando:

—¿El señor quiere tisana ó champagne?

—Champagne muy seco.

A Enriqueta le hizo mucha gracia comprender que el mozo conocía bastante á su marido.

Sentándose muy juntos en el diván empezaron á comer.

Las luces que les alumbraban, reflejándose en el espejo, hacían resaltar como una tela de araña el conjunto de nombres y cifras grabados en el cristal con diamantes.

Enriqueta bebía mucho para animarse, aunque desde el principio se hallaba ya bastante aturdida. Pablo, excitado por los recuerdos, besaba sin cesar la mano de su mujer. Sus ojos brillaban. Ella se sintió extrañamente conmovida en aquel lugar sospechoso; agitada, satisfecha, un poco intranquila, pero vibrante. Dos mozos graves, mudos, acostumbrados á verlo todo, á olvidarlo todo, á entrar solamente cuando era necesario y á salir en los minutos de expansión, iban y venían silenciosos.

Hacia la mitad de la comida Enriqueta estaba borracha, muy borracha, y Pablo, alegre, la oprimía la rodilla con toda su fuerza. Ella no dejaba de hablar, muy colorada, muy atrevida, con los ojos brillantes y húmedos.

—Vaya, Pablo, confiésate; yo querría saberlo todo.

—¿Qué, nena mía?

—No me atrevo á decírtelo.

—Dilo, dílo.

—¿Has tenido queridas... muchas queridas... antes de conocerme?

El dudaba, perplejo, no sabiendo si debía ocultar sus buenas fortunas ó vanagloriarse de haberlas gozado.

Ella insistía:

—¡Oh! Te lo ruego. ¿Has tenido muchas?

—Algunas.

—¿Cuántas?

—No lo sé... No es fácil recordar esas cosas.

—¿No las contaste nunca?

—Nunca.

—¿Habrán sido muchas?

—Bastantes.

—¿Cuántas, poco más ó menos? Dímelo aproximadamente.

—No puedo echar esa cuenta, nena mía. Unos años fueron muchas y otros años pocas.

—¿Cuántas al año? Dímelo.

—Algunas veces veinte ó treinta; otras veces tres ó cuatro... Según.

—En junto, más de cien mujeres.

—Aproximadamente, sí

—¡Oh, qué asco!

—¿Por qué dices «qué asco»?

—Porque sí... Es un asco... Tantas mujeres... desnudas... Y siempre... siempre la misma cosa... ¡Oh! Es un asco, aunque no te lo parezca... ¡Más de cien mujeres!

Extrañóle que juzgara de aquel modo, y respondió con el tono de superioridad que usan los hombres para demostrar á las mujeres que dicen una tontería.

—¡Tiene gracia! Si te parece asqueroso haber tenido trato con cien mujeres, también te lo parecerá con una sola.

—No, no es lo mismo.

—¿Por qué no?

—Porque una mujer es un afecto, es un amor que sujeta; pero cien mujeres son una porquería, un vicio. No comprendo cómo un hombre puede arriarse á todas las mujeres que se le brindan... todas tan sucias...

—No, no creas que son tan sucias...

—No es posible que sean limpias con tal oficio.

—Al contrario; precisamente por tener ese oficio son limpias.

—¡Oh, calla! Pensando que la víspera hicieron lo mismo con otro... Es innoble.

—No es innoble beber en el vaso donde otro ha

bebido, si te lo dan bien lavado y con la certeza de que...

—¡Oh, calla! me repugna.

—¿Por qué me preguntaste si tuve queridas?

—Dime: ¿tus queridas eran todas mujeres galantes?... Las ciento.

—Todas no.

—¿Pues qué eran?

—Actrices... Modistillas... Y alguna señora casada.

—¿Cuántas señoras casadas?

—Seis.

—¿Seis nada más?

—Nada más.

—¿Y eran bonitas?

—Muy bonitas.

—¿Más que las otras?

—No.

—¿A cuáles preferías tú? ¿A las mujeres galantes ó á las casadas?

—A las galantes.

—¡Oh! Eres un sucio. ¿Por qué las preferías?

—Porque no me agradan ciertas aventuras.

—¡Qué horror! Eres aborrecible. ¿Sabes? Dime:

¿Y te divertía pasar así de una en otra?

—Claro.

—¿Te divertía mucho?

—Mucho.

—¿Y qué era para ti lo divertido? ¿Encontrarlas á todas distintas?

—Eso.

—Las mujeres, ¿no se parecen unas á otras?

—No se parecen.

—¿En nada?

—En nada.

—¡Qué gracioso! ¿En qué consisten las diferencias?

—Pues... en todo.

—¿En el cuerpo?

—Sí, en el cuerpo.

—¿En todas las formas del cuerpo?

—Sí, en todas.

—¿Y en qué más?

—En la manera de... acariciar, de hablar, de sonreír...

—¿Y son muy divertidos los cambios?

—Figúrate... La novedad...

—Oye: ¿los hombres serán también diferentes?

—Eso no lo sé.

—¿Que no lo sabes?

—No.

—Claro... deben ser diferentes.

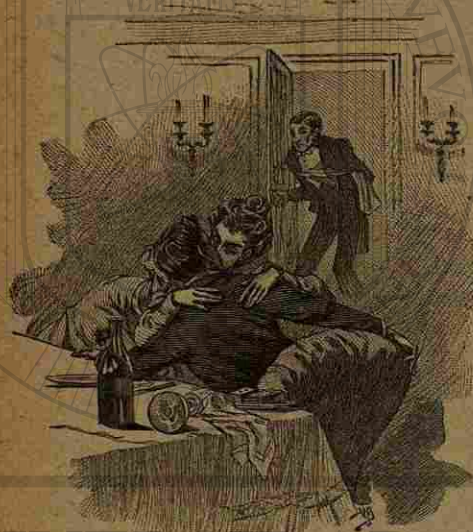
—Claro... Sin duda.

Ella quedó pensativa con la copa de champagne en la mano; luego la vació de un sorbo, y dejando

la copa sobre la mesa, lanzóse al cuello de su marido, murmurando á flor de labio:

—Te quiero mucho, mucho, mucho.

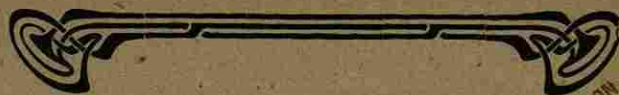
Se acariciaron locamente. Un mozo que entraba retrocedió, cerrando la puerta, y el servicio fué interrumpido durante cinco minutos.



Cuando el camarero reapareció con aspecto grave y digno, sirviendo el postre, la mujer tenía en la mano su copa llena, y miraba al fondo del líquido transparente y dorado

—como para descubrir cosas desconocidas y soñadas—murmurando con voz delirante:

—¡Oh, sí! Debe ser muy divertido eso, muy divertido.



UN LOCO

MURIÓ de magistrado en el Tribunal Supremo. Había sido toda su vida un juez irreprochable. Le citaban como un modelo y le trataban con veneración.

Había empleado toda su existencia en perseguir á los criminales y proteger á los infelices. Los estafadores y los asesinos nunca tuvieron enemigo más terrible, porque parecía leer en el fondo de las almas los pensamientos más recónditos y descubrir con una sola mirada las más ocultas y misteriosas intenciones.

Murió á los ochenta y dos años, llorado y bendecido. Una muchedumbre le acompañó hasta el cementerio y sobre su tumba cayeron elogios y lágrimas.

Pero su notario halló en el escritorio donde guardaba el magistrado las pruebas de los más terribles delitos, un papel encabezado con estas palabras: ¿POR QUÉ? Y decía lo siguiente:

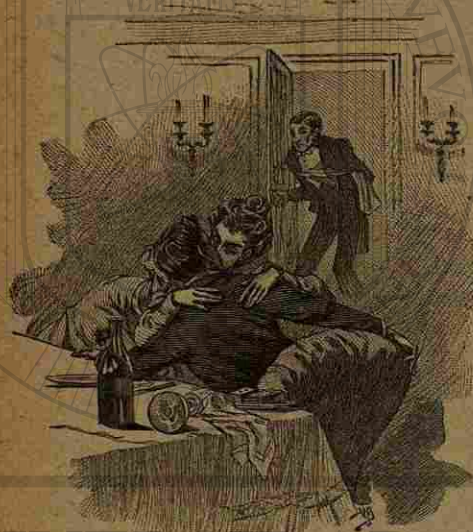
«20 de Junio de 1851.—Salgo de la sesión; hemos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL FIAN" DE YESO
Folio. 1623 407 GERREY, MEXICO

la copa sobre la mesa, lanzóse al cuello de su marido, murmurando á flor de labio:

—Te quiero mucho, mucho, mucho.

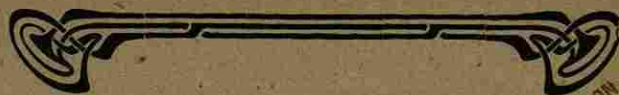
Se acariciaron locamente. Un mozo que entraba retrocedió, cerrando la puerta, y el servicio fué interrumpido durante cinco minutos.



Cuando el camarero reapareció con aspecto grave y digno, sirviendo el postre, la mujer tenía en la mano su copa llena, y miraba al fondo del líquido transparente y dorado

—como para descubrir cosas desconocidas y soñadas—murmurando con voz delirante:

—¡Oh, sí! Debe ser muy divertido eso, muy divertido.



UN LOCO

MURIÓ de magistrado en el Tribunal Supremo. Había sido toda su vida un juez irreprochable. Le citaban como un modelo y le trataban con veneración.

Había empleado toda su existencia en perseguir á los criminales y proteger á los infelices. Los estafadores y los asesinos nunca tuvieron enemigo más terrible, porque parecía leer en el fondo de las almas los pensamientos más recónditos y descubrir con una sola mirada las más ocultas y misteriosas intenciones.

Murió á los ochenta y dos años, llorado y bendecido. Una muchedumbre le acompañó hasta el cementerio y sobre su tumba cayeron elogios y lágrimas.

Pero su notario halló en el escritorio donde guardaba el magistrado las pruebas de los más terribles delitos, un papel encabezado con estas palabras: ¿POR QUÉ? Y decía lo siguiente:

«20 de Junio de 1851.—Salgo de la sesión; hemos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"AL FIAN" DE YESO
Fondo. 162340 GERREY, MEXICO

condenado á muerte á Blondel. ¿Por qué había matado á sus cinco hijos ese hombre? ¿Por qué? Hállanse con frecuencia personas que sienten gusto en la destrucción. Sí, sí; debe ser agradable destruir; acaso es una verdadera voluptuosidad. Matar, ¿no es lo que se asemeja más á crear? Crear y destruir. Estas dos palabras encierran la historia de la tierra, la historia del universo, la historia de todo lo existente, de todo lo pasado, de todo en absoluto. ¿Por qué será un goce matar?

25 de Junio.—Pensar que un ser vive, se mueve, anda, corre... ¿Un ser? ¿Qué es un ser? Algo animado que lleva en sí la esencia del movimiento y una voluntad que regula este movimiento. No está sujeto á nada; no está ligado á nada. Sus pies no se arraigan en la tierra. Un ser, es una semilla de vida lanzada no se sabe de dónde y que se puede destruir como se quiera. No es nada. Se pudre; se acabó.

26 de Junio.—¿Por qué llamamos crimen al asesinato? Sí. ¿Por qué? Matar, destruir, es la ley de la Naturaleza. Todo ser tiene la misión de matar. Mata para vivir y mata por matar. El asesinato es una condición de nuestro temperamento. Estamos obligados á matar. La bestia mata constantemente, á cada momento de su existencia; el hombre mata sin cesar para alimentarse; pero como eso no le basta y necesita matar para divertirse, inventó la caza. El

niño mata los insectos que puede coger, los pájaros, todos los animalitos que caen en sus manos. Pero esto no satisface aún la irresistible ansia de destrucción que sentimos. No es bastante para el hombre matar á la bestia: necesita también matar al hombre. Antiguamente las religiones hacían sacrificios humanos. Hoy nuestra sociedad, evitando el asesinato, lo ha convertido en crimen. Se condena y se castiga al asesino; pero como no podemos vivir sin satisfacer ese instinto natural, imperioso, de muerte, de cuando en cuando lo satisfacemos con guerras, en las cuales un pueblo entero procura destruir á otro. Corre un río de sangre que no sólo embriaga y satisface á los ejércitos combatientes: hasta el ciudadano humilde, la mujer y los niños que leen el relato de las batallas y la lista de las víctimas que hubo, sienten la borrachera de sangre.

Podría suponerse que se desprecia á los predeterminados á realizar esas carnicerías de hombres. No. Se los colma de honores. Se los viste con paños llamativos y galones dorados; llevan plumas sobre la cabeza y adornos en el pecho; se les conceden cruces, recompensas y títulos de todo género. Son orgullosos, respetados, adorados por las mujeres, aclamados por la muchedumbre, sólo porque tienen la misión de verter sangre humana. Arrastran por las aceras los instrumentos de muerte que los transeuntes vestidos de negro miran envidiosos.

Porque matar es la grandiosa ley que imprime la Naturaleza en el corazón de todos los seres. No hay nada tan hermoso ni tan bueno como el asesinato.

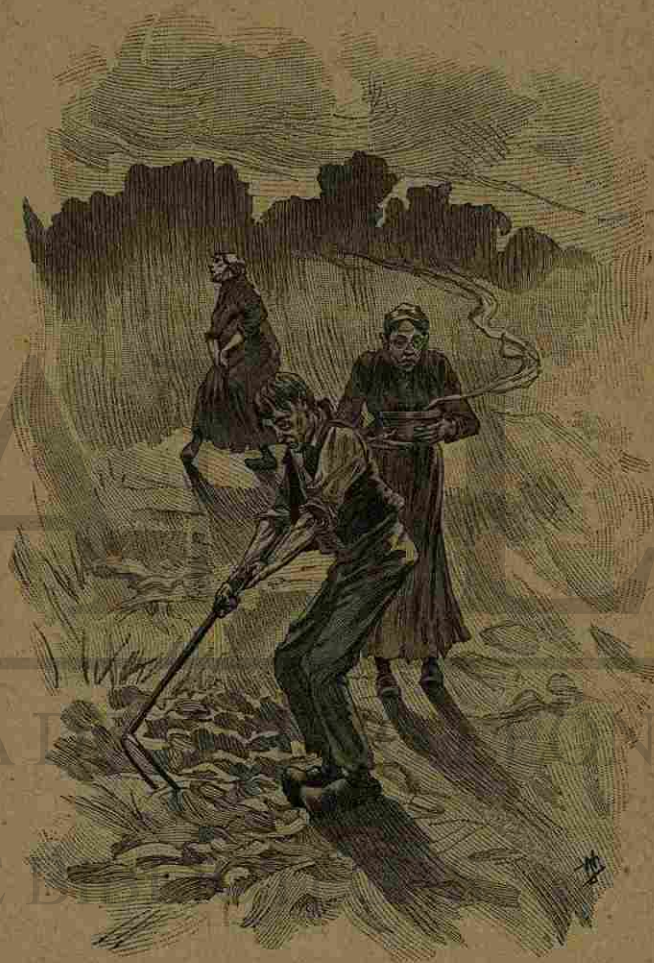
30 de Junio.—Matar es la ley, porque la Naturaleza buscando la eterna juventud, parece gritar con todos sus actos inconscientes: «¡De prisa! ¡De prisa! ¡De prisa!» Cuanto más destruye más pronto se renueva.

2 de Julio. El ser, ¿qué significa? Todo y nada. Por el pensamiento es un reflejo de todo. Por la memoria y la ciencia es un compendio del mundo cuya historia lleva en sí. Espejo de las cosas y espejo de las acciones, cada ser humano es un pequeño universo en el Universo.

Pero, viajad: observad las distintas razas, y veréis que el hombre no es nada, nada, absolutamente nada. Embarcaos, alejaos de la orilla cubierta de muchedumbre y pronto no divisaréis más que una línea de la costa. El ser imperceptible desaparece; tan pequeño es, tan insignificante.

Atravesad la Europa en tren rápido, y mirad por la ventanilla. Hombres, hombres, en todas partes y siempre hombres innumerables, desconocidos, que se agitan en los campos, que se codean en las calles; labriegos estúpidos que sólo saben remover la tierra; mujeres asquerosas que sólo saben disponer la comida del macho y procrear.

Id á la India, id á China, y veréis aún agitarse



millares de seres que nacen, viven y mueren sin dejar más rastro de su existencia del que dejan las hormigas aplastadas en los caminos. Id al país de los negros albergados en cabañas de tierra, id al país de los árabes blancos, recogidos á la sombra de tiendas cuyos lienzos el aire agita, y comprenderéis que el ser aislado no es nada, nada. La raza lo es todo. ¿Qué significa un ser, un ser cualquiera de una tribu errante del desierto? La muerte no le inquieta. El hombre no significa nada. Mata ó le matan: es la guerra. Lo mismo se hacía en otros tiempos de castillo á castillo, de región á región.

Sí; atravesad el mundo viendo cómo se agitan los humanos innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? ¡Oh! Esta es la palabra del problema. Sí. Matar es un crimen, porque numeramos los seres. Cuando nacen, se los inscribe, se les da un nombre y se los bautiza. La ley se apodera de ellos. Eso es todo.

El ser que no está registrado en los libros de la ley, no cuenta; podéis matarlo en el campo ó en el desierto, en la montaña ó en el llano; ¿qué importa? La Naturaleza provoca la muerte; la Naturaleza no castiga.

Lo único sagrado es el Registro civil. Sólo él defiende al hombre. Un ser es sagrado cuando está inscrito en el Registro civil. Respetad el Registro civil, el Dios legal. ¡De rodillas!

El Estado puede matar, porque puede modificar á su gusto el Registro civil. Cuando sacrifica doscientos mil hombres en una guerra, los borra de su Registro civil, suprimiéndolos de una plumada por la mano de sus escribientes. Todo acabó. Pero nosotros que no podemos tachar los libros del Censo, hemos de respetar la vida. ¡Oh, Estado civil, gloriosa divinidad que reinas en las oficinas: yo te saludo! Eres más fuerte que la Naturaleza.

3 de Julio.—Resultará extraño y sabroso goce matar, acercarse á un ser que vive y que piensa, y abriéndole una herida, una pequeña herida, ver correr su roja sangre; y mientras la sangre corre, ver que su cuerpo languidece, transformándose poco á poco en un montón de carne blanda, fría, inerte, sin acción y sin pensamiento.

5 de Agosto.—Si yo, que pasé muchos años juzgando, condenando, matando con una palabra y haciendo matar con la guillotina á los que habían matado con un cuchillo, si yo matase como los asesinos á quienes he condenado, ¿quién lo sabría?

10 de Agosto.—¿Quién lo sabría jamás? ¿Sospecharían de mí si eligiera para víctima un ser que no tuviese ninguna relación conmigo, que yo no estuviera interesado en suprimir?

15 de Agosto.—¡Idea tentadora! Sí. La idea tentadora me roe, penetra en mí como un gusano en

un tronco. Entra y avanza; recorre mi cuerpo y mi espíritu; llena mi pensamiento.

¡Matar! En mis ojos, que sienten el ansia de ver sangre, de producir agonía; en mis oídos, donde vibra una voz ignorada, horrible, desgarradora, como el último grito de un ser; en mis piernas, estremecidas por el deseo de avanzar hacia el sitio donde ha de ocurrir el suceso; en mis manos, que sienten como un cosquilleo la necesidad de herir; en todo lo que me alienta y me sostiene, hallo la misma idea, la misma palabra: matar. ¡Qué satisfacción tan grande, digna de un hombre libre, de un hombre superior que busca sensaciones refinadas!

22 de Agosto.—Ya no podía resistir más. He matado á un animalito para ensayarme; como prueba.

Juan, mi criado, tenía un jilguero en una jaula colgada en la ventana de la cocina. Hice salir á Juan con un recado, y cogiendo al pajarito, sentí en mi mano el estremecimiento de su corazón. Estaba caliente. Subí á mi alcoba. De cuando en cuando le oprimía; su corazón se agitaba entonces; aquello era bárbaro y delicioso. Estuve á punto de ahogarle, pero preferí ver la sangre.

Con unas tijeras de las uñas le corté la garganta suavemente. Abrió el pico haciendo un esfuerzo para escapar, ¡oh!, pero yo le tenía bien seguro: aunque se me convirtiese de pronto en un perro rabioso yo hubiera vertido su sangre. Sí; ¡es tan

hermosa, tan roja, tan ardiente la sangre! Sentía deseos de beberla, y acerqué mis labios. Da gusto. ¡Pero un pajarillo tiene muy poca sangre! ¡muy poca! El goce fué mucho más breve de lo que yo deseaba. Será delicioso ver correr toda la sangre de un toro.

Y luego hice como los asesinos, como los verdaderos asesinos: lavé las tijeras, me lavé las manos—tirando el agua donde nadie pudiese ver su color—y bajé al jardín, encubriendo el cuerpo de la víctima, el cadáver, para enterrarlo. Enterrélo en un fresal. Nadie lo encontrará. Comeré todos los días una fresa de las plantas próximas. ¡Cómo se goza de la vida, sabiendo gozarla!

Mi criado se ha entristecido; supone que su jilguero escapó. ¡Es imposible que sospeche de mí!

25 de Agosto.—Es necesario que mate á una persona. Sí. Es necesario.

30 de Agosto.—Ya lo hice. La cosa es bien fácil.

Había ido á pasearme por el bosque de Vernes y no pensaba en nada. De pronto veo en el camino á un muchacho comiendo un pedazo de pan. Se detiene para saludarme, y surge un pensamiento en mí: «¿Si le matara?»

Me acerco más á él y le pregunto:

«¿Quién está contigo?»

El me contesta: «Nadie, señor Presidente.»

—«¿Viniste solo al bosque?»

—«Solo, señor Presidente».

El deseo de matarle me altera como una embriaguez. Me acerco más aún á mi víctima temiendo que huya. Le agarro por el cuello; le oprimó con toda mi fuerza. El fija en mí sus ojos aterrados. ¡Qué ojos! Muy abiertos, redondos, profundos, claros, terribles. Nunca sentí emoción tan brutal... Pero fué demasiado corta. Quiso librarse de mis manos con sus manos débiles; nada consiguió y su cuerpo se retorció como una pluma en el fuego. Al fin quedó inmóvil.

Mi corazón palpitaba con fuerza. ¡Oh! Acordéme del pajarillo. Escondí el cadáver entre unas matas.



Al volver á mi casa comí perfectamente; por la noche me sentí alegre, ligero, rejuvenecido; pasé la velada en la tertulia del Prefecto y mi conversación fué amena y graciosa.

Pero, no había visto correr la sangre.

30 de Agosto.—Han descubierto el cadáver. Buscan al asesino.

1.º de Septiembre.—Han detenido á dos mero-deadores. Faltan pruebas.

2 de Septiembre.—Los padres de mi víctima me han visitado. ¡Cómo lloraban!

6 de Octubre.—Nada se ha podido probar. El crimen se atribuye á cualquier vagabundo. Si yo hubiese visto correr sangre me sentiría mejor, más tranquilo.

10 de Octubre.—Circula por mis venas el ansia de matar. Esto es comparable á las ansias de amor que nos torturan cuando tenemos veinte años.

22 de Octubre.—Otro. He matado á otro. Iba yo, después de almorzar, por la orilla del río. Bajo un sauce dormía un pescador. En una huerta inmediata, muy á la mano, había un azadón. Lo cogí, alzándolo y dándole impulso como si fuese una maza y de un solo golpe le abrí el cráneo al durmiente. ¡Oh! La sangre corría. He visto correr la sangre. Ya es indudable que soy un verdadero asesino.

25 de Octubre.—Lo del pescador da mucho que

hablar. Acusan á un sobrino de mi víctima que pescaba con él.

26 de Octubre.—El Juez de instrucción asegura que el sobrino es culpable. Todo el mundo lo cree así.

27 de Octubre.—El sobrino de mi víctima se defiende mal. Dice que fué á la ciudad á comprar pan y queso. Jura que asesinaron á su tío en su ausencia. ¿Quién le creerá?

28 de Octubre.—El sobrino se turba de tal modo que á poco más confiesa. ¡Ah, la justicia!

15 de Noviembre.—Hay pruebas aterradoras contra el joven, que debía heredar á su tío. Yo presidiré el tribunal.

25 de Enero.—¡A muerte! ¡A muerte! ¡A muerte! ¡Ah! El fiscal habló como un ángel. Otra víctima. Iré á ver cómo le matan.

10 de Marzo.—Acabó. Le han guillotinado esta mañana. Ya está muerto, bien muerto. Esto me gusta. ¡Qué agradable impresión produce ver cómo cortan la cabeza á un hombre! La sangre salta; un chorro de sangre salta. ¡Oh! ¡Si hubiera podido bañar mi cuerpo en aquella sangre hirviente! ¡Qué gozo recibirla sobre mi cabeza, en la cara, y quedar enrojecido, cubierto de sangre! ¡Si esto se descubriera!

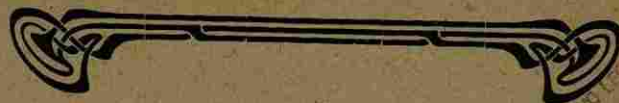
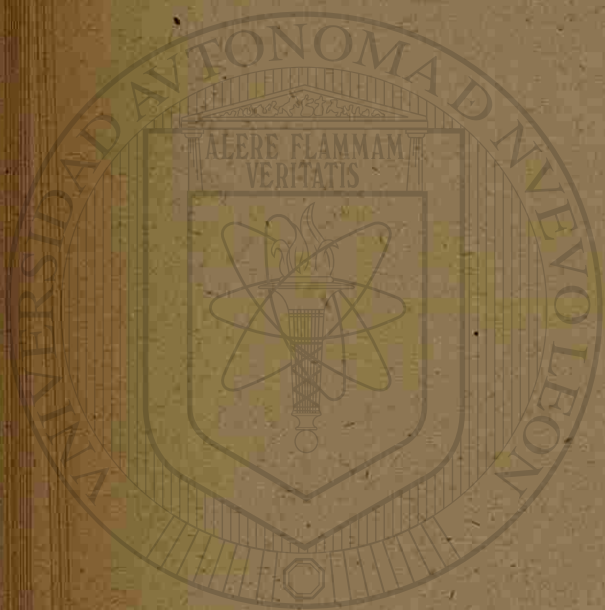
Tendré paciencia para contenerme algún tiempo; hay que ser cauto y no dejarse sorprender.»

.....

El manuscrito contenía muchas páginas más, pero sin referir ningún crimen nuevo.

Los médicos alienistas, á los cuales se confió el estudio de esas confesiones, afirman que hay en el mundo muchos locos ignorados, tan precavidos y temibles como el monstruoso doctor.





LA HORQUILLA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
4471 F. N. 2. 1a. PLAZA
4806. 6625 MONTERREY, N. LEÓN

CALLO los nombres del país y de la persona. Era en una costa fértil y ardiente. La tierra dorada estaba cubierta de trigo segado y el mar azul cubierto de sol. Las florecillas asomaban cerca de las olas tenues y adormecidas. Hacía calor, un calor blando, perfumado por las emanaciones de la tierra húmeda y fecunda.

Según mis referencias, me brindaría hospitalidad en su casa un compatriota que vivía sobre un promontorio entre un bosque de naranjos.

¿Quién era? Yo lo ignoraba entonces. Me dijeron que una mañana llegó al país, compró terrenos, plantó viñas y sembró cereales. Durante diez años había trabajado apasionadamente, con ahinco. De mes en mes, de día en día, sus dominios aumentaban; fecundizando la tierra poderosa y virgen, amasaba una fortuna con su labor infatigable.

Trabajaba sin cesar; desde antes de amanecer recorría los campos, dirigiendo sus labores, vigi-

lando á los jornaleros, atendiendo á todo; y parecía obsesionado por una idea fija, torturado por una insaciable comezón de acaparar dinero.

Estaba ya muy rico.

El sol iba cayendo en el ocaso cuando llegué á la vivienda solitaria de mi compatriota. Era una hermosa vivienda, sencilla, espaciosa, rodeada por un bosque de naranjos y dominando el mar.

Un hombre alto y barbudo estaba en la puerta. Le saludé y le pedí que me diese hospitalidad para una noche. Me tendió la mano sonriendo.

—Entre usted, caballero, como en su propia casa.

Me condujo á un aposento, puso á mi servicio un criado, me acomodó con familiaridad bondadosa y al salir me dijo:

—Cuando usted quiera bajar, comeremos.

Comimos los dos solos en una terraza frente al mar. Yo le hablé de la riqueza de aquel país tan lejano y desconocido. El sonreía, repitiendo constantemente:

—Sí, muy hermosa tierra; pero nada gusta lejos de lo que se adora.

—¿Le duele á usted estar lejos de Francia?

—Sí; quisiera estar en París.

—¿Por qué no vuelve si tanto le gusta?

—Ya volveré.

Y hablamos de la sociedad francesa, de los bule-

vares y de las cosas de París. Interrogábame como un hombre muy conocedor de aquella vida.

—¿Quiénes van ahora á casa Tortoni?

—Los mismos de siempre, menos los que ya no existen.

Lemiraba con atención, perseguido por un vago recuerdo. Sí; yo había visto en alguna parte aquella cabeza. Pero, ¿dónde? ¿Cuándo? Aunque vigoroso, me parecía un hombre fatigado; triste, á pesar de mostrarse resuelto. Acariciando su barba rubia, dejaba correr una de sus manos, que la oprimía, y llegando al fin volvía á cogerla de nuevo cerca de la boca.

Era un poco calvo; tenía las cejas muy pobladas y un gran bigote.



Acabando de hundirse en el mar, dejaba el sol detrás de sí una bruma roja. Los naranjos floridos exhalaban su aroma intenso y delicioso.

El expatriado me miraba fijamente, como si descubriera en el fondo de mis ojos la imagen lejana de aquella vida parisiense que tanto le sedujo.

—¿Conoce usted á Boutrelle?

—Sí, le conozco.

—¿Ha cambiado mucho?

—Tiene todo el pelo blanco.

—¿Y Ridamie?

—Siempre igual.

—¿Y las mujeres? Hábleme usted de mujeres.

—¿Conoce á Susana Verner?

—Ya lo creo.

—¿Y á Sofia Astier?

—Murió.

—¡Pobrecilla! ¿Y conoce usted á...?

Calló bruscamente. Luego, con la voz cambiada, pálido, conmovido, prosiguió:

—Vale más no recordarlo; me trastorna.

Y para distraerse, levantándose, me dijo:

—¿Entremos ya?

—Me parece bien.

Y entramos. Las habitaciones del piso bajo eran enormes, destartaladas, tristes. Había sobre las mesas platos y copas dejados allí por los criados de piel cobriza que andaban por aquel inmenso case-

rón. Dos escopetas pendían de dos clavos en una pared, y en los rincones se veían herramientas de jardinero, cañas de pescar y otros muchos objetos.

—Mi huesped sonrió.

—Es la vivienda, ó por mejor decir, el refugio de un emigrado. Pero tengo un gabinete donde hay algún orden. Vamos allá.

Creí entrar en el almacén de un prendero: tantas cosas y tan variadas vi allí-reunidas; la mayor parte, sin duda, eran recuerdos. En las paredes había dos buenos dibujos de pintores conocidos, telas, armas, y en sitio muy visible un pedazo de seda blanca en marco de oro.

Me acerqué á ver lo que aquello significaba y descubrí una horquilla clavada en el centro.

—Mi huésped me puso una mano en un hombro y dijo sonriendo:

—Esa es la sola cosa que miro, que me atrae desde hace diez años. Prudhomme exclamaba cómicamente: «Este sable es el día más feliz de mi vida». Yo puedo exclamar con amargura: «Esta horquilla es mi vida entera.»

Buscando algo que decir, pregunté:

—¿Ha sentido un amor desdichado?

—Sufro como un miserable... Venga usted al balcón. Hace poco no me atreví á pronunciar el nombre de una mujer, porque si usted me con-

testara: «murió», como lo ha dicho de Sofía, esta misma noche me hubiera suicidado.

Salimos á una terraza, desde donde se veían dos golfos, uno á la derecha y otro á la izquierda, oprimidos entre altas montañas grises.

Era la hora crepuscular; el sol, oculto ya, reflejaba todavía en el cielo sus luces.

Mi huésped se decidió al fin.

—Juana de Simours, ¿vive todavía?

Clavaba sus ojos en los míos, angustiado.

Sonrei diciendo:

—¡Caramba!... Y más hermosa que nunca.

—¿La conoce usted?

—Sí.

Dudó antes de preguntarme.

—¿La conoce usted... mucho?

—No... No tanto.

Me oprimió una mano entre las suyas.

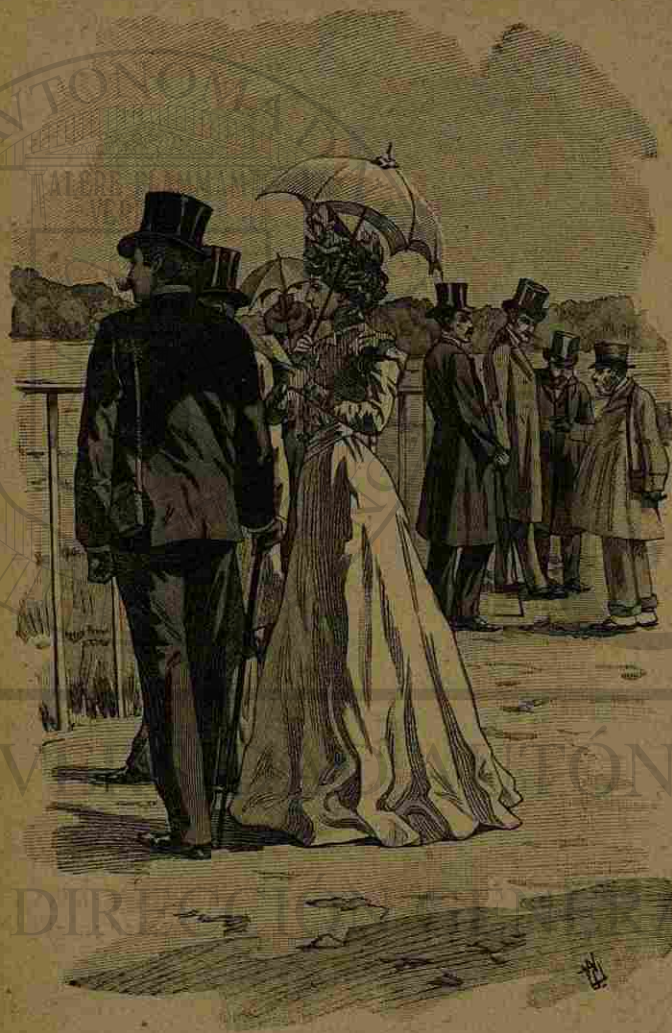
—Hábleme usted de ella.

—Nada podría decirle sino que sigue siendo una de las mujeres galantes más hermosas y más pretendidas en París. Vive como una princesa, y alegremente.

Murmuró: «La quiero», en el mismo tono que hubiera dicho: «Voy á morir». Después, bruscamente, dijo:

—¡Ah! Durante tres años, fué terrible y deliciosa nuestra vida. Estuve á punto de matarla cinco

ó seis veces; ella quiso dejarme ciego con esa horquilla que acaba usted de ver. Mire un punto blanco en mi ojo izquierdo. Aquí la clavó. ¡Nos queríamos de un modo! ¿Cómo podría explicar nuestra pasión? Es muy difícil. Debe existir un amor sencillo, fruto de la ternura de dos corazones y de dos almas; pero existe seguramente un amor terrible, cruelmente abrumador, que une dos seres distintos en todo, que se aborrecen y se adoran. Esa mujer me arruinó en tres años. Yo tenía cuatro millones y ella los devoró con la mayor frescura, sonriendo tranquilamente. Usted la conoce. Tiene algo de irresistible. ¿Qué? Lo ignoro. ¿Serán sus ojos grises, cuya mirada entra en el corazón como una flecha? ¿Será su dulce sonrisa indiferente y seductora? Su gracia tenue penetra poco á poco, emana de su ser como un perfume; de su talle airoso apenas balanceado al andar, hasta el punto de que avanza por las aceras como quien resbala; de su voz arrebatadora que parece una música ideal; de su sonrisa, de sus movimientos, de sus movimientos dulces armoniosos y suaves. Durante tres años no vi más que á ella; ella era para mí el mundo entero. ¡Cuánto me hizo sufrir! ¡Me ha engañado tantas veces! ¿Por qué? Por nada, por engañarme. Y cuando yo lo descubría, cuando la trataba de perdida y de miserable, confesándose tranquilamente, me decía: «¿Por ventura estamos



casados?» Desde que vivo aquí solo, he pensado tanto en ella, que acabé por descifrarla; sí; es Manón Lescaut que ha renacido. Es Manón que no pudo querer sin engañar; Manón, para quien el cariño, el goce y el dinero, eran una misma cosa.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Cuando se agotó mi fortuna, me dijo tranquilamente: «Comprenderás, amigo mío, que yo no puedo vivir del aire del cielo. Te quiero mucho, te quiero más que á nadie, pero necesito vivir. No haré nunca buenas migas con la miseria». Mientras viví á su lado, sufrí horriblemente. Cuando la miraba sentía las mismas intenciones de acariciarla que de matarla; sentía una imperiosa necesidad de ahogarla entre mis brazos. Había en ella, en el fondo gris de sus ojos, algo de pérfido y execrable que me la hizo siempre odiosa; y tal vez por esto mismo la quise tanto. En ella el femenino, el execrable y enloquecedor femenino, era más poderoso que en ninguna otra mujer. Estaba saturada en el flúido embriagador y venenoso. Era la mujer que seduce, fascina y arrebatá. Ninguna como ella poseyó el secreto de atraer y arrebatar. Cuando se apartaba de mí, fijaba de tal modo sus ojos en todos los hombres, que parecía entregarse á cada uno en una sola mirada. Esto fué siempre mi desesperación, y me sujetaba más á ella sin embargo. Andando por la calle, á pesar mío, á pesar suyo tal vez, á

pesar de su porte modesto y tranquilo, por algo que había en el fondo de su naturaleza, era la mujer de todos los que la miraban. ¿Comprende usted esto? ¡Qué suplicio! En el teatro, en el restaurant, me parecía que la gozaban en mi presencia. Y en cuanto la dejaba sola, otros, en efecto, la poseían. Hace diez años que no la veo... y no la olvido; mi apasionamiento es mayor que nunca.

La noche cubría la tierra. El perfume del azahar flotaba en el aire.

Dije:

—¿Volverá usted a verla?

—¡Ya lo creo! Ahora entre tierras y valores, poseo ya ochocientos mil francos. Cuando complete un millón, vendiéndolo todo, volveré a París. Con un millón tiene bastante para un año. Viviré con ella un año entero.

—¿Y después?

—¡Quién sabe! Habré destruído mi vida. No sirviendo ya para nada en el mundo, es posible que solicite una plaza de lacayo para verla en el coche.



LAS BECADAS

MI adorable amiga: Me preguntas por qué no regreso a París; te asombra y casi te disgusta mi retraso. El motivo que te voy a indicar tal vez no te parezca conveniente ni galante, pero es de peso. ¿Imaginas que un cazador puede volver a París precisamente al pasar las becadass?

Mucho me gusta, ya lo sabes, la vida en una ciudad populosa, la casa y la calle; pero en otoño, prefiero la vida ruda y libre del cazador.

En París, me parece que nunca salgo de un interior, porque las calles, en suma, no son más que habitaciones comunes, largas y sin techo. Andamos entre paredes, pisando un suelo de piedra ó de madera, y los edificios limitan la mirada que no puede nunca extenderse hasta un horizonte de verdura, bosques ó sembrados. Millares de personas, codeándose con nosotros, nos tropiezan, nos saludan ó nos hablan, y el hecho de tener que librarse de la lluvia con un paraguas, no es bastante para dar la sensación del «aire libre».

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. LOS REYES"
1960. 1625 MONTEBEL, 28220

pesar de su porte modesto y tranquilo, por algo que había en el fondo de su naturaleza, era la mujer de todos los que la miraban. ¿Comprende usted esto? ¡Qué suplicio! En el teatro, en el restaurant, me parecía que la gozaban en mi presencia. Y en cuanto la dejaba sola, otros, en efecto, la poseían. Hace diez años que no la veo... y no la olvido; mi apasionamiento es mayor que nunca.

La noche cubría la tierra. El perfume del azahar flotaba en el aire.

Dije:

—¿Volverá usted a verla?

—¡Ya lo creo! Ahora entre tierras y valores, poseo ya ochocientos mil francos. Cuando complete un millón, vendiéndolo todo, volveré a París. Con un millón tiene bastante para un año. Viviré con ella un año entero.

—¿Y después?

—¡Quién sabe! Habré destruído mi vida. No sirviendo ya para nada en el mundo, es posible que solicite una plaza de lacayo para verla en el coche.



LAS BECADAS

MI adorable amiga: Me preguntas por qué no regreso a París; te asombra y casi te disgusta mi retraso. El motivo que te voy a indicar tal vez no te parezca conveniente ni galante, pero es de peso. ¿Imaginas que un cazador puede volver a París precisamente al pasar las becadass?

Mucho me gusta, ya lo sabes, la vida en una ciudad populosa, la casa y la calle; pero en otoño, prefiero la vida ruda y libre del cazador.

En París, me parece que nunca salgo de un interior, porque las calles, en suma, no son más que habitaciones comunes, largas y sin techo. Andamos entre paredes, pisando un suelo de piedra ó de madera, y los edificios limitan la mirada que no puede nunca extenderse hasta un horizonte de verdura, bosques ó sembrados. Millares de personas, codeándose con nosotros, nos tropiezan, nos saludan ó nos hablan, y el hecho de tener que librarse de la lluvia con un paraguas, no es bastante para dar la sensación del «aire libre».

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. LOS REYES"
1960. 1625 MONTEBEL, 28220

Aquí distingo perfectamente, deliciosamente, las diferencias entre lo interior y lo exterior... Pero, no era esto lo que me proponía tratar.

Las becasas emigran, vienen de paso.

Vivo en un caserón de Normandía, en un valle cerca de un riachuelo, y salgo de caza desde que amanece, casi todos los días.

Cuando no cazo, leo á veces obras que nuestros amigos de París no pueden conocer por falta de tiempo; lectura seria, de observación profunda, labor meditada y minuciosa de un sabio que pasa la vida estudiando el mismo asunto y observando los mismos hechos, para deducir cómo el funcionamiento de nuestros órganos modifica nuestras facultades intelectuales.

Vuelvo á las becasas. Mis dos amigos los hermanos Ormegol estarán conmigo aquí hasta que apunten los primeros fríos. Entonces nos iremos á la finca de Cannelot, cerca de Fécamp, donde hay un bosquecillo delicioso, encantador, en el cual hacen alto, al pasar, todas las becasas.

Ya conoces á los Ormegol, esos gigantes normandos, varones de la vieja y poderosa raza de conquistadores que invadieron la Francia, conquistaron á Inglaterra y extendieron su dominio sobre todas las costas de Europa, construyendo ciudades, pasando como una ola sobre Sicilia y creando un arte admirable; derrotaron á los reyes, apoderándose de

sus riquezas, fueron más ladinos que los papas, y sobre todo, fecundaron con su vitalidad á todas las mujeres de la tierra. Los Ormegol son dos ejemplares perfectos de su raza; tienen la voz, la expresión y el alma de sus antecesores, los cabellos dorados como las mieses, y los ojos azules como el mar.

Estando reunidos, hablamos el dialecto de la tierra, vivimos y pensamos como normandos y sentimos el terruño más que nuestros gañanes.

Hace quince días que aguardamos el paso de las becasas.

Cada mañana, el mayor de los Ormegol, me decía:

—Sopla viento del Este. Nevará, y las tendremos aquí dentro de dos días.

El otro, más exacto en sus apreciaciones, anunciaba sólo una cosa cuando acaba de verla.

Pero el jueves último, al amanecer, entró en mi alcoba dando voces:

—¡Ya está blanca la tierra! Dos días como éste y en marcha, camino de Cannelot.

En efecto, al tercer día salimos para Cannelot. Si llegas á vernos, te ríes de nosotros. Nos colocamos en un coche de caza que mi padre hizo construir hace tiempo; una especie de almacén con cuatro ruedas enormes que hacen temblar el suelo cuando avanzan. Todo tiene su lugar allí dentro: hay departamentos para municiones, armas, comestibles y ropa; los hay con rejillas para los perros; todo está

resguardado, atendido, menos los cazadores, encaramados en unas banquetas altas como un tercer piso.

Encaramarse no es cosa muy sencilla; nos valemos de los pies, de las manos y hasta de los dientes en ocasiones, porque nadie se preocupó de poner escalera ni estribos que facilitaran el acceso á tales alturas.

Los dos Ormegol escalaron conmigo aquel edificio tan original como nuestra vestimenta: zamarras de pastor, medias gruesas de lana, por encima de los pantalones, y polainas por encima de las medias; gorras negras de pelo y guantes blancos, de pelleja. Cuando estamos instalados, Juan, mi criado, nos tira nuestros tres perros, Pif, Paf y Duc. Pif es el de Simón; Paf, el de Gaspar, y Duc el mío; parecen tres cocodrilos peludos; largos de cuerpo y cortos de talla, patosos y menudos. Apenas asoman sus ojos negros y sus colmillos blancos entre las marañas del pelo, que parece un felpudo, y nunca los encerramos en la perrera. Cada uno de nosotros lleva su *basset* sobre los pies, como un abrigo.

¡En marcha! espantosamente sacudidos por el traqueteo del infame coche. Nieva, nieva de firme, y esto nos alegra. Llegamos á las cinco. El colono Picot está en la puerta esperándonos. Es achaparrado, resistente, forzado, zorro; siempre sonríe, todo le alegra y de todo saca dinero.

El paso de las becadas, para Picot, es la mayor fiesta del año.

La casa es grande y de construcción antigua; la rodean cuatro filas de hayas que la resguardan contra el viento del mar, y una pomareda.



Entramos en la cocina y nos acercamos al hogar donde arden gruesos leños; allí está servida la mesa; gira el asador y las llamas doran un

capón jugoso, cuya grasa cae gota á gota en un plato.

La mujer de Picot se acerca y nos saluda; es alta, hacendosa, prudente, callada; los negocios de la casa la ocupan sin cesar; tiene la cabeza llena de cifras: los precios de los granos, de las aves de corral, de los huevos, de las cabras, de los bueyes.

Una mujer acomodada, inteligente, infatigable, de

cuya laboriosidad y buen juicio se cuentan maravillas en toda la comarca.

En el centro de la cocina vemos la mesa grande y los dos bancos donde irán á sentarse todos los



criados y trabajadores de la casa, carreteros, labradores, hortelanos, mozos, criadas y pastores; y todos comerán en silencio, bajo la vigilancia del ama, viéndonos comer en compañía de su amo, Picot, el cual nos hará reír con sus observaciones ingeniosas. Luego, cuando todos acaben, la mujer co-

merá sola, rápida y frugalmente, sin quitar ojo de lo que haga la cocinera.

En los días ordinarios, ella y él comen al tiempo que los demás, presidiendo la mesa grande.

Los tres cazadores dormimos en una habitación blanqueada, limpia y espaciosa; pero sin otros muebles que tres camas, cuatro sillas y un lavabo.

Gaspar despierta el primero y toca una diana estridente. A la media hora ya estamos todos en disposición de salir.

Picot se une al grupo: caza con nosotros y me prefiere á sus amos. ¿Por qué? Seguramente porque no soy su amo. El y yo nos dirigimos hacia la derecha del bosque, mientras Gaspar y Simón se dirigen hacia la izquierda. Vamos á cazar conejos, convencidos ya de que las becadás no se buscan, se encuentran. Salen al paso y se ponen á tiro. Esto es todo. Cuando el cazador se propone perseguirlas, no da con ellas.

Me gusta oír, vibrando en el aire fresco de la mañana, una detonación, y luego la voz formidable de Gaspar que grita: —«¡Becada! ¡Ya cayó una!»

Yo soy más redomado; si mato una becada, grito: —«¡Un conejo!»—y al mostrar, cuando nos reunimos á medio día, las piezas cobradas, gozo viendo cómo se asombran mis amigos. Alegra mi almuerzo aquel engaño inocente.

Picot me acompaña. Cruzamos el bosquecillo;

caen de las ramas las hojas marchitas, con un murmullo continuado, suave y seco; es algo triste la reposada lluvia de hojas muertas. Hace frío, un frío penetrante que hormiguea en la nariz, en los ojos, en las orejas, y que ha cubierto de un polvo helado y brillante las hierbas incultas y los terrenos labrados.

Gracias á las pieles de oveja que nos dan un calorcito muy agradable, vamos bien. Da gusto cazar en los bosques durante las mañanas del invierno.

Un perro ladra. Es Pif; le reconozco. Luego calla. Otro ladrido, otro y otro. Ahora Paf le refuerza. ¿Qué hace Duc en silencio? ¡Ah! Gime sin atreverse á ladrar, gime como una gallina estrangulada. Levanta un conejo. Cuidado, Picot...

Se alejan, vuelven, y otra vez se van y otra vez se aproximan. Seguimos todas las evoluciones que hacen, con los ojos y el oído alerta y el dedo en el disparador.

Se dirigen á la llanura; nosotros detrás. De pronto, un bulto gris, una sombra, cruza el sendero. Apunto y disparo. El humo se disipa en el aire azul; entre la hierba se agita un copo blanquecino. —«¡Conejo! ¡Conejo! ¡Cayó!»—y lo señalo á los perros, á los tres cocodrilos peludos que agitan la cola felicitándome; luego se van á levantar otro.

Duc seguía gimoteando. Picot me dijo: —«Acaso husmea una liebre: avancemos».

Pero en el límite del bosque, á diez pasos de mí, veo de pie, con su gorro de lana, envuelto en su tapabocas amarillo y haciendo media, como la ma-



yoría de nuestros pastores, á Gargán el mudo, que guarda su ganado. Le digo, como tengo por costumbre: —«Buenos días, pastor»—y él echa mano al gorro y da un alarido; aun cuando no me oye, comprende que me dirijo á él.

Hace quince años que le conozco; hace quince años que le veo todos los otoños, de pie, haciendo calceta, parado entre el bosque y la llanura. Su rebaño le sigue, obediente á su mirada y á los movimientos de sus brazos.

Picot me hace un guiño y dice:

—Mató á su mujer este pastor.

La noticia me produjo asombro:

—¿Gargán? ¿El sordomudo?

—Sí; á principios de invierno. Le procesaron.

Y ocultándonos detrás de unos matorrales, para que no sorprendiera con los ojos el sordomudo las palabras de Picot al salir de los labios, como Picot adivinaba los pensamientos de Gargán en sus acciones, en sus gestos y en la expresión de su mirada, me lo refirió todo.

Verás la historia; es un suceso trágico y sencillo.

Gargán, sordomudo de nacimiento, y de familia humilde, desde la niñez era pastor, inteligente y honrado en su oficio. A los treinta y tres años parecía un viejo: tenía buena estatura y una barba patriarcal.

Hace años murió una pobre mujer, dejando una hija de quince años, á la cual apodaban «la Gota» por su afición al aguardiente.

—Picot, recogiendo á la muchacha, la daba de comer á cambio de alguna faena en el corral ó en el pajar, donde todas las noches dormía, porque dar-

le cama y salario ya hubiera sido mucho. Sucedió que simpatizaron el sordomudo y ella de tal modo que iban siempre juntos. ¿Cómo se comprendieron y estimaron aquellos dos miserables? ¿Había conocido á otra mujer, antes que á la vagabunda, el hombre que á nadie trataba? ¿Acaso la muchacha le sedujo y encadenó, como Eva tentadora, entregándose al borde de un camino? No es posible averiguarlo; pero vivieron juntos como marido y mujer.

Nadie lo extrañaba y á Picot le parecía bien aquello.

Pero el cura se indignó, dando sus quejas á los colonos, augurando misteriosos y providenciales castigos por su escandalosa tolerancia.

¿Qué hacer? Muy sencillo: casarlos. Ni él ni ella tenían cosa que perder; unos pantalones remendados y una saya llena de jirones, eran el único patrimonio de los dos. Nada se oponía en ese caso á que la religión y el decoro quedaran satisfechos. La boda se hizo.

En adelante, los mozos creyeron muy divertido hacer cornudo á Gargán. Mientras no estuvieron casados, á nadie se le ocurrió acercarse á «la Gota»; pero luego todos la pretendían. Hay que divertirse con algo. Un vaso de aguardiente á espaldas del marido, y... como una seda. Tuvo tan grande resonancia la risible aventura, que

acudieron señores de Gordeville para cerciorarse.

Por medio litro de aguardiente «la Gota» daba el espectáculo á todos con el primero que se prestaba, en un ribazo, arrimados á una pared, en cualquier parte desde donde se viera la figura de Gargán, de pie, haciendo media. Y los hombres reían como locos en todos los cafetines y tabernas de la comarca; no se hablaba de otra cosa en los hogares, y las gentes se paraban en los caminos para decirse: — «¿Has pagado unas copas á la mujer de Gargán?» Sabían todos lo que aquello significaba.

El pastor, indiferente, no había observado nada; pero una tarde, un mozo de Gareville hizo señas á «la Gota» para darle una botella detrás de un paredón. Ella fué corriendo, muerta de risa; y cuando se hallaban más atareados en su empresa criminal, apareció junto á ellos el sordomudo. El mozo escapó, sujetándose los pantalones con las manos, mientras el pastor, con alaridos feroces, agarraba el cuello de su mujer.

Acudieron los que trabajaban en las tierras próximas. Era tarde para salvarla; tenía la lengua negra, los ojos fuera de las órbitas; un hilo de sangre saliéndole por las narices enrojecía su rostro.

El pastor fué conducido á la cárcel y se vió el proceso ante la Audiencia de Ruen. Como era mudo,



Picot le servía de intérprete. Los detalles del sumario entre-

tuvieron mucho al auditorio. Picot se había propuesto salvarle, y refirió á los

jueces la historia del sordomudo, su matrimonio, y llegando á las causas del crimen, interrogó al asesino.

En la sala se hizo un silencio profundo. Picot hablaba despacio, dirigiéndose á Gargán, y al mismo tiempo le hacía señas con los ojos:

—¿Sabías que te burlaba?

El mudo hizo que «no» con la cabeza.

—¿Estaban echados junto á la tapia cuando los sorprendiste?

Al decir esto, Picot hacía una mueca desapacible, como al ver una cosa repugnante, y el mudo hizo que «sí» con la cabeza.

Entonces, el colono, imitando los movimientos del cura cuando echa la bendición, preguntó al sordomudo, si mató á su mujer porque se había unido á él ante Dios y ante los hombres.

El pastor hizo que «sí» con la cabeza.

Picot expresó claramente:

—Danos á entender cómo sucedió.

Entonces, el sordomudo, por señas fué indicando lo que había visto, y, erguido entre los dos gendarmes que le guardaban, imitó la obscena postura de la pareja criminal, enlazada en sus goces.

Alborotó la sala una risa tumultuosa, pero se apagó repentinamente, cuando el pastor, con los ojos encendidos, estremeciendo su barba, rechinaba los dientes como si mordiera, y con los brazos tendidos

y los dedos agarrotados, repetía la terrible acción del asesino estrangulando á su víctima. Aullaba furiosamente y su cólera era tan grande como si aún tuviese á la mujer entre las manos y la matara de nuevo.

Los gendarmes le hicieron sentar á viva fuerza y costó mucho calmarle.

Un temblor de angustia se comunicó á la sala entera, y entonces Picot, apoyando una mano en la cabeza del sordomudo, exclamó:

—«¡Es un hombre honrado!»

Y le absolvieron.

Por lo que á mí toca, escuché la historia con emoción profunda, y si te la refiero un poco groseramente ahora, es que juzgo necesario conservar su rudeza campesina.

Sonó un disparo, y la voz formidable de Gaspar como un cañonazo, surgió en el aire.

—¡Becada! ¡Ya cayó!

Así empleo mis días, persiguiendo á los conejos y esperando que las becadas pasen cerca de mí, como tú esperas, al salir á paseo en tu coche, que pasen cerca de ti las nuevas modas que pensáis lucir este invierno.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE



LA QUERIDA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UUNL
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, N. L.

ME había detenido en Bauilles, únicamente porque leí en una Guía (no sé cuál) «Hermoso Museo: dos Rubens, un Teniers, un Ribera.»

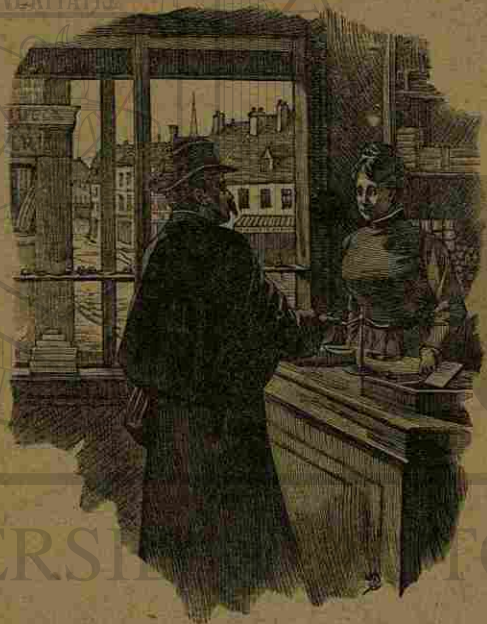
Y me dije: «Veamos todo eso. Comeré en el Hotel de Europa, excelente al decir de la Guía, y á las veinticuatro horas, otra vez en marcha.»

El Museo estaba cerrado; solamente lo abrían á instancia de algún viajero; abrióse para mí, que lo solicité, y pude contemplar algunos vejestorios atribuidos por un conservador chiflado á los mejores maestros de la pintura.

Luego, hallándome solo y sin tener absolutamente en que divertirme, lanzado en las calles de una pequeña ciudad, construída en el centro de inmensa llanura, me puse á contemplar escaparates y recorrí algunos pobres comercios. A las cuatro de la tarde me sentía desalentado, inútil para todo, sin fuerzas para soportar el aburrimiento invencible

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? Hubiera pre-

miado con 500 francos á quien me sugiriese la idea de una distracción. A mí no se me ocurría nada, y decidiendo, sencillamente, fumar un buen cigarro, busqué un estanco. Pronto lo reconocí por su faro-



lito rojo y entré. La estancuera me presentó varias cajas, para que yo escogiese. Después de mirar los cigarros, malísimos en mi opinión, miré á la estancuera, una mujer cuarentona, rolliza y blanca.

En su rostro, simpático y respetable, creí hallar un recuerdo algo conocido. ¿Habría visto en otra parte aquella cara? ¿No era posible? Si; era posible. Los años cambian las fisonomías, la gordura las deforma, pero siempre las facciones conservan algún rasgo peculiar que se fija en la memoria.

Le dije:

—Perdone usted, señora, que la mire con tanta insistencia; pero me parece recordarla.

Ella contestó ruborizándose:

—Yo también creo recordar á usted.

De pronto grité:

—¡Oh! ¡Sin duda! ¡*Ça irá!*

Ella levantó las manos con expresión cómicamente desesperada, balbuciendo:

—¡Si le oyesen!...

Y luego, recordando á su vez, dijo en voz alta:

—¡Oh! ¿Eres tú, Jorge?

Miró á todas partes con temor de que alguien hubiera oído aquella frase. Pronto se tranquilizó, y dijo risueña:

—Estamos completamente solos.

¡*Ça irá!* ¿Cómo pude reconocer á *Ça irá*—una pobre criatura débil y flaca—en la sonriente y rolliza estancuera?

¡*Ça irá!* ¡Cuántas memorias acudían rápidamente á la imaginación! Bougival, La Grenonillere, Chateau, el restaurant Fournaise, muchos días pasados

en las canoas, bogando contra la corriente; diez años de placer transcurridos en las deliciosas orillas del río.

Eramos entonces doce compañeros, huéspedes en la casa Galopois, de Chatou; vivíamos alegremente, á todas horas medio desnudos y medio borrachos. Las costumbres han cambiado; los remeros de ahora llevan monoclo.

Teníamos entre los doce, unas veinte queridas, más ó menos constantes. Algunos domingos acudían sólo cuatro; á veces acudían todas. Algunas eran fijas y constantes; otras iban cuando estaban desocupadas. Cinco ó seis vivían á costa de todos y sirviendo á todos los que no tenían una querida propia; una de ellas fué *Ça irá*.

Cojeaba; era tímida, torpe, infeliz; no tenía suerte ni acierto para nada. Se acercaba con miedo al más humilde, al más insignificante, al más pobre de la pandilla, que le daba de comer un día, ó un mes: lo que alcanzaban sus recursos. Nadie supo jamás de qué manera vino á nosotros. ¿La reclutamos en un baile, un día de borrachera, con otras muchas mujeres de las que pasaban sólo una noche en nuestra casa? ¿La invitamos á almorzar, compadeciéndonos de su abandono? Ninguno de nosotros lo sabía; pero lo cierto es que ingresó en la pandilla.

La llamábamos *Ça irá*, porque se lamentaba siempre de sus desdichas, de los obstáculos que le

ofrecía la suerte. La preguntábamos todos los domingos: «¿Cómo van los asuntos?» Y ella nos respondía invariablemente: «No muy bien; pero confío en que alguna vez cambien las cosas.»

¿Cómo aquella infeliz, desagradable y torpe, se había dedicado al oficio que requiere más gracia, más animación, más belleza y astucia? ¡Misterio! En París abundan las mujeres de placer, bastante feas y desapacibles para dar asco á un gendarme.

Pasaba los domingos con nosotros; pero ¿y los seis días restantes de la semana? Nos dijo repetidas veces que trabajaba. ¿Dónde? ¿En qué? No teníamos curiosidad alguna de averiguarlo, indiferentes á su existencia.

Nuestro grupo se fué desgranando poco á poco. También á ella la perdimos de vista. Dejamos nuestras canoas y nuestras alegrías á la generación siguiente.

Yo almorzaba de vez en cuando en el restaurant Fournaire, y allí supe que *Ça irá* andaba con la gente nueva. Pasó dos veces de una generación á otra (una generación de remeros vive tres años, regla general; después los jóvenes que la formaron, abandonan el Sena para entrar en la magistratura, en el ejercicio de la medicina ó en los debates políticos). Nuestros sucesores, ignorando lo que significaba llamarla *Ça irá*, creyeron que sería el nombre oriental Zaira. Más adelante convirtieron el Zai-

ra en Zaa, y éste sufrió una modificación, reduciéndose á Sara. Los últimos que la conocieron, al oír que la nombraban Sara, creyéndola israelita, la llamaron *La Judía*.

Luego desapareció.

Y al cabo de tantos años la encontraba de estantería en Bauilles.

* * *

La dije:

—¿Cómo van los asuntos?

Y respondió:

—No del todo mal.

Tuve curiosidad por conocer su vida. En otra ocasión, estoy seguro de que no me hubiera preocupado; pero allí, en aquellas circunstancias, me intrigaba, me atraía, me interesaba. Le pregunté:

—¿Cómo te las arreglaste para conseguir esto?

—No lo sé. Cuando menos lo esperaba, la fortuna me ayudó.

—¿En Chatou?

—¡No! En París.

—De modo que tú vivías en París.

—Trabajando en casa de la señora Ravelet.

—¿Qué señora Ravelet?

—¿No la conoces? La modista: la famosa modista de la calle de Rivoli.

Y empezó á referirme incidentes de su pasado,

mil secretos de la vida parisién, el interior de una casa de confecciones, los apuros de las oficialas, sus aventuras y sus pensamientos, la historia de aquellas lechuzas callejeras, que andan á caza de un hombre por todo París al ir al taller por la mañana, cuando salen á la hora del almuerzo, y cuando se retiran por la noche.

Me decía, gozando con sus recuerdos:

—¡Se hacen tantas picardías! Luego nos las contábamos unas á otras, riéndonos de los hombres.

* * *

El primer engaño que hice, fué con un paraguas. Yo llevaba uno viejo, de algodón, una cosa «des-honorable». Mientras lo cerraba, difícilmente, al llegar al taller, un día de gran chaparrón, Luisa me dijo:

—¿Cómo te atreves á salir con ese paraguas?

—Porque no tengo otro mejor, ni dinero para comprarlo. Aguardaré á que suban los fondos.

Para mí, los fondos nunca subían.

Ella me respondió:

—Vete á buscar uno á la Magdalena.

No la comprendí. Luisa, continuaba:

—En la Magdalena los cogemos todas. Hay tantos como quieras.

Y me lo explicó. Una cosa muy sencilla.

Fuí á la Magdalena con Irma. Buscamos al sacristán manifestándole que nos habíamos dejado en



la iglesia un paraguas la semana anterior. Nos preguntó la forma del puño, y le describí un puño de ágata. Entonces nos hizo entrar en un cuarto donde había más de cincuenta paraguas de personas que se los dejaban olvidados; los miramos todos uno por uno, sin que apareciera el mío; pero me fijé mucho en el que me gustaba más: un paraguas muy bonito, con puño de marfil labrado. Luisa fué á pedirlo al día siguiente. Lo describió, siguiendo mis instrucciones, y se lo dieron sin dificultad.

Para esas aventuras nos vestíamos lo mejor posible.

¡Hacíamos tantas cosas! ¡tan divertidas! Eramos cinco en el taller; cuatro, pobres y vulgares; pero una, muy guapa, muy elegante: Irma, la bella Irma. Parecía una señora y tenía un amante Consejero de Estado. Lo cual no la impidió nunca apechugar con todo lo que se le presentaba. Una tarde nos dijo: «¡Ya veréis lo que hacemos!» —Y nos lo contó.

Irma tenía un cuerpo delicioso y una cara ideal, una cintura y unas caderas admirables. Era un cebo para los hombres. Imaginó la manera de hacernos ganar á cada una cien francos. Verás como lo hizo.

Todas queríamos comprarnos una sortija y nos faltaba lo principal. Era preciso ingeniarse. Cada una tenía dos ó tres amigos que daban algo, pero no lo suficiente. Cuando salíamos para almorzar, alguna vez picaba en el anzuelo un hombre; le

impacientábamos durante quince días, y al fin, cedíamos á sus deseos. Pero la ganancia no era mucha. En Chatou no hacía más que divertirme. Dinero, nada. ¡Oh! ¡Cómo te reirías oyéndome referir todas nuestras famosas invenciones!

¡Figúrate la cara que pondríamos al saber que Irma proyectaba la manera de hacernos ganar, á cada una, cien francos!

La cosa es canallesca; pero te lo contaré todo; no importa; conoces la vida y después de ir á Chatou durante cuatro años, nada puede sorprenderte.

Irma nos dijo:

—Vamos á secuestrar en el baile de la Opera á los hombres más ricos, más elegantes y más generosos: yo sé á cuáles dirigirme.

Al principio el proyecto nos pareció irrealizable, porque hombres así no van al baile para entretenerse con unas modistillas como nosotras. Con Irma, sí. ¡Oh! ¡tenía tanto gancho! En el taller decíamos que si el Emperador la hubiera conocido, se casara con ella.

Nos hizo vestir con lo mejor de nuestro guardarropa, y nos dijo:

—«Vosotras no entraréis en el baile. Metidas cada una en un coche, aguardaréis en las calles próximas. Un caballero subirá, sentándose á vuestro lado. En seguida, le besaréis del modo más agradable que sepáis; luego, lanzaréis una exclamación

de sorpresa, indicando que os equivocásteis, que aguardabais á otro, que hubo confusión. Esto seducirá seguramente al infeliz, satisfecho de suplantar á otro, y hará lo posible por quedarse con *su desconocida*. Vosotras resistiréis, y al cabo... cediendo á sus instancias, consentiréis en que os lleve al restaurant... Lo demás corre de vuestra cuenta.»

¿No comprendes aún? Pues mira tú lo que hizo la condenada.

Nos metió á cada una de las cuatro en un coche de casino: coches decentes, con librea; luego, dejándonos colocadas en las calles próximas á la Opera, entró en el baile. Como conocía por su nombre á muchos mundanos, y había visto á sus esposas en casa de la modista, se acercó á uno diciéndole cosas bastantes para intrigarle, pues no carecía de ingenio. Cuando le tuvo ilusionado, se quitó la careta, y el infeliz cayó en el lazo. Quiso llevársela en seguida, pero ella le dió cita en un coche, frente al número 20 de la calle Taisbout, á la media hora justa. Necesitaba esa media hora para despistar á otro pretendiente.

Yo estaba en el coche parado allí, muy tapada. De pronto, un caballero se asomó á la portezuela, preguntando:

—¿Me aguarda usted ya?

Respondí en voz baja:

—Suba pronto.

Subió, le besé, oprimiéndole hasta cortarle la respiración, murmurando:

—¡Soy dichosa! ¡muy dichosa!

Y de pronto, exclamé:

—¿Pero, no eres tú? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y me puse á llorar.

¡Imagínate cómo se quedaría el hombre! Trató de consolarme; dijo, sinceramente, que también él se había equivocado, y me pidió mil perdones.

Yo lloraba sin cesar, con angustiosos y conmovedores sollozos. El me dijo palabras muy tiernas. Era un caballero muy fino, muy bien educado; y le satisfacía ver que sus razonamientos me iban consolando poco á poco.

Pasando de unas cosas á otras, acabó invitándome á cenar. Yo me resistí como una fiera; quise abandonar el coche, me detuvo, me besó...

Y cenamos... Ya comprendes... Al despedirnos, me dió quinientos francos... Ya ves: hay hombres generosos.

Todas conseguimos bastante más de lo que deseábamos. Luisa, la menos favorecida, sacó doscientos francos. Ya sabes que Luisa estaba en los huesos.

* * *

La estanquera seguía refiriéndome los recuerdos, las impresiones de su vida, encerrados en su cora-

zón durante mucho tiempo, sin poder confiarlos á nadie. Sentía las atracciones de su pasado galante y canallesco, de su vida parisién, hecha con privaciones y caricias pagadas, con risas y miseria, con engaños y ráfagas de amor verdadero.

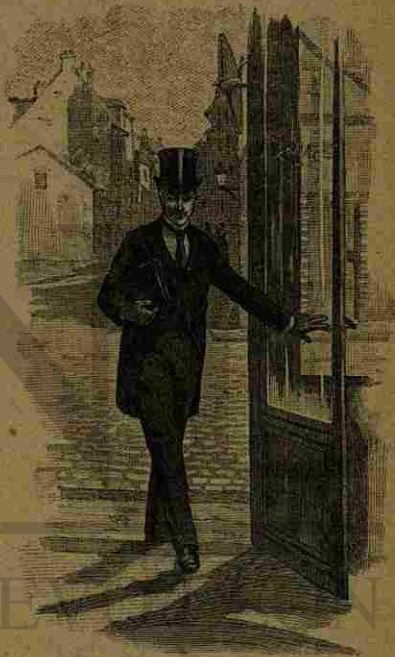
La interrumpí luego para preguntar:

—¿Cómo conseguiste un estanco?

Ella sonrió.

—¡Tiene su historia! Figúrate que vivía frente por frente á la puerta de mi cuarto un estudiante de leyes, un estudiante de los que nunca estudian. Pasaba los días enteros en el café; le gustaba mucho el billar; era su delirio. Cuando yo estaba sola, entraba en mi cuarto por las noches. Con él tuve á Rogelio.

—¿Qué Rogelio?



—Mi hijo.

—¡Ah!

—Me señaló una pequeña pensión para criarle. No he visto en mi vida un estudiante más gandul. A los diez años, no había podido aprobar el primero de carrera, y su familia, segura de no sacar ningún provecho de aquel carambolista, le hizo dejar los estudios y volver á su casa. Pero seguimos en correspondencia, por el niño.

Figúrate que, hace dos años, en las últimas elecciones, salió diputado por su distrito. Habló en las Cámaras, y, como en el país de los ciegos, el tuerco es rey... adquirió influencia; fuí á verle, y obtuvo para mí un estanco...

Disimula: Entra Rogelio.

Un joven estirado, grave, satisfecho de sí, entró en la tienda, y acercándose á su madre, le dió un beso en la frente.

La estanquera me dijo:

—Este joven, caballero, es hijo mío; secretario del Ayuntamiento ahora, y futuro gobernador...

Saludé al digno empleado y salí para encaminarme hacia el hotel, después de ofrecer la mano correctamente á la estanquera.



CONVERSANDO

EL barco estaba lleno de gente. Se pronosticaba un feliz viaje; los havreses iban á dar un paseo á Trouville.

Soltaron las amarras; un silbido anunció la partida; un estremecimiento sacudió el barco, mientras se oía en torno un rumor de agua removida.

Giraron las ruedas; detuviéronse, y giraron de nuevo suavemente. Cuando el capitán dijo en el portavoz que le servía para dar sus órdenes á los de la máquina: «¡En marcha!», las ruedas comenzaron á girar con rapidez.

Nos apartábamos del muelle.

Los viajeros agitaban sus pañuelos, como si se despidiesen para América, y los amigos que se quedaban en tierra, hacían otro tanto.

El sol de Julio caía sobre las sombrillas rojas, sobre los trajes claros, sobre los rostros alegres, sobre las aguas del Océano en calma. Cuando salimos del puerto, el vaporcito dió una vuelta rápida,

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X EL SABIO"
Año. 1825 MONTEVIDEO, A. 25

encarándose con la costa lejana entrevista vagamente á través de la bruma matinal.

A nuestra izquierda se abría la embocadura del Sena, de veinte metros de ancha. De trecho en trecho, grandes boyas indicaban los bancos arenosos y se distinguían á lo lejos las aguas dulces y cenagosas del río, que no mezclándose con el agua salada, dibujaban grandes franjas amarillentas en la superficie verde y pura del mar.

En cuanto me veo en una embarcación, siento la necesidad de pasear de arriba abajo, como un marino que hace guardia.

¿Por qué? Lo ignoro. Pero lo cierto es, que según mi costumbre, comencé á pasearme, procurando evitar encontrones con los viajeros.

Me llamaron. Volví la cabeza. Reconocí á un antiguo compañero, Enrique Sidoine, al cual no había visto en diez años. Después de darnos un afectuoso apretón de manos, hablando de unas cosas y de otras, emprendimos nuevamente los paseos de oso enjaulado. Sin dejar de hablar, mirábamos las dos filas de viajeros sentados á uno y á otro lado del puente.

De pronto Enrique dijo con verdadera expresión de rabia:

— Está lleno de ingleses. ¡Qué asco!

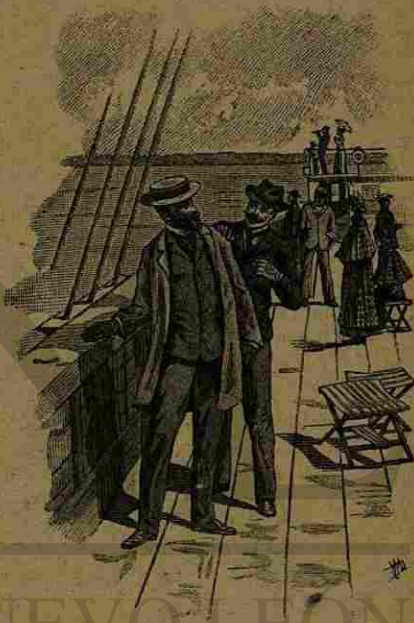
En el vapor abundaban, en efecto, los ingleses. Los hombres, de pie, contemplaban con sus gеме-

los el horizonte, con cierto empaque de importancia que parecía decir: «Somos nosotros, los ingleses, los dueños del mar. ¡Bum! ¡Bum! Aquí estamos.»

Y todos los velos blancos que flotaban en sus sombreros, parecían banderas desplegadas indicando su poder.

Las señoritas, cuyo calzado recordaba también las construcciones navales de su patria, ceñían á su talle, de singular tiesura, y á sus brazos delgados, sus chales multicolores, y sonreían vagamente al paisaje luminoso. Sus cabecitas lucían sombreros ingleses de forma extraña, y sobre su cuello, sus pobres cabelleras ensortijadas parecían culebrillas oscilantes.

Y las viejas, aún más estiradas, abrían al viento



su mandíbula nacional, como si amenazaran al espacio con sus dientes amarillos y enormes.

Sentíase, pasando junto á ellas, olor de caucho y de elixir dentífrico.

Enrique repetía cada vez más colérico:

—¡Es un asco! ¿No se podría impedir que viniessen á Francia?

—¿Por qué los odias? Yo te aseguro que me son del todo indiferentes.

Enrique dijo:

—Sí, claro; como no te has casado con una inglesa... Pero yo me casé con una inglesa.

Me detuve para reirme.

—¡Ah, demonio! Cuéntamelo. ¿Te hace infeliz? Mi amigo se encogió de hombros.

—Precisamente infeliz... No tanto.

—Entonces ella te ha... ¿Te ha engañado?

—Desgraciadamente, no. Eso me daría pretexto para el divorcio, librándome de sufrirla.

—No comprendo.

—¿No comprendes? ¡Claro! Pues bien, ella no hizo más cosa mala que hablar en francés. Oye. No tenía yo el menor deseo de casarme, cuando fui á pasar el verano á Etretat, hace doce años. Nada más peligroso que las playas para los solteros. Las muchachas allí se hallan en su elemento. París favorece á las mujeres y los veraneos á las muchachas. Las expediciones en burro, los baños por la maña-

na, los almuerzos sobre la hierba: todo son provocaciones hacia el matrimonio. Y en verdad, no hay cosa más agradable que ver una criatura de diez y ocho abriles correteando á través de los campos ó cogiendo flores á la orilla de un camino. Conocí á una familia inglesa que vivía en el mismo Hotel que yo; el padre se parecía á todos los ingleses y la madre á todas las inglesas.

Tenían dos hijos, dos muchachos huesudos, de esos que hacen desde la mañana hasta la noche violentos ejercicios, jugando con bolos, con mazas ó con palas; tenían además dos hijas, la mayor flacucha, una verdadera inglesa disecada; la pequeña una mara-



villa, rubia, con una cabeza verdaderamente celestial. Esas malditas inglesas, cuando se proponen ser guapas, lo son de verdad. Tenía los ojos azules, de un azul que parece impregnado en poesía, en esperanza, en ensueño, en todos los goces del mundo.

¡Qué horizontes abren á los delirios amorosos los ojos de una mujer como aquella! ¡Qué bien responden á las ansias eternas y confusas de nuestro corazón!

Preciso es confesar que los franceses adoramos á las extranjeras. En cuanto vemos una rusa, una italiana, una española ó una inglesa un poco bonita, nos enamoramos perdidamente.

Todo lo que viene de fuera nos entusiasma: los sombreros, los guantes, los fusiles y... las mujeres. Y en esto hacemos mal.

Porque yo creo que lo que nos interesa más en las exóticas es el defecto de pronunciación. En cuanto una mujer habla mal nuestro idioma, nos agrada; si se equivoca una vez en cada frase, nos cautiva, y si chapurrea de un modo ininteligible, nos enloquece.

Mi inglesita Kate hablaba de un modo inverosímil. Yo no entendía una sola palabra los primeros días; luego, acabé por enamorarme como un tonto de aquella jerigonza cómica y alegre.

Todos los conceptos estropeados, ridículos y es-

trabóticos, en sus labios tomaban una expresión deliciosa. Por las noches, en las terrazas del casino, sosteníamos conversaciones verdaderamente características y enigmáticas.

Me casé, adorándola con locura, como se adora un ensueño. Los verdaderos amantes adoran un ensueño que se les presenta en forma de mujer.

Mi terrible, mi única desgracia, fué dar á Kate un profesor de francés. Mientras ella martirizaba el diccionario y tenía en un potro la gramática, me ilusionó.

Hablando con dificultad, me descubría la gracia encantadora de su ser, la elegancia incomparable de su figura. Me la imaginaba como una maravillosa joya viviente, como una muñeca de carne, formada por mis caricias y que sabía decir apenas lo que le gustaba, lanzar exclamaciones atractivas y expresar coquetonamente, á fuerza de ser incomprendible, sensaciones y emociones poco complicadas.

Parecía un juguete de esos que dicen «papá» y «mamá» y pronuncian «baaba» y «baamban».

Cómo podría yo suponer que...

Ahora, tampoco habla muy bien que digamos, pero se la comprende sin dificultad; la comprendo ya demasiado.

Abri mi muñeca y sé lo que tiene dentro, amigo mío. ¡Qué lastima!

Tú no conoces las opiniones, las ideas, las teorías de una inglesita bien educada, á la cual no se le puede reprochar lo más mínimo, y que repite constantemente, á todas horas, las frases de un diccionario de la conversación, escrito para los colegios.

Recuerda *las sorpresas* del cotillón, esos paquetitos preciosos y dorados que guardan execrables confites. Yo tuve una en mi mano y rasgué la envoltura, quise probar lo que había dentro, y me desagradó tanto, que ahora se me revuelve el estómago sólo de ver á los ingleses.

¿Me habré casado con una cotorra, á la cual enseñara un poco de francés una institutriz inglesa?

.....
Divisábamos ya el puerto de Trouville, muy animado.

Yo dije:

—¿Dónde tienes á tu mujer?

Y me contestó:

—La llevé á Etretat.

—Y tú, ¿qué proyectas?

—Distraerme un poco en Trouville.

Y después de un silencio añadió:

—No puedes imaginarte hasta qué punto resultan insoportables ciertas mujeres.



EN EL TREN

EL sol estaba próximo á ocultarse detrás de la cordillera, sobre la que se alzaba gigantesco el Puy de Dôme, y la sombra de las cumbres invadía el profundo valle de Royat.

Algunas personas circulaban por los jardines en torno del kiosco de la música. Otras permanecían aún sentadas, formando tertulias, á pesar de que la tarde iba siendo fría.

En uno de los grupos discutíase animadamente un importante asunto que preocupaba de veras á la señora de Sarcagnes, á la señora de Vaulacelles y á la señora de Bridoie. Se aproximaban las vacaciones y había que sacar á los niños de los colegios de Jesuitas y Dominicos donde se educaban.

Y no entrando en los cálculos de aquellas madres tomar el tren para ir en busca de sus descendientes, discurrían acerca de lo dificultoso de tan delicada misión, no sabiendo á quién pudieran confiársela.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROYAL"
1044 1825 MONTERREY, MEXICO

Tú no conoces las opiniones, las ideas, las teorías de una inglesita bien educada, á la cual no se le puede reprochar lo más mínimo, y que repite constantemente, á todas horas, las frases de un diccionario de la conversación, escrito para los colegios.

Recuerda *las sorpresas* del cotillón, esos paquetitos preciosos y dorados que guardan execrables confites. Yo tuve una en mi mano y rasgué la envoltura, quise probar lo que había dentro, y me desagradó tanto, que ahora se me revuelve el estómago sólo de ver á los ingleses.

¿Me habré casado con una cotorra, á la cual enseñara un poco de francés una institutriz inglesa?

.....
Divisábamos ya el puerto de Trouville, muy animado.

Yo dije:

—¿Dónde tienes á tu mujer?

Y me contestó:

—La llevé á Etretat.

—Y tú, ¿qué proyectas?

—Distraerme un poco en Trouville.

Y después de un silencio añadió:

—No puedes imaginarte hasta qué punto resultan insoportables ciertas mujeres.



EN EL TREN

EL sol estaba próximo á ocultarse detrás de la cordillera, sobre la que se alzaba gigantesco el Puy de Dôme, y la sombra de las cumbres invadía el profundo valle de Royat.

Algunas personas circulaban por los jardines en torno del kiosco de la música. Otras permanecían aún sentadas, formando tertulias, á pesar de que la tarde iba siendo fría.

En uno de los grupos discutíase animadamente un importante asunto que preocupaba de veras á la señora de Sarcagnes, á la señora de Vaulacelles y á la señora de Bridoie. Se aproximaban las vacaciones y había que sacar á los niños de los colegios de Jesuitas y Dominicos donde se educaban.

Y no entrando en los cálculos de aquellas madres tomar el tren para ir en busca de sus descendientes, discurrían acerca de lo dificultoso de tan delicada misión, no sabiendo á quién pudieran confiársela.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO ROYAL"
1044 1825 MONTERREY, MEXICO

Era en los últimos días de Julio y París ya estaba casi despoblado. No sería fácil hallar un mensajero que las inspirase toda la confianza por ellas apetecida.

Aumentaba sus zozobras un suceso indecoroso que había sido pocos días antes causa de un escándalo en el ferrocarril. Y la señora de Sarcagnes, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie, llegaron á suponer que todas las *tunantas* de la capital pasaban su vida en los rápidos, entre aquella región de veraneo y París. Además, un periódico tan bien informado en estos asuntos como *El Gil Blas*—y esto lo advertía el señor de Bridoie—notificaba la presencia en Vichy, en Mont-Doré y en la Bourboule, de todas las *horizontales* conocidas y por conocer. Para que se hallaran en esos puntos, era indispensable que hubieran ido en el tren; y en el tren volverían seguramente; aún más: no dejarían de ir y venir á todas horas. Resultaba de tales afirmaciones un acarreo continuo de mujeres galantes, en la maldita línea férrea. Y aquellas mamás de colegiales dolíanse amargamente de que no se prohibiera viajar en ferrocarril á las impuras, por lo menos en ciertas épocas.

Rogelio de Sarcagnes tenía quince años, Gontrán de Vaulacelles trece y Gastón de Bridoie once. ¿Cómo exponerles á que tropezaran con una perdida, ó con dos, pasando algunas horas en contac-

to con ellas, en el mismo departamento de un vagón, y enterándose de las abominaciones que las dirían sus acompañantes, porque sin duda no irían solas?

El peligro tomaba proporciones abrumadoras, cuando acertó á pasar la señora de Martinsec, la cual se detuvo para saludar á sus amigas, y ellas la enteraron de sus preocupaciones, de sus angustias.

—No hay motivo para lamentarse—afirmó la señora de Martinsec—. La educación de mi Rodolfo no se resentirá mucho por apartarle de su preceptor durante un par de días. El *Padre* puede ir á buscar esas criaturas.

Y quedó acordado que á fines de la semana próxima, el padre Lecuir, clérigo joven y de bastante cultura, preceptor de Rodolfo de Martinsec, haría un viaje á París en busca de los tres colegiales.

El señor cura se puso en marcha el viernes. El domingo por la mañana, después de recoger en sus colegios de París á los tres mozalbetes, hallábase con ellos en la estación para regresar en el expreso de las ocho, nuevo rápido especial establecido pocos días antes á petición de los bañistas.

Iba y venía, de un extremo al otro del andén, seguido por los tres colegiales, buscando un departamento—si no vacío, al menos ocupado por señores de aspecto respetable—, deseoso de atender á

todas las advertencias que le habían hecho la señora de Sarcagnes, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie.

Vió á una pareja de nobles ancianos—ella con toda la cabeza blanca, él ostentando las insignias de la Legión de Honor—, despidiéndose de una señora instalada ya en un vagón. Por sus modales y su porte aparentaban ser personas muy distinguidas.

«Ya tengo cuanto me hace falta», pensó el cura; y precedido por los tres mozaibetes, instaláronse todos en aquel departamento.

La noble anciana decía:

—Cúidate, cúidate mucho.

La viajera contestaba.

—Sí, mamá; no te preocupes.



—En cuanto sientas algo, avisa inmediatamente al médico.

—Sí, sí, mamá.

—Vamos; adiós, hija mía.

Se besaron muchas veces; la joven dijo:

—Adiós, mamá.

Un empleado cerró la portezuela y el tren se puso en marcha.

No había entrado ningún otro viajero; el sacerdote, complacido, felicitándose por su resolución acertada, comenzó á sondear con preguntas el carácter y la inteligencia de los tres colegiales que serían sus alumnos durante las vacaciones—porque así lo había dispuesto la señora de Martinsec en obsequio á sus amigas.

Roger de Sarcagnes, el mayor de los tres, era un mocito espigado, cuya naturaleza daba un estirón violento, enflaqueciéndole y casi desarticulándole. Hablaba con lentitud é ingenuidad.

Gontrán de Vaulacelles, al contrario, se había estacionado: era rechoncho, fornido, travieso, cazurro y guasón. Se burlaba de todo el mundo. Tenía ocurrencias felices, impropias de su edad, y réplicas de doble sentido, que preocupaban á sus padres.

El menor de los tres, Gastón de Bridoie, no era ni alto ni bajo, ni fuerte ni flojo, ni guapo ni feo; no mostraba ninguna inclinación mala ni buena. Era un animalito semejante á su papá en todo.

El sacerdote les advirtió que durante los dos meses de veraneo dirigiría sus estudios, endilgándoles un discursito bien pergeñado acerca de las ocupaciones que les impondría, de cómo pensaba tratarlos y de sus procedimientos, para que fuese lo más provechosa posible su enseñanza.

Era un preceptor de mucha rectitud, un hombre de buena voluntad, aunque de sobra sistemático y ampuloso.

Interrumpió su perorata un profundo suspiro escapado á la viajera. El sacerdote la miró bondadosamente; la señora permanecía inmóvil en su rincón, erguida, con los ojos muy abiertos y las mejillas algo pálidas. El sacerdote volvió á ocuparse de sus futuros discípulos.

El tren, avanzando á toda máquina, cruzaba sembrados y bosques, pasaba puentes y túneles, y con su trepidación violenta estremecía el rosario de vagones llenos de personas.

Gontrán de Vaulacelles preguntó al padre Lacuir si había playa en Royat. ¿Pescarían? ¿Montarían á caballo? Impacientábase por saber qué diversiones podía prometerse.

De pronto, la señora lanzó un grito agudo y prolongado, un grito doloroso.

Inquieto, el sacerdote le preguntó:

—¿Se halla usted indispuésa, señora?

Ella quiso disimular, disculparse:

—No; no es nada, señor cura; nada... Un dolorcito... Pasaré... Estoy algo enferma... y el traqueteo del tren me fatiga.

Su rostro se había desencajado.

El sacerdote insistió:

—Si yo pudiera servirla de algo, señora...

—Gracias, muchas gracias... No hay más que tener paciencia... De todos modos, agradezco su atención.

El sacerdote volvió á dirigirse á los colegiales, instruyéndoles en los métodos que pensaba emplear en sus lecciones futuras.

Pasaban las horas. El tren se detenía de cuando en cuando, volviendo á proseguir su marcha.

La señora, en su rincón, parecía dormir, quieta, desmadejada. Ya era más de media tarde y no había probado alimento. El sacerdote pensaba: «Debe sentirse mal; estará enferma.»

Faltaban dos horas para llegar á Clermont-Ferrant, cuando la viajera comenzó de pronto á gemir; se deslizaba del asiento, apoyándose ya sólo en la rigidez de los brazos, y con los ojos extraviados, las facciones crispadas, repetía: «¡Oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!»

El sacerdote se acercó á ella:

—Señora... Señora... Señora... ¿qué la ocurre?

—Me temo... ¡Ah!... Me temo que voy... á dar... á luz.

Y no pudiendo ya refrenarse, lanzaba terribles gritos, que se convirtieron pronto en un clamor interminable, desconsolado, que parecía desgarrar su garganta; un clamor agudo, espantoso, cuya tonalidad siniestra revelaba las angustias de su alma y la tortura de su cuerpo.

El pobre sacerdote, aturdido, confuso, de pie ante la señora, no sabiendo qué hacer, qué decir, ni qué intentar, murmuraba:

— ¡Dios mío! ¡Si yo supiera!... ¡Dios mío! ¡Si yo supiera!

Estaba ruborizado hasta los ojos; y los tres colegas contemplaban entre curiosos y asombrados á la señora, que desfallecía dando alaridos.

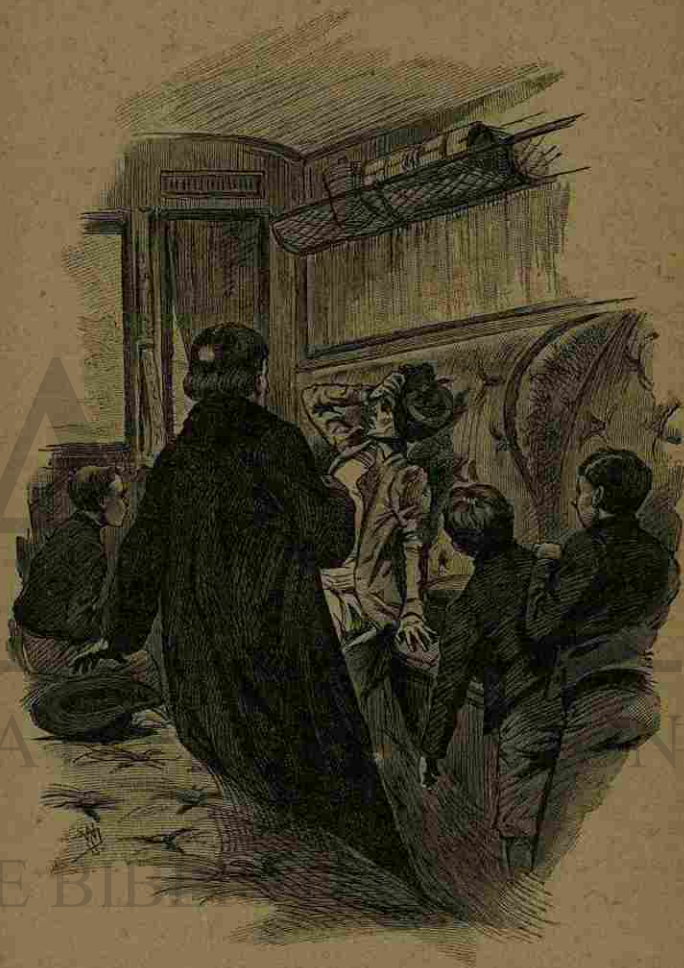
De pronto, la viajera se retorció, alzando los brazos, y sus caderas y su vientre se agitaron con una sacudida extraña, una convulsión que se apoderó de todo su cuerpo.

El sacerdote, angustiado, temiendo que la pobre señora muriera por falta de auxilio, á pesar de su ignorancia completa en aquellos trances, ofrecióse resueltamente á servirla.

— Señora: yo desconozco en absoluto... pero, acaso podré ayudarla... Estoy obligado á ello... á socorrer á todos los que sufren.

Y encarándose con los tres mozalbetes, dijo:

— Asómense á las ventanillas, contemplando el paisaje hasta que yo les avise, y el que vuelva la



cabeza sin mi consentimiento, copiará mil veces una frase de Virgilio.

Bajó los tres cristales, y cuando estuvieron asomadas las tres cabezas, bajó hasta los tres pescuezos las cortinillas azules, mientras añadía:

—Al que haga siquiera un movimiento, no le llevaré á ninguna excursión de las muchas que proyecto para divertir las vacaciones. Y tengan presente que no valen arrepentimientos conmigo. Jamás perdono.

Arremangándose, acercóse de nuevo á la viajera.

Sollozos ó alaridos, alternándose, no cesaban. El sacerdote, sofocado, arrebolado, asistíala, exhortábala, reconfortábala, mirando con frecuencia de reojo á sus futuros discípulos, que se agitaban impacientes, muy preocupados por las funciones misteriosas que su nuevo preceptor ejercía.

—Señor de Vaulacelles: copiará usted veinte veces, conjugado, el verbo *desobedecer*—gritaba el cura.

—Señor de Bridoie: durante un mes no tomará usted postre.

*
*
*

De repente cesaron los alaridos y sollozos de la viajera, y á poco se oyó un *guá-guá* insistente y sobresaltado, la protesta inútil de las criaturas

que asoman á la vida. Los tres colegiales, no pudiendo ya reprimirse, volvieron la cabeza.

El cura tenía entre las manos un recién nacido, y lo miraba con asombro, mostrándose á la vez gozoso y desolado, con ganas de reír y de llorar á un tiempo. Su fisonomía expresaba diversas y confusas emociones, variando á cada instante la expresión de sus ojos, de su boca, de sus mejillas, como si de pronto hubiera perdido el juicio.

En el tono que hubiera empleado si anunciase á sus discípulos una trascendental noticia, exclamó:

—Es niño.

Y después de un silencio, entregándose á su acostumbrada verbosidad, comenzó á disponer:

—Señor de Sarcagne, alcánceme la botella de agua que dejamos en la rejilla. Bien. Descórchela en seguida. Muy bien. Echeme unas gotas en la mano; sólo unas gotas. Perfectamente.

Y humedeciendo la cabeza de la criatura recién nacida, rezó:

—Yo te bautizo, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Así sea.

El tren acababa de llegar á Clermont. La señora de Bridoie, que aguardaba en el andén, acercóse á la portezuela; y el sacerdote, completamente loco ya, presentándole con los brazos tendidos, aque-

lla larva humana, el fruto recién cogido, murmuró:

—Una señora que viene aquí nos ha dado esta sorpresa en el viaje.

Con la frente sudorosa, los cabellos en desorden, el cuello desabrochado y la sotana sucia, con el aspecto de un hombre que acabara de recoger la criatura en un albañal, se apresuró á decir con insistencia:

—No han visto nada, nada, nada; puedo asegurarlo. No les quitaba ojo y les había ordenado que desde las ventanillas contemplaran el paisaje. No han visto nada, nada; estoy seguro.

Salieron cuatro niños del vagón donde sólo entraron algunas horas antes los tres que fué á buscar el sacerdote, mientras la señora de Sarcagne, la señora de Vaulacelles y la señora de Bridoie, se



miraban sorprendidas no sabiendo qué decir ni qué actitud adoptar en presencia de aquel desastre que sobrecogía su espíritu.

Por la noche, para celebrar la llegada de los colegiales, comieron juntas las tres familias. La conversación era muy lánguida: los padres, las madres, y hasta los niños, parecían preocupados.

Gastón de Bridoie, lanzó de pronto esta pregunta:

—Di, mamá, ¿de dónde ha sacado aquel niño el señor cura?

La madre, no sabiendo cómo responder, dijo, evadiéndose:

—Come y no hagas preguntas; no se hacen preguntas en la mesa.

Gastón estuvo callado unos instantes, pero luego insistió:

—En el coche, sólo venía una señora con dolores de barriga, que se quejaba mucho. La señora no llevaba ningún chiquillo. Son juegos de manos; como hacen esos prestidigitadores que sacan una pecera con peces de un pañuelo donde no había nada. El señor cura también sabe hacer juegos de manos.

—Cállate y no te preocupes con lo que no entiendes. Los niños los envía Dios.

—Pero aquel niño, ¿por dónde se metió en el coche?, ¿por una ventanilla?

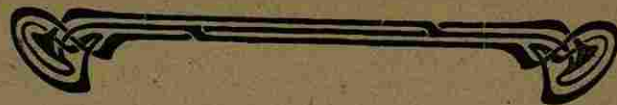
La señora de Bridoie se intranquilizaba:

—Ya sabes cómo vienen todos los niños al mundo. Se los encuentra debajo de un hongo.

—Pero, mamá, si en los coches del ferrocarril no hay hongos.

Entonces, Gontrán de Vaulacelles, que sonreía maliciosamente, dijo:

—Claro que habría un hongo. Pero nada más lo ha visto el señor cura.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SOLEDAD

VARIOS camaradas habíamos comido juntos, bien y alegremente. De sobremesa, un compañero de mi ya lejana vida estudiantil me propuso:

—¿Quieres que nos vayamos á pie, siguiendo la avenida de los Campos Eliseos?

Accedí gustoso. Ibamos despacio. Sólo se oía el rumor confuso y continuo de la populosa ciudad. Un aire fresco nos azotaba el rostro. El cielo aparecía sembrado con abundancia de granos de oro. Retoñaban los árboles con el verdor fresco de las hojas nuevas.

Mi compañero dijo:

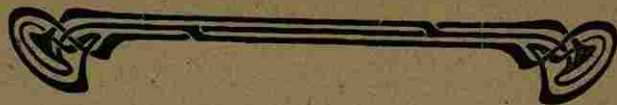
—No puedo explicarme la razón, pero de noche, respiro aquí mejor que en parte alguna. Me parece que mi espíritu se baña en una claridad reveladora, y de pronto me creo abocado á descubrir el divino secreto de la existencia. Mi esperanza se man-

—Ya sabes cómo vienen todos los niños al mundo. Se los encuentra debajo de un hongo.

—Pero, mamá, si en los coches del ferrocarril no hay hongos.

Entonces, Gontrán de Vaulacelles, que sonreía maliciosamente, dijo:

—Claro que habría un hongo. Pero nada más lo ha visto el señor cura.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

SOLEDAD

VARIOS camaradas habíamos comido juntos, bien y alegremente. De sobremesa, un compañero de mi ya lejana vida estudiantil me propuso:

—¿Quieres que nos vayamos á pie, siguiendo la avenida de los Campos Eliseos?

Accedí gustoso. Ibamos despacio. Sólo se oía el rumor confuso y continuo de la populosa ciudad. Un aire fresco nos azotaba el rostro. El cielo aparecía sembrado con abundancia de granos de oro. Retoñaban los árboles con el verdor fresco de las hojas nuevas.

Mi compañero dijo:

—No puedo explicarme la razón, pero de noche, respiro aquí mejor que en parte alguna. Me parece que mi espíritu se baña en una claridad reveladora, y de pronto me creo abocado á descubrir el divino secreto de la existencia. Mi esperanza se man-

tiene sólo un instante. Como si me cerrasen los balcones que me inundaron de luz, me siento sumergido en las tinieblas. Todo vuelve á ser obscuro para mí.

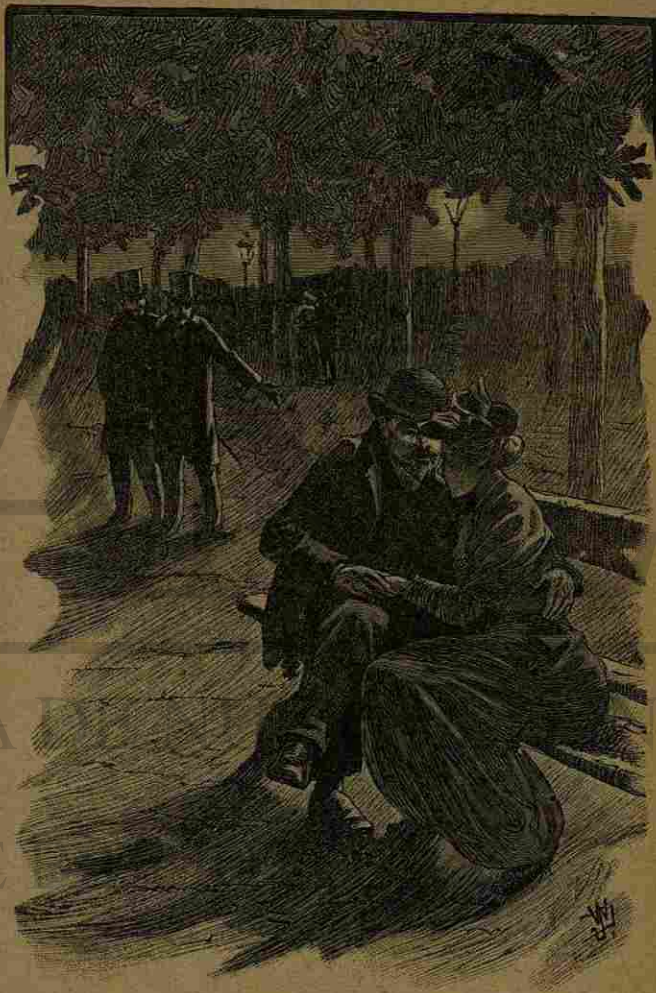
De cuando en cuando, veíamos la sombra de dos cuerpos muy juntos, deslizándose como si huyeran ó se ocultaran; ó pasábamos junto á un banco, donde un hombre y una mujer se oprimían ansiosamente.

Mi acompañante reflexionó:

—¡Los compadezco! Esas parejas amorosas, no me producen repugnancia, no; al contrario: me inspiran piedad. Entre todos los misterios de la vida humana, uno dejó de ser ignorado para mí: lo que más nos atormenta es la soledad, y todas nuestras decisiones, todo nuestro esfuerzo, tienden á evitarla. Esos enamorados no pretenden otra cosa; como nosotros mismos, como todas las criaturas, pretenden huir de la soledad que los abrumba, pretenden evitarla siquiera un minuto; y no lo consiguen. Por mucho que se junten, estrechándose, acariciándose, cada uno estará siempre solo; como tú, como yo; cada uno solo dentro de sí.

La soledad nos envuelve, nos aprisiona y nos aísla. No todos lo ven claramente, pero lo sufren todos.

Hace algún tiempo que me obsesiona el abominable suplicio de comprender la espantosa, la



inevitable soledad en que vivo, y estoy seguro de que nadie puede vencerla, ni ahuyentarla; nadie, nadie.

Proyectemos lo que proyectemos, hagamos lo que hagamos, sean como fueren las ansias de nuestro corazón, la fiebre de la boca, las caricias de las manos, las aproximaciones de los cuerpos, nunca se logra salir de la horrible soledad.

Te invité á dar este paseo para no irme tan pronto á casa; porque me intimida la soledad que hallo en mi casa.

¿Y de qué me sirve que tú me acompañes? Hablo y escuchas. Pero cada uno está solo, dentro de sí; juntos y solos. ¿Me comprendes?

«Bienaventurados los pobres de espíritu», dice la Escritura. Ellos gozan la ilusión de la dicha. Ellos no sienten la miserable soledad. Ellos no divagan, como yo, en la vida, sin contacto alguno, sin otro goce que la satisfacción egoísta de conocer, de adivinar, de sufrir el implacable aislamiento en que todos vivimos.

Te parezco algo loco, ¿no es verdad?

Oyeme. Desde que no se me oculta la soledad en que vivo; desde que veo claro, me parece que me hundo más y más en una sima oscura, sin paredes y sin fondo; sin límites. Me hundo y nadie me acompaña; nadie vive, nadie se agita en mi camino tenebroso. Eso es la existencia humana.

A veces, oigo lamentos, voces, ruidos... Avanzo á tientas hacia los rumores confusos: pero no encuentro nada; nunca sé cómo llegan á mí, de dónde salen; nunca encuentro á nadie; mis manos tendidas, nunca logran oprimir otra mano en la obscuridad solitaria que me rodea. ¿Me comprendes?

Algunos hombres adivinaron también, antes que yo, este horrible sufrimiento.

Alfredo de Musset, escribía:

¿Quién llama? ¿Quién se acerca?
¡Nadie! Aquí solo... siempre...
Sería la campana
del reloj... Nadie viene.

Pero en él, era una duda, un presentimiento, no una certeza definitiva como en mí. El poeta consigue poblar el vacío de su vida con fantasmas y ensueños.

Un poeta nunca está completamente solo. Yo sí, ¡estoy completamente solo!

Gustavo Flaubert, uno de los hombres más desdichados, porque fué una de las inteligencias más luminosas, formulaba, escribiendo á un amigo, esta frase desconsoladora:

«*Todos vivimos en un desierto. Nadie comprende á nadie.*»

Sí; es verdad; nadie comprende á nadie: por mucho que se piense, por mucho que se diga, por mucho que se haga.

¿Sabe la Tierra lo que pasa en las estrellas que nos alumbran, arrojadas como una simiente de fuego á través del espacio y á tal distancia que sólo percibimos el titilar de algunas, mientras una infinidad se pierden para nosotros en el infinito?

De igual manera ignora el hombre lo que ocurre á otros hombres. Vivimos tan distantes unos de otros, como esos astros, y acaso más aislados, porque la imaginación humana es insondable.

¿Sabes de algo más temible que un roce incesante con seres á los que nunca logras conocer? Nos amamos los unos á los otros como si estuviese cada uno sujeto en un sitio, sin poder acercarse á los demás. Nos martiriza un ansia torturadora; queremos unirnos, pero todos nuestros esfuerzos resultan estériles, nuestros abandonos inútiles, nuestras confidencias infructuosas, nuestros contactos impotentes y nuestras caricias vanas. Cuando queremos fundirnos uno á otro, el ansia que nos guía, nos conduce solamente á tropezar uno con otro.

Nunca siento mi soledad más dolorosamente, que mientras hago confidencias de mis intimidades á un amigo, porque más que nunca, entonces, advierto el infranqueable obstáculo. Mi amigo se halla junto á mí, sus ojos brillan, veo su mirada; pero detrás de los ojos hay un pensamiento que se me oculta. Oyéndome, ¿qué imagina? Sí, ¿qué imagina? ¿Me odia? ¿Me desprecia? ¿Se burla de mí? Es un tor-

mento rodearse de lo que se ignora, dirigirse á lo desconocido. ¿No me comprendes? Reflexiona lo que le digo, me juzga, me condena, me supone acaso necio. ¿Cómo saber los comentarios que hace á mis palabras? ¿Cómo saber si me tiene alguna estimación? ¿Cómo saber las reflexiones que se agitan en su cabeza? ¡Es tan misterioso el pensamiento desconocido, el pensamiento libre y oculto que no podemos abarcar, ni conducir, ni vencer!

En vano, quise muchas veces entregarme por completo. Abrí todas las puertas de mi alma. Nunca lo conseguí. Conservo siempre, ignorado en el fondo, en lo más profundo, el jardín secreto de *mi personalidad* á donde nadie llega. Nadie puede llegar, porque nadie conoce los ignorados caminos, porque nadie comprende á nadie.

¿Me comprendes tú en este momento siquiera? ¡No! Me juzgas loco. Me analizas, te previenes contra mí. Te preguntas: «¿Qué le ocurre? ¿por qué divaga?» Pero si algún día, meditando, penetras mi horrible y sutil sufrimiento, la significación de mis palabras, búscame, sólo para decirme: «*¡Te comprendo!*», y acaso me hagas dichoso un instante.

Sobre todo, las mujeres realzan mi soledad.

¡Miserable! ¡miserable! ¡Cuánto he sufrido por ellas! ¡Ellas me hicieron concebir, más que los hombres, la ilusión de que no me hallaba solo, aislado!

Entregándonos á un amor, nos parece que nuestro espíritu ensancha, florece. Una felicidad indescriptible nos invade. ¿Sabes por qué? ¿Sabes de dónde procede la sensación de inmensa dicha? Sencillamente, nos entusiasma pensar que no estamos ya solos; suponemos que ha cesado el aislamiento, el abandono en que vivíamos. ¡Error! ¡error!

Todavía más atormentada que nosotros, por el ansia eterna de amar que roe nuestro corazón solitario, la mujer es la mayor mentira del Ensueño.

Conoces bien las deliciosas horas transcurridas junto al ser adorable de largos cabellos, de facciones encantadoras, cuya mirada nos enloquece. ¡Un delirio que trastorna! ¡Una ilusión que fascina!

Ella y él, fundirán sus naturalezas en una sola, llegado el momento... Pero ese momento no llega nunca, y después de aguardar y aguardar, entre placeres engañosos y esperanzas frágiles, un día nos vemos aún más reducidos y solos que nunca.

Sí. Cada beso, cada contacto, aumenta la soledad. ¡Es terrible, desconsolador!

Un poeta, Sully-Prudhomme, ha dicho:

Son las caricias, pasajeras palmas
de un pobre amor que inútilmente quiere
la fusión imposible de las almas
al roce de los cuerpos donde muere.

Todo acaba. Y nos apartamos de la mujer querida, sin conocerla, sin adivinar sus pensamientos,

ignorando hasta la parte que tomó en aquellas inquietudes.

Hasta en los momentos culminantes en que una misteriosa y dulce armonía parece unir á dos seres, confundiendo sus deseos y aspiraciones, á veces una palabra, una sola palabra, nos revela nuestro error.

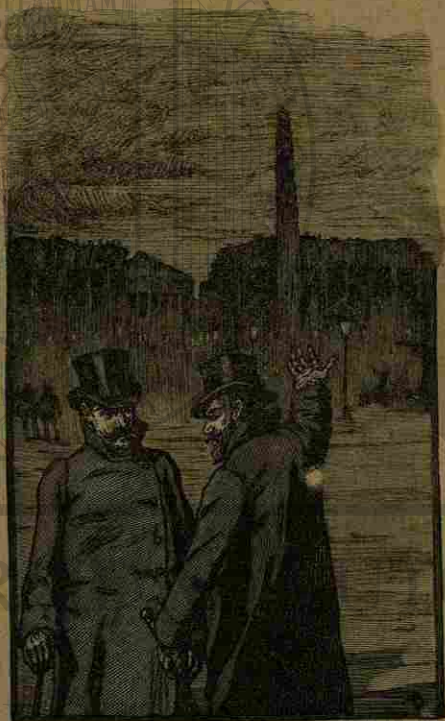
Y, á pesar de todo, la delicia más grande que podemos apetecer en el mundo, es pasar unas horas junto á una mujer adorada. Nos complace sentir en silencio la emoción que su presencia nos inspira; pero es inútil pretender algo más íntimo, porque nunca dos almas pueden fundirse.

Yo he cerrado ya en absoluto mi alma. Nunca le digo á nadie lo que juzgo, lo que imagino, lo que prefiero. Con la certeza de hallarme condenado á una invencible soledad, creo inútil dar mi parecer. ¡Qué me importan las opiniones, las disputas, los goces ni las creencias! No pudiendo compartir nada con nadie, nada me interesa. Mi pensamiento, invisible, nadie lo conoce, nadie puede conocerlo; es un mundo inexplorado, inaccesible. Con frases corrientes respondo á las interrogaciones acostumbradas, y cuando tengo pereza de hablar, sonriendo respondo.

¿Me comprendes?

Habíamos llegado al Arco de Triunfo de la Es-

trella, volviendo á bajar hasta la plaza de la Concordia, porque mi acompañante hablaba muy des-



pacio y, además de las razones transcritas, adujo muchas otras que no recuerdo.

Paróse bruscamente, y tendiendo el brazo ha-

cia el obeliseo de granito arraigado en el suelo de París, que proyectaba su perfil egipcio sobre la bóveda estrellada—monumento aislado, sustraído á su tierra, cuya historia mostraba escrita en extraños caracteres—, mi amigo exclamó:

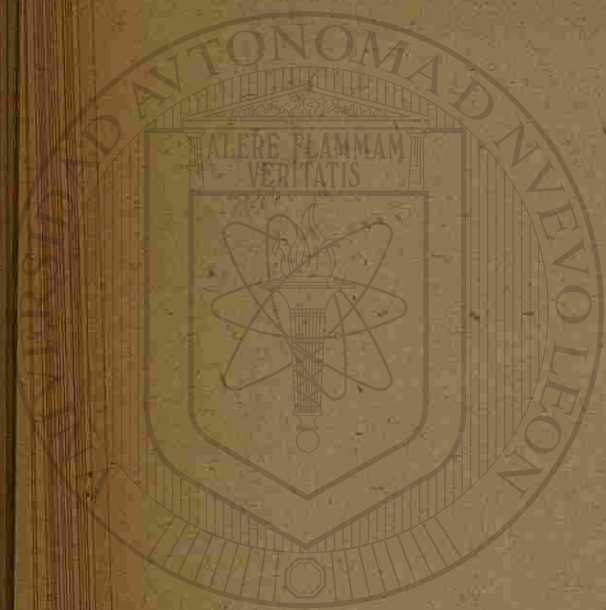
—Mira: igual somos, de igual modo vivimos.

Y sin añadir una palabra más, alejóse.

¿Razonaba como un dementé, como un borracho, como un cuerdo?

A ratos opino como él, y en otras ocasiones me parecen sus frases disparatadas y necias.





UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1966. J.625 MONTERREY, MEXICO

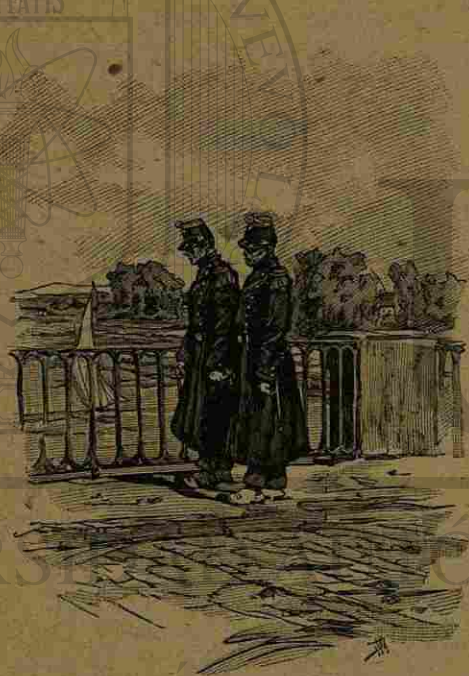
EL SOLDADITO

TODOS los días de fiesta, en cuanto acababan sus obligaciones, los dos reclutas iban de paseo.

Al salir del cuartel se dirigían hacia la derecha, cruzando Courbevoie á paso largo, como si dieran un paseo militar, y en cuanto dejaban á su espalda las últimas casas del pueblo, tomaban tranquilamente la carretera polvorosa y árida, por la cual se va derecho á Bezons.

Los dos eran de menguada estatura, de poquitas carnes; iban sumergidos en sus capotones azules holgados por demás, cuyas mangas les cubrían completamente las manos; y los pantalones rojos, con exceso anchos y de sobra largos, les obligaban á despatarrarse para poder andar. Bajo los morriones acartonados asomaban apenas los rostros, dos rostros enjutos y pequeños de campesinos bretones, rostros de una inocencia casi bestial, con ojos azules, de mirar suave y plácido.

Jamás hablaban por el camino, avanzando complacidos en la misma idea, más agradable para ellos que ninguna conversación; habían descubierto jun-



to al bosquecillo de Champioux un lugar que les recordaba su tierra, y sólo allí estaban á gusto.

En el cruce de las carreteras de Colombes y de Chatou, llegando á la sombra de los árboles, se

quitaban el morrión que les aplastaba la cabeza, y se restregaban la frente sudorosa.

Deteníanse un poco al pasar el puente de Bezons, mirando correr las aguas del Sena. Permanecían allí dos ó tres minutos, apoyados en la barandilla, con el cuerpo vencido hacia fuera, con los ojos fijos en la corriente, ó contemplaban las velas blancas y ladeadas de las embarcaciones en el extenso remanso de Argenteuil, que acaso les recordaban el mar de su tierra, el puerto de Vannes, próximo á su aldea, y las barcas pescadoras alejándose por el Morhiban mar adentro.

En cuanto se hallaban al otro lado del río, hacían sus provisiones en la salchichería, en la panadería y en la taberna. Un trozo de longaniza, una libreta de pan y un litro de vino, eran sus víveres para la jornada; y los envolvían, atándolos en un pañuelo.

Desde allí avanzaban despacio, de conversación.

Extendíase á su vista una llanura limitada por el bosquecillo, que les recordaba el bosque de Kermarivan. Los trigos y las avenas bordeaban el estrecho camino, cuya traza se perdía entre la fresca verdura de los sembrados, y entonces Juan Kerderen, invariablemente decía la misma frase á su amigo Lucas Leganidec:

—Parecen los alrededores de Plounivon.

Y el otro le contestaba invariablemente:

—Es verdad: parecen los alrededores de Plou-nivon.

Y avanzaban juntos, con el alma llena de vagos recuerdos, llena de imágenes de una sencillez comparable á las aleluyas iluminadas que se venden á cinco céntimos. Aquel paisaje despertaba la memoria de un lindero, de un campo, de un rodal de arbustos, de una cruz de piedra.

También se detenían frente á un mojón muy alto que limitaba una finca, recordándoles el dolmen de Locneuen.

Llegando al primer grupo de árboles, Lucas Leganidec, invariablemente cortaba una varita, una varita de avellano, y le arrancaba la corteza, sacando tiras con las uñas, mientras divertía su pensamiento en cosas de su tierra.

Juan Kerderen llevaba las provisiones.

De cuando en cuando, Lucas citaba el nombre de algún conterráneo, recordaba un suceso de su infancia en palabras confusas que le servían de pretexto para largas meditaciones. Y poco á poco, sentíanse poseídos por la emoción de la tierra, de su tierra, del país lejano, que desde tan enorme distancia los envolvía, ofreciéndoles formas y ruidos, dibujando sus horizontes, haciendo sentir el penetrante olor de sus campos verdes que la brisa del mar orea.

No percibían las emanaciones del estercolero parisiense, que fecundiza las tierras de la comarca, sino el perfume de las azucenas, el perfume que recogen y extienden los aires puros y salados. Y las velas de los botes, lanzados al río por los bateleros de afición, les parecían las de las embarcaciones de cabotaje que asoman sobre la inmensa llanura extendida entre sus casas y el mar.

Avanzaban lentamente, satisfechos y pesarosos, dominados por una suave tristeza, por una tristeza lenta y perturbadora de bestias enjauladas que recuerdan su primitiva libertad.

Y acabando Lucas de pelar su varita de avellano, llegaban al rincón del bosque, donde almorzaban todos los domingos.

Formando con dos piedras un hornillo, en el rescaldo que habían preparado encendiendo unas ramas secas, asaban después los trozos de longaniza sujetos á la punta de la navaja.

Y acabado su almuerzo, cuando habían comido hasta la última miga de pan y bebido hasta la última gota de vino, se quedaban sentados sobre la hierba, juntos y silenciosos, con los ojos entornados y la mirada perdida en el horizonte, con las manos cruzadas como en misa, con las piernas muy estiradas bajo el pantalón, tan rojo como las amapolas que florecían en los trigos; y la charolada tapa del morrion, los botones dorados, relucían al reflejar el

sol espléndido, fascinando á las alondras que revoloteaban piando en torno.

Luego comenzaban á volver los ojos de cuando en cuando hacia el camino de Bezons: la moza de la vaca no tardaría en aparecer.

Pasaba todos los domingos frente á ellos para ir á ordeñar y á recoger la única vaca de aquella tierra que pastaba en un estrecho prado junto al bosque, más allá.

La veían acercarse, y era la sola criatura humana que atravesaba la campiña. La veían acercarse y les alegraba la vista los reflejos brillantes del cubo de cinc herido por el sol. Nunca se les ocurrió hablar de la moza. Se alegraban de verla, esperando á que pasara, sin comprender por qué.

La moza era fornida y rubicunda, tostada por los ardores de los días claros; era una moza bien plantada y resuelta de la campiña parisiense.

Una tarde, habiéndolos visto ya sentados en el mismo sitio varias veces, les preguntó:

—¿Venís aquí todos los domingos?

Lucas Leganidec, más atrevido que su compañero, balbuceó:

—Sí; todos los domingos venimos á descansar.

Y no añadieron una sola palabra. Pero, al domingo siguiente, la moza rió al verlos; y reía con una benevolencia condescendiente de mujer adver-

tida que adivinaba la timidez medrosa de aquellos hombres, y les preguntó:

—¿Qué hacéis ahí? ¿Miráis cómo crece la hierba?

Lucas, alegrándose, dijo:

—¡Es posible!

Y ella replicó:

—Tenéis para rato.

El añadió, riendo:

—Eso sí: hay para rato.

Y entonces no hubo más conversación. Pero al volver la moza con el cubo lleno de leche, les dijo:

—¿Queréis un sorbo? Es fácil que os recuerde la tierra lejana. Tomadlo.

Con el instinto de una criatura de la misma raza que los dos hombres, acaso lejos también de la choza de sus padres, adivinó, tocó la cuerda sensible.

Supo emocionarlos, y alzando el cubo, llenó de leche la botella vacía donde llevaron el vino.

Lucas bebió primero, paladeando, viendo si pasaba de la mitad—la ración que le correspondía. Luego dió á Juan la botella para que bebiese.

La moza estaba de pie frente á ellos, con los brazos en jarras. También saboreaba el goce que ofrecía.

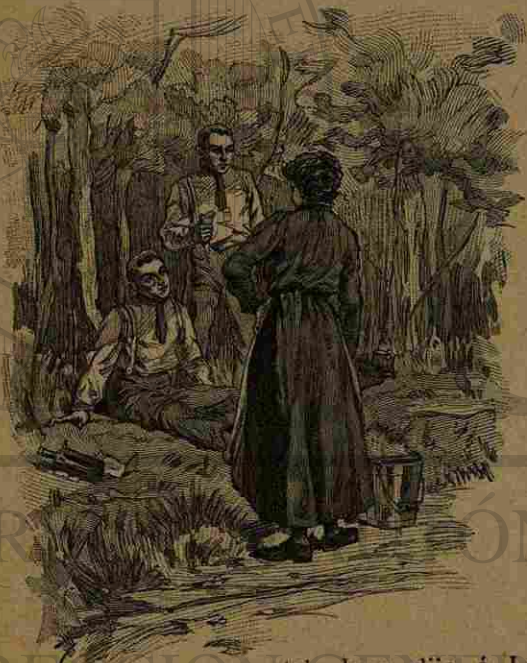
Después, cogiendo el cubo, se alejó gritando:

—¡El domingo nos veremos! ¡Que os vaya bien!

Hasta perderla de vista la siguieron con la mirada. La moza de andares desenvueltos, disminuía,

hundiéndose poco á poco en la verdura de los campos.

Al domingo siguiente, cuando salían del cuar-



tel, Juan dijo á Lucas:

—¿Te parece si compramos algo para ella?

Y quedaron perplejos, indecisos, dudando qué golosina podrían llevarle á la moza de la vaca: una golosina que fuese muy de su agrado.

Lucas propuso un trozo de embuchado; pero á Juan le parecía más conveniente comprar unos caramelos—porque le agradaban mucho las dulzainas—. Predominó su idea, y adquirieron en una tienda de comestibles, diez céntimos de caramelos blancos y rojos.

Almorzaron más de prisa que de costumbre, algo impacientes.

Juan la vió antes que Lucas, á lo lejos.

—¡Ya viene!—dijo.

Y Lucas repitió, viéndola también:

—¡Ya viene!

La moza se acercaba muy risueña, gritándoles:

—¡Bien descansados estáis!

Y ellos la preguntaban:

—Y tú, ¿estás contenta?

Habló de asuntos muy corrientes que les interesaron mucho; del tiempo, de la cosecha, de los amos.

Ninguno de los dos era bastante atrevido para ofrecer á la moza los caramelos, que se apegotaban y se derretían con el calor en un bolsillo de Juan.

Al cabo, Lucas, envalentonándose, murmuró:

—Hemos traído una cosa.

Ella no se lo hizo repetir.

—¿Qué? A verlo.

Entonces Juan, ruborizado hasta las orejas, sacó el cucuruchito de papel y se lo presentó.

Ella se puso á chupar alegremente los caramelos, pasándolos de un lado á otro de la boca, inflando alternativamente las mejillas. Los dos soldados la miraban complacidos y satisfechos.

Luego ella se fué á ordeñar la vaca, y al volver con el cubo de leche les llenó la botella, como el domingo antes.

Durante la semana pensaron los dos en la moza constantemente y hablaron con frecuencia. El próximo domingo, después de sonreírles, como siempre, dejó el cubo y sentóse á su lado. Los tres, con los ojos perdidos en el horizonte, con las piernas recogidas entre los brazos y con las manos cruzadas, refirieron accidentes y detalles de su tierra, de su familia, de sus hogares, mientras á lo lejos la vaca, viendo á la moza detenida en el camino, volvía su pesada cabeza de húmedo morro, mugiendo como si la llamase.

La moza no se hizo rogar para tomar un bocado con los camaradas y beber un sorbo de vino. Cuando llegó el tiempo de las cerezas, se las llevaba en el delantal. Su presencia producía en los dos campesinos bretones una satisfacción extraordinaria, excitándoles, haciéndoles hablar mucho, como canturrean los pájaros.

Un martes, Lucas Leganidec, pidió licencia para salir—cosa que no le había ocurrido nunca—y

no volvió al cuartel hasta las diez de la noche.

Juan, inquieto, reflexionaba queriendo adivinar el motivo de aquella salida.

El viernes—después de pedir cincuenta céntimos prestados á un amigo—Lucas volvió á salir del cuartel, con licencia, durante algunas horas.

Y el domingo, al emprender con Juan su paseo acostumbrado, estaba más alegre, más resuelto, más decididor; parecía otro.

Juan, sin acabar de comprender el motivo de un cambio tan brusco, sospechaba que algo lo justificaría, pero no acertando qué.

No hablaron hasta el sitio de costumbre, donde la hierba estaba ya mustia y sin vigor á fuerza de aplastarla sentándose. Almorzaron tranquilamente. No tenían apetito.

Luego apareció la moza. Viéronla llegar como todos los domingos. Cuando estaba cerca, Lucas levantóse y salió á su encuentro. Ella dejó en el suelo el cubo, y abrazándose al soldado, le besó; le besó apasionadamente, sin preocuparse de que Juan los veía.

Y el pobre Juan, enloquecido—tanto, que apenas daba crédito á sus ojos—sintió su corazón acongojado por una horrible angustia.

Lucas y la moza, sentándose, comenzaron á charlar.

Juan volvía la cabeza para no verlos; pero adivi-

naba ya el objeto de las dos ausencias de Lucas durante la semana, y sentía una tristeza, un pesar abrumador, algo como una herida traidora que desgarraba su alma.

Lucas y la moza se levantaron para irse á ordeñar la vaca.

Entonces Juan, sin poder contenerse, miró con ansia. Iban juntos, muy juntos, y el pantalón rojo del compañero parecía en el camino una mancha de sangre.

Lucas ató á una estaca la bestia y acarició con la mano su lomo y cuello, mientras la moza se agachaba para ordeñar. Después, dejando el cubo sobre la hierba, se ocultaron los dos entre los matorrales.

Al verlos desaparecer, Juan sintió un desasosiego tan angustioso, que si se hubiera propuesto seguirlos, de seguro le faltaran fuerzas para levantarse.

Quedóse inmóvil, abrumado por el dolor y la sorpresa; un dolor ingenuo y profundo, sin malicia, sin odio. Tenía ganas de llorar, de ocultarse, de huir, de no ver á nadie y de que nadie le viera nunca.

De pronto los vió aparecer; iban de la mano como los novios de las aldeas. Lucas recogió el cubo.

Aún se besaron otra vez antes de separarse. La

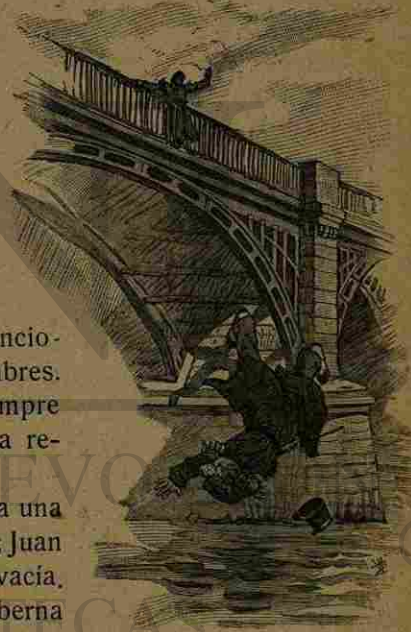
moza se fué al fin, después de saludar á Juan sonriente y satisfecha. Pero no se acordó ya de ofrecer al pobre soldadito un poco de leche.

Los dos camaradas permanecieron allí, sentados, inmóviles, como siempre, silenciosos y tranquilos; en sus rostros plácidos nadie adivinara las ansias borrascosas de su corazón. El sol inundaba la tierra con su lumbré, y la vaca mugía de cuando en cuando, sintiendo la proximidad silenciosa de aquellos hombres.

A la hora de siempre se levantaron para regresar.

Lucas mondaba una varita de avellano; Juan llevaba la botella vacía. La dejó en la taberna de Bezons.

Llegaron al puente, y como todos los domingos al ir y al volver, se detuvieron para contemplar el agua, apoyados en la barandilla, con



el cuerpo vencido hacia fuera y los ojos fijos.

Juan se inclinaba más y más, como si en el fondo viese algo que le llamara. Lucas le dijo:

—¿Vas a beber desde aquí?

Al pronunciar la última palabra vió el cuerpo de Juan volteando sobre la barandilla; el soldadito rojo y azul cayó al río, hundiéndose, desapareciendo bajo el agua.

Lucas, agarrotado por el susto, quiso dar voces, pero no le fué posible. Vió removerse y alejarse un bulto; luego apareció sobre la superficie del río la cabeza de su compañero que al pronto volvió á hundirse.

Más adelante, asomó un brazo, un brazo que se alzó para desaparecer al momento. Y no hubo más.

Lucas volvió solo al cuartel, desconsolado, enloquecido, y refirió el terrible suceso, lloroso, balbuciente, sonándose á cada palabra:

—Se inclinó hacia fuera... se inclinó tanto... tanto... que no pudo sostenerse... y cayó de cabeza... de cabeza...

La emoción le ahogaba. ¡Si hubiera sabido...!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apto. 1925 MONTERREY, MEXICO

EL BICHO DE BELHOMME

DISPONÍASE á salir de Criquetot la diligencia del Havre, y todos los viajeros aguardaban en el parador á que los fueran llamando para ocupar sus asientos.

Era un coche amarillo, cuyas ruedas—con indelebles incrustaciones de barro—pequeñísimas las del juego delantero, grandes y delgadas las de atrás, apoyaban el cajón, deforme y panzudo como el cuerpo de un coleóptero gigantesco. Tres rocinantes blancos, de cabezas enormes y callosas é hinchadas rodillas—dos enganchados en varas y uno delantero—debían arrastrar aquel vehículo monstruoso. Las pobres bestias parecían adormiladas en sus arreos.

El mayoral, Cesáreo Harloville, un hombrecillo panzudo y sin embargo ligero—gracias á la obligada costumbre de subir al pescante y á la baca, trepando por las ruedas—, que tenía el rostro curtido, arrebolado por el sol y el frío, por el viento, la llu-

el cuerpo vencido hacia fuera y los ojos fijos.

Juan se inclinaba más y más, como si en el fondo viese algo que le llamara. Lucas le dijo:

—¿Vas a beber desde aquí?

Al pronunciar la última palabra vió el cuerpo de Juan volteando sobre la barandilla; el soldadito rojo y azul cayó al río, hundiéndose, desapareciendo bajo el agua.

Lucas, agarrotado por el susto, quiso dar voces, pero no le fué posible. Vió removerse y alejarse un bulto; luego apareció sobre la superficie del río la cabeza de su compañero que al pronto volvió a hundirse.

Más adelante, asomó un brazo, un brazo que se alzó para desaparecer al momento. Y no hubo más.

Lucas volvió solo al cuartel, desconsolado, enloquecido, y refirió el terrible suceso, lloroso, balbuciente, sonándose a cada palabra:

—Se inclinó hacia fuera... se inclinó tanto... tanto... que no pudo sostenerse... y cayó de cabeza... de cabeza...

La emoción le ahogaba. ¡Si hubiera sabido...!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apto. 1825 MONTERREY, MEXICO

EL BICHO DE BELHOMME

DISPONÍASE á salir de Criquetot la diligencia del Havre, y todos los viajeros aguardaban en el parador á que los fueran llamando para ocupar sus asientos.

Era un coche amarillo, cuyas ruedas—con indelebles incrustaciones de barro—pequeñísimas las del juego delantero, grandes y delgadas las de atrás, apoyaban el cajón, deforme y panzudo como el cuerpo de un coleóptero gigantesco. Tres rocinantes blancos, de cabezas enormes y callosas é hinchadas rodillas—dos enganchados en varas y uno delantero—debían arrastrar aquel vehículo monstruoso. Las pobres bestias parecían adormiladas en sus arreos.

El mayoral, Cesáreo Harloville, un hombrecillo panzudo y sin embargo ligero—gracias á la obligada costumbre de subir al pescante y á la baca, trepando por las ruedas—, que tenía el rostro curtido, arrebolado por el sol y el frío, por el viento, la llu-

via y el aguardiente, asomóse á la puerta del parador, enjugándose los labios con el dorso de su manaza. Canastos redondos y achatados llenos de gallinas alborotadas, yacían á los pies de los campesinos inmóviles. Cesáreo Harloville los fué cogiendo uno tras otro, y encaramándose una y otra vez á lo alto del coche. Luego colocó, sin traquetearlas, con el mayor cuidado posible, las cestas de huevos. Tiró desde abajo, para no subir una vez más, los morrales de los piensos, paquetes y líos, todas las menudencias. Luego abrió la portezuela, y sacando un papel del bolsillo, comenzó á llamar á los viajeros:

—El señor párroco de Gorgeville.

Avanzó el cura, hombre fornido, alto, grueso, violáceo y de maneras afables. Recogióse la sotana para levantar el pie, como se recogen el vestido las mujeres, y subió á la diligencia.

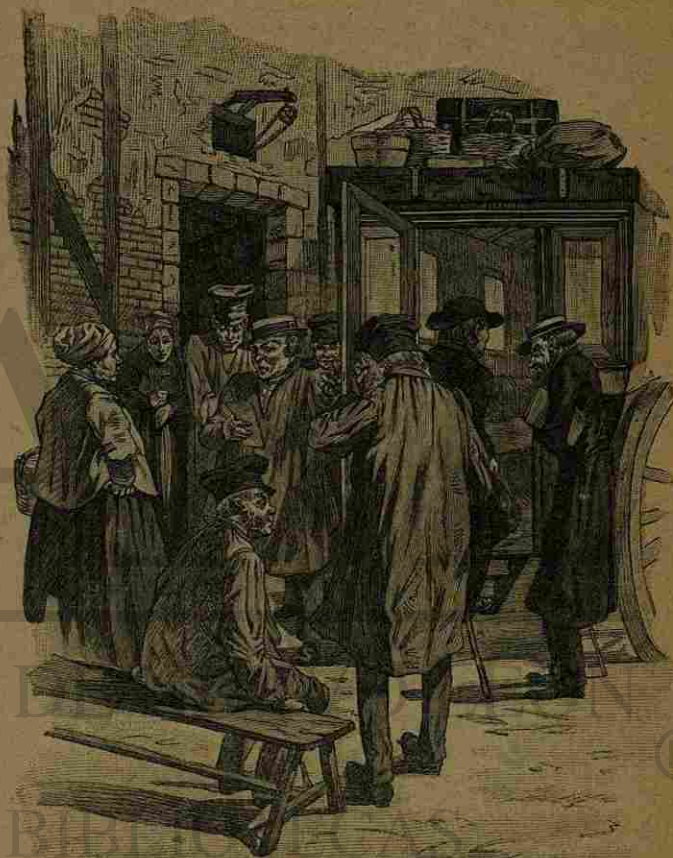
—El señor maestro de Rollebose-les-Grinets.

Apresuróse, larguirucho, tímido, enlevitado; y desapareció, á su vez, entrando en la caja.

—El señor Poiret, dos asientos.

Llegóse Poiret, encorvado por la labranza, enflaquecido por la abstinencia, consumido, anguloso, con la piel resquebrajada y sucia. Le seguía su mujer, insignificante y encogida, oprimiendo entre ambas manos un colosal paraguas verde.

—El señor Rabot, dos asientos.



Vaciló, siendo en todo indeciso, y mientras avanzaba dijo: «Me has llamado, ¿no es cierto?»

El mayoral, que tenía fama de brusco, disponíase á soltarle una desvergüenza, cuando Rabot fué á dar en la portezuela empujado por su mujer, una cuarentona metida en carnes, de vientre abultado, semejante á un tonel y de manos enormes.

Rabot se coló en el coche como un ratoncillo en su madriguera.

—El señor Caniveau.

Más pesado que un buey, al subirse al estribo se achataron las ballestas; y, á su vez, se acomodó en la caja.

—El señor Belhomme.

Belhomme, alto, acartonado, se aproximó con el rostro contraído, como si le angustiara un dolor agudo, apretándose un pañuelo sobre la oreja.

Todos llevaban cubriendo sus trajes de fiesta, de paño verde ó negro, blusas azules que se quitarían llegando al Havre; y sobre la cabeza, gorras de seda encumbradas como torres, la suprema elegancia del campesino normando.

Cesáreo Harloville cerró la portezuela del coche y subiendo al pescante, hizo restallar su látigo.

Los tres rocinantes, como si despertaran, irguiéndose hicieron sonar los cascabeles de las colleras. Entonces el mayoral, sacudiendo las riendas y gritando con todo el brío de sus pulmones: «¡Ooé!

¡ooé! ¡ooé!...» animó á los pobres animales. «¡Ooé!... ¡Ooé!... ¡Ooé!...» Sacando fuerzas de flaqueza arrancaron con un trote inseguro y lento. Y al rodar el coche retemblaban los cristales, crujían las maderas, rechinaban los hierros —como si todo aquel artefacto fuese á desquiciarse— con un ruido estruendoso, mientras las dos filas de viajeros traqueteados y sacudidos, agitábanse con el vaivén tumultuoso de las olas.

Al principio, todos callaban, porque les imponía respeto la presencia del sacerdote; pero como era de carácter expansivo y franco, él mismo no tardó en provocar la conversación.

—¿Qué me dice usted de bueno, señor Caniveau?

El voluminoso campesino, ligado con el sacerdote por una simpatía de naturaleza robusta y exuberante, respondió sonriendo:

—Nada de particular, señor párroco; ¿y usted, cómo sigue?

—Perfectamente. No puedo quejarme. ¡Vaya! ¡vaya! Y, el señor Poiret, ¿de qué se duele ahora?

—¡Nunca me faltan motivos! La cosecha es mediana este año, y los negocios... Ya no hay negocios.

—Cada vez se hace más difícil todo.

—Sí; cada vez se hace más difícil todo—repitió la señora Rabot, con acento de marimacho.

Como no era de su parroquia, el sacerdote la conocía sólo de referencia.

—¿Es usted la Blondel?

—Sí; la Blondel, casada con Rabot.

Rabot, endeble y tímido, inclinó la cabeza, sonriendo, como si dijera: «Sí; la Blondel se caso conmigo.»

De pronto, el señor Belhomme, que seguía sujetándose contra la oreja el pañuelo, comenzó á gemir de una manera lamentable, dando alaridos y pataleando para desahogar su horrible sufrimiento.

El sacerdote le preguntó:

—¿Le duelen á usted las muelas?

El campesino dejó un momento de gemir para responder:

—No; no son las muelas... no me duele ninguna muela... Es el oído... es dentro del oído...

—¿Y qué tiene usted en el oído? ¿Un absceso?

—Lo que tengo es un bicho que se metió hacia dentro mientras yo dormía en el pajar.

—¿Un bicho? ¿Está usted seguro?

—¿Si estoy seguro? ¡Como de que hay cielo y purgatorio, señor párroco! Estoy seguro, porque me hurga y me roe constantemente. Me devora, me da calentura... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...

Comenzó de nuevo á patalear, dando alaridos.

Interesaron sus desdichas. Cada uno daba su parecer. Poiret, suponía el tal bicho una araña; el

maestro inclinábase á creerlo una oruga. En Campemuret—donde había regentado la escuela siete años—presenció un caso muy semejante: la oruga, que había entrado por la oreja, salió por la nariz, y



como para ello tuvo que romper el tímpano, dejó sordo al paciente.

—Más creíble me parece que sea una lombriz—dijo el cura.

El señor Belhomme, con la cabeza inclinada y apoyado en la portezuela, no dejaba de gemir.

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!... Muerde como un lobo... Se abre camino... ¡Me come!... ¡Huy!... ¡Huy!...

—¿No te ha visto el médico?—le preguntó Caniveau.

—No, no me ha visto.

—¿Por qué no fuiste á su casa?

El miedo al médico pareció aliviar á Belhomme. Enderezóse, pero sin apartar de la oreja la mano, con la cual sostenía el pañuelo.

—¡A casa del médico! Y en cuanto un médico te coge, te arruina. ¡Si bastara verle una vez! Pero á nada que tenga uno, hace una visita y otra y otra; no se cansa de visitar. Luego hay que darle diez francos ó veinte ó treinta francos... ¿Y qué me hubiera hecho? ¿Lo sabes tú?

Caniveau reía.

—No lo sé. Pero ¿adónde vas así?

—Voy al Havre, á que me vea Chambrelán.

—¿Quién es Chambrelán?

—Un curandero.

—¿Y te curará?

—Sí. A mi padre le curó.

—¿A tu padre?

—Sí. Hace mucho tiempo.

—¿Qué tenía tu padre?

—Un mal aire, que no le dejaba mover el brazo ni la pierna.

—¿Y qué le hizo el curandero?

—Le sobó el costado, como soban el pan cuando amasan, y en un par de horas le puso bueno.

Belhomme sabía que Chambrelán aseguraba el efecto de sus curas con ciertas frases mágicas; pero no se atrevió á decirlo en presencia del sacerdote.

Caniveau, riendo, insistía:

—¿No será un conejo lo que se te ha entrado en el oído? Al ver la maraña de pelo que asoma, semejante á un zarzal, pudo confundirlo con su madriguera. Voy á espantarlo; verás como sale.

Y Caniveau comenzó á imitar, sirviéndole de tornavoz las palmas de las manos, la estridente algarabía de los perros de caza cuando persiguen á una res. Aullaba, ladraba, chillaba, gruñía, gemía. Y todos los viajeros, incluso el maestro, que no reía nunca, se hartaron de reír.

Notando el cura que á Belhomme le molestaba ya servir de pretexto para tan ruidosa broma, dió á la conversación otro giro, dirigiéndose á la hercúlea señora Rabot, y preguntándole:

—¿Tiene usted muchos hijos?

—Muchos; demasiados—respondió la mujerona—. ¡Cuesta mucho criar tanta familia!

Rabot inclinó la cabeza como para reforzar el razonamiento de su mujer.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

Con arrogancia, con voz firme y segura, dijo la señora Rabot:

—¡Quince! Catorce de mi marido.

El tal marido sonrería expresivamente, satis-

fecho. Tenía catorce hijos, á pesar de su aparente insignificancia. La mujer lo confesaba: nadie lo pondría en duda. Estaba orgullosa de tener catorce hijos.

Peró, ¿de quién era el otro, si ella tenía quince? La mujer no lo dijo entonces y á nadie sorprendió; conocerían la historia: un hijo anterior al matrimonio, un desliz de soltera. Ni Caniveau, que reparaba en todo, hizo comentarios ni preguntas; nada.

Belhomme volvió á gimotear:

—¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Me hurga! ¡Me come! ¡Qué desgracia la mía!

La diligencia se detuvo en una posada. El sacerdote dijo:

—Tal vez con un poco de agua saldría. ¿Por qué no lo prueba? ¿Quiere usted probarlo?

—¡Bueno, sí, lo probaré!

Se apearon todos para presenciar la operación.

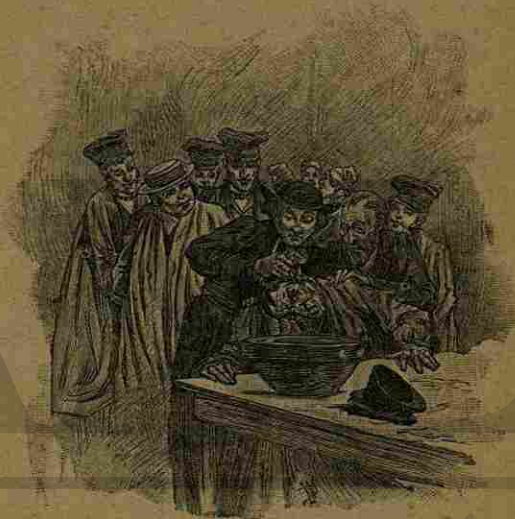
El sacerdote pidió una jofaina, una toalla y medio vaso de agua, y encargó al maestro que sujetara la cabeza del paciente para mantener la oreja en posición horizontal, y cuando el agua hubiese penetrado bien, le volviera de pronto para verterla de un golpe.

Pero Caniveau, que tenía los ojos clavados en la oreja de Belhomme, procurando á simple vista descubrir el bicho, exclamó:

—¡Rediós, qué mermelada! Es necesario desta-

par la madriguera para que pueda salir el conejo. Se le pegarían las patas en esa confitura.

El sacerdote, reconociendo á su vez el orificio completamente cegado, también opinó que allí no



era posible intentar nada. El maestro encargóse de la limpieza, valiéndose de un palitroque y de un trapo.

Entre la general ansiedad, el sacerdote vertió en el pabellón de la oreja medio vaso de agua que, rebosando, corría por la cara, por el pelo, por el cogote del paciente. Después, el maestro hizo girar

violentemente la cabeza, como si fuese á destornillarla. Cayeron algunas gotas de líquido en la jofaina. Todos los viajeros acercáronse á ver lo que había salido; pero no vieron bicho alguno.

Sin embargo, Belhomme dijo:

—Ya no siento nada; ya nada me duele.

Y el sacerdote, satisfecho, exclamó:

—¡Es posible que haya muerto ahogado!
Volvieron todos á la diligencia.

Pero apenas comenzaron á trotar los rocinantes, Belhomme lanzó nuevamente ayes horribles. El bicho se había despertado con más furia; ya le roía, le devoraba el cerebro. Chillaba y se retorció de tal modo, que la señora Poiret, creyéndole poseído por el demonio, comenzó á llorar y hacer cruces. Luego el dolor se calmó algo; el paciente notaba que se había vuelto hacia fuera el bicho. Imitando con los dedos la marcha del animal, como si lo estuviera viendo, advertía:

—¡Ya sube otra vez!... ¡Huy!... ¡Huy!... ¡Huy!...
¡Qué desdichado soy!

Caniveau iba ya impacientándose:

—Con el agua se ha exasperado más... No le gustará sin duda el agua... Echadle vino.

Volvieron todos á reir estrepitosamente.

—Cuando lleguemos á una venta, echadle un trago de lo añejo y se calmará. Es lo que pide.

Pero, entretanto, Belhomme sentía mordeduras

inaguantables. Comenzó á gritar como si le arrancasen el alma. El sacerdote le sostenía la cabeza y el mayoral accedió á detenerse para pedir algún auxilio en cualquiera casa de labor.

Así lo hicieron. Entre todos bajaron á Belhomme de la diligencia, tendiéndolo sobre un banco de la cocina para preparar la operación. Caniveau aconsejaba que se hiciera con aguardiente aguado el nuevo lavatorio, con objeto de adormecer al bicho emborrachándole, y matarlo así tal vez. El sacerdote prefirió vinagre.

Lo dejaba caer gota á gota para que penetrase hasta el fondo, y así estuvo algún rato. Era imposible que resistiera el bicho tan prolongada y desagradable inundación.

Habiendo preparado también una jofaina para recibir en ella lo que saliese del orificio, el sacerdote y Caniveau—dos colosos—volvieron á Belhomme sosteniéndolo en vilo mientras el maestro le golpeaba en la oreja sana para que se vaciase completamente la otra.

Hasta Cesáreo Harloville estaba presente, atraído por la curiosidad, con el látigo en la mano.

De pronto, repararon que había en la jofaina una mota negra, ¡una pulga que se ahogaba en el vinagre! Hubo exclamaciones de sorpresa primero, y después gritos y risas ruidosas. ¡Una pulga! ¡Tenía gracia, muchísima gracia! Caniveau se golpeaba las

rodillas con las manos. Cesáreo Harloville hizo chascar su látigo; el sacerdote soltó la carcajada; el maestro desahogaba su alegría con una especie de estornudo, y las dos mujeres chillaban de un modo semejante al cacareo de las gallinas.

Belhomme se había sentado, y con la jofaina sobre las rodillas contemplaba con odio y gusto á la vez al bicho que forcejeaba por librarse de las gotas de vinagre que no le permitían saltar.

Masculló: —¡Al fin caíste, roña!— y la envolvió en un salivazo escupido furiosamente.

Cesáreo, loco de alegría, exclamaba:

—¡Una pulga! ¡Una pulga! ¡Ya caíste, animal feroz, animal feroz!

Pero calmándose de pronto, dijo:

—¡Señores, al coche! Nos hemos entretenido ya demasiado. ¡Al coche!

Y los viajeros iban acercándose á la diligencia sin dejar de reír.

Belhomme, rezagado, insinuó:

—Me quedo aquí para volverme á Criquetot andando. Ya no tengo que hacer nada en el Havre.

Cesáreo le dijo:

—Está bien. Págame tu asiento.

—Te daré la mitad, pues no he llegado á medio camino siquiera.

—No puede ser; pagarás el asiento hasta el Havre, porque así me lo encargaste.

Hubo réplicas insistentes, y la discusión degeneraba en disputa furiosa: Belhomme diciendo que



sólo pagaría un franco, y el mayoral jurando que le cobraría dos.

—Vociferaban, acercándose mucho el uno al otro, mirándose amenazadores, tropezándose casi nariz contra nariz.

Caniveau intervino:

—De todos modos, Belhomme, debes al sacerdote dos francos por la cura, y á todos una convidada por los auxilios: en junto dos francos y medio, mas uno que ofreces á Cesáreo, son tres francos y medio. Paga.

El mayoral se regocijaba suponiendo que Belhomme se vería obligado á soltar aquel dinero, y dijo:

—Me conformo.

—Paga—insistió Caniveau.

—No pago y no pago—sostuvo el otro—. No pago. El sacerdote no es médico.

—Si no pagas en seguida, te meto en la diligencia y te llevamos al Havre.

Cogiendo á Belhomme por la cintura, le alzó como á un chiquillo.

Belhomme, viendo que sería inútil resistir, sacó la bolsa y pagó.

La diligencia dirigióse hacia el Havre, mientras Belhomme volvía por la carretera pesaroso y á pie; y los viajeros reían, viendo aún á lo lejos la blusa azul del campesino, balanceándose al compás de sus zancas enormes.

FIN

